ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Marc Brandel

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la ballena secuestrada

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 35

ePub r1.1

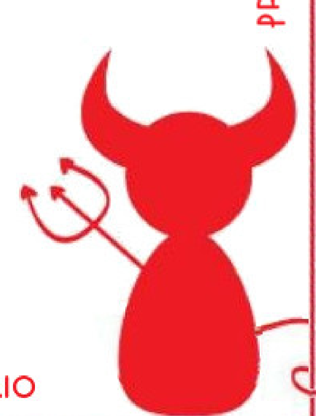
Titivillus 30.04.2017

Título original: *The Mystery of the Kidnapped Whale*
Marc Brandel, 1983
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



CUARTO ANIVERSARIO

UN SALUDO DE HÉCTOR SEBASTIÁN

Hola a todos. Soy Héctor Sebastián…

Iba a decir: Os habla Héctor Sebastián. Pero no estoy hablando. Escribo esto en mi nueva computadora procesadora de textos. Se trata de una computadora que memoriza lo que escribo y luego lo imprime una vez corregido.

Soy escritor de novelas de misterio. Antes fui detective privado. Pero de eso hace ya mucho tiempo, y el caso que vais a leer… no tiene nada, o casi nada, que ver conmigo.

Se trata de un caso en el que intervinieron unos amigos míos muy jóvenes: Los Tres Investigadores, como se hacen llamar. De modo que lo mejor que puedo hacer en primer lugar es hablaros de ellos.

Los Tres Investigadores son tres muchachos que viven en Rocky Beach, una pequeña población de la costa sur de California, no lejos de Hollywood.

Jupiter Jones es el jefe del grupo. Es bajito y probablemente él se definiría como robusto. Sin intención de ofenderle, podría decir que es algo pesado, incluso un poco gordo. Es inteligente, posee notables dotes de deducción y perseverancia para llegar hasta el fondo de cualquier cosa que le intrigue. También está mucho más seguro de sí mismo que yo lo estuve a su edad. Para muchos, incluso llega a parecerles demasiado seguro de sí mismo. Pero yo aprecio a Jupe, como le llaman sus amigos, así que me limito a decir que, si cree tener razón en algo… pues bien, generalmente la tiene.

Pete Crenshaw, el Segundo Investigador, es el más atlético de los tres. Le gusta el béisbol y la natación y se conserva en buena forma, lo cual le proporciona un saludable apetito. Disfruta trabajando en

los casos de Los Tres Investigadores, pero es mucho más prudente que Jupe para meterse en situaciones peligrosas.

Bob Andrews, el Tercer Investigador, está a cargo de los Archivos e Investigación. Es inteligente, estudioso y comprensivo con los sentimientos de los demás. Es además un reportero nato. Siempre lleva consigo un cuaderno de notas en el que escribe todo lo que los investigadores descubren.

De modo que, ahora que os he presentado a los protagonistas, dejaré que descubráis vosotros mismos cómo resuelven el misterio de la ballena secuestrada.

Espero que os divierta y que su lectura no os resulte difícil. Al fin y al cabo, leer es mucho más fácil que escribir, aun haciéndolo con una computadora de textos. Podéis leer tumbados.

Y, como dice el Rey de Corazones de Alicia en el País de las Maravillas, todo lo que tenéis que hacer es comenzar por el principio y continuar hasta llegar al fin, y entonces deteneros.

CAPÍTULO 1
EL SALVAMENTO

—¡Por allí, sopla! —gritó Bob Andrews—. Mirad. Por allí.

Excitado señaló hacia el mar. Sin duda alguna, a tres o cuatro millas de distancia de la playa, una gigantesca mole oblonga había surgido de la superficie por unos instantes. Un penacho de agua se elevaba de su lomo como el chorro de un surtidor. Luego la gran ballena gris volvió a sumergirse en el océano.

Los Tres Investigadores —Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews— se hallaban sobre los acantilados que dominaban la playa. Era el primer día de las vacaciones escolares de primavera. Se habían levantado temprano y fueron en sus bicicletas hasta el mar con la esperanza de ver pasar a las ballenas grises.

Cada año, en febrero y marzo, miles de estas gigantescas criaturas emigran por la costa del Pacífico desde Alaska hasta México. En las cálidas aguas del extremo sur de la península mexicana llamada Baja California, las ballenas hembras dan a luz a sus crías.

Después, las ballenas descansan unas semanas para recuperar fuerzas antes de emprender el viaje de cinco mil millas hacia el Norte, para pasar el verano alimentándose de los diminutos camarones y plancton que pueblan las aguas del Ártico.

—Nadie sabe con certeza por qué regresan al Norte —observó Bob.

Bob Andrews trabajaba parte del día en la biblioteca de Rocky Beach, la pequeña población costera donde vivían Los Tres Investigadores, y el día anterior había estado leyendo la vida de las ballenas.

—¿Por qué no? —preguntó Pete.

—Nadie ha sido capaz de seguirlas —explicó Bob consultando su cuaderno de notas—. Durante el viaje de ida van todas juntas y son fáciles de ver. Así que alguna gente cree que deben separarse cuando regresan y que viajan en parejas aisladas por el Pacífico.

—Parece bastante razonable —admitió Pete Crenshaw—. De este modo es más difícil localizarlas. ¿Qué opinas tú Jupe?

Pero el Primer Investigador, Jupiter Jones, no parecía escucharles. Ni siquiera miraba hacia el mar, donde otra ballena gris había salido a la superficie lanzando al aire su surtidor de agua. Sus ojos estaban fijos en la desierta ensenada que se extendía a sus pies. Había habido una fuerte tormenta la semana anterior y la arena estaba cubierta de trozos de madera, extraños fragmentos de plástico y montones de algas que habían sido arrastradas por el fuerte oleaje.

—Creo que algo se mueve ahí abajo —dijo Jupe con voz preocupada—. Vamos a ver qué es.

Con sus robustas piernas, fue bajando por el camino del acantilado y luego corrió en ángulo hacia la orilla. Pete y Bob le siguieron.

La marea estaba bajando. Las tres muchachos corrieron varios minutos antes de que Jupiter se detuviera jadeante para señalarles algo a pocos metros de la orilla.

—¡Es una ballena! —dijo Pete.

Jupiter asintió.

—Una ballena encallada. O que encallará pronto si no la ayudamos.

Los Tres Investigadores se quitaron rápidamente sus zapatillas deportivas y los calcetines, dejándolos sobre la arena seca; se arremangaron los pantalones y se metieron en el agua.

Era una ballena muy pequeña, de unos dos metros de largo. Un ballenato, se dijo Bob, que se habría alejado de su madre siendo arrastrado hacia la playa por las fuertes olas.

El desnivel de la arena era tan suave que, cuando los tres muchachos llegaron junto a la criatura que se debatía, el agua les llegaba solamente hasta el tobillo. Fue una suerte para ellos porque la mañana era muy fría y el mar estaba helado. Pero la escasa profundidad del agua era lo que había impedido a la ballena el

regreso al mar abierto.

Los Tres Investigadores empujaron y tiraron de la ballena. Incluso intentaron levantarla. Era increíblemente pesada para su tamaño… debía pesar una tonelada. Jupe pensó que su piel compacta era tan escurridiza como el hielo. Tampoco tenían por donde agarrarla: únicamente la cola y las aletas, y los muchachos tenían miedo de que si tiraban de ellas con demasiada fuerza pudieran lastimar al ballenato.

No parecía asustada en lo más mínimo. Daba la impresión de haber comprendido desde el primer momento que trataban de ayudarla. Mientras los muchachos la rodeaban tratando de ponerla a flote les miraba con simpatía, como si quisiera darles ánimos.

Y entonces, cuando Bob inclinado sobre él trataba de rodearle con sus brazos, observó que el ballenato tenía un solo agujero en lo alto de la cabeza. Recordando lo que había leído respecto a las ballenas grises en la biblioteca, comprendió que tal vez se había equivocado al pensar que fuera un ballenato que se había alejado de su madre.

Iba a comunicar a Jupe y Pete su descubrimiento, pero en aquel instante una ola más fuerte que las otras rompió a pocos metros de la orilla y los tres muchachos perdieron pie. Cuando volvieron a levantarse, el agua había retrocedido. Ahora apenas les cubría los dedos de los pies, y la pequeña ballena, empujada por la ola, estaba encima de la arena seca.

—Oh, cielos —exclamó Pete—. Ahora sí que está bien encallada y la marea sigue bajando. Bob asintió con pesar.

—Hasta dentro de seis horas el agua no habrá subido lo suficiente para que la ballena flote.

—¿Una ballena puede vivir todo ese tiempo en seco? —le preguntó Pete.

—Me temo que no. Se deshidratan bastante de prisa fuera del agua. Su piel se seca… —Bob se inclinó para acariciar la redonda cabeza del ballenato. Le daba tanta pena…—. A menos que encontremos algún medio de devolverla al mar en seguida, morirá.

Como si hubiese entendido lo que acababa de decir, el ballenato abrió los ojos y le miró con tristeza y resignación. Luego volvió a cerrarlos despacio.

—¿Devolverla al mar? —preguntó Pete—. ¿Cómo? Si no hemos

podido moverla siquiera cuando estaba semiflotando.

Bob comprendió que tenía razón. Miró a Jupe. El Primer Investigador no había dicho nada desde hacía un buen rato. Eso era raro en él. Por lo general era el primero en ofrecer una solución cuando se enfrentaban con un problema.

Aunque no hubiese dicho nada, Jupiter Jones estaba pensando intensamente. Sujetaba su labio inferior entre su índice y su pulgar como hacía siempre que meditaba.

—Si Mahoma no puede ir a la montaña —dijo— la montaña tendrá que ir a Mahoma.

—Habla en cristiano, ¿quieres? —le rogó Pete—. ¿Qué montaña?

Jupe tenía la costumbre de utilizar a veces palabras muy largas o hablar en acertijos, y a los otros dos investigadores les costaba entender a dónde quería ir a parar.

—Esa montaña —explicó Jupiter— es el océano que aquí veis. Si tuviéramos una pala… y veamos… una lona. Y esa vieja bomba manual que tío Titus trajo para el «Patio» el mes pasado… y una buena manguera larga…

—Podríamos cavar un hoyo —le interrumpió Bob.

—Y forrarlo con la lona —agregó Pete.

—Y llenarlo de agua con la bomba y la manguera —concluyó Jupe—. Podríamos hacer una especie de piscina donde la ballena pudiera sobrevivir hasta que volviera a subir la marea.

Tras una breve discusión acordaron que Bob y Pete fuesen en sus bicicletas al «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, a buscar lo necesario, mientras Jupe permanecía al lado de la ballena varada.

Después de que los dos se hubieron marchado, Jupiter estuvo buscando entre los desperdicios de la playa hasta encontrar un cubo de plástico medio roto, pero que aún podía recoger agua. Por espacio de media hora, mientras esperaba a sus amigos, pasó el tiempo yendo hasta la orilla para llenar el cubo de agua y luego vaciarlo encima del ballenato.

Al Primer Investigador nunca le gustó mucho el trabajo corporal. Prefería utilizar el cerebro.

—Ya era hora —les dijo enojado cuando regresaron los otros dos investigadores, aunque a decir verdad, habían sido muy rápidos.

Traían todas las cosas que les pidió… un gran rollo de lona, la

bomba manual, una buena pala y una manguera.

—Cavemos lo más cerca de la ballena que podamos —Jupe tomó el mando—. Luego tal vez podamos hacerla rodar hasta el hoyo.

Pete, que era el más fuerte de los tres, hizo casi todo el hoyo. Por suerte la arena húmeda bajo la superficie era bastante blanda. En menos de una hora había hecho una trinchera de unos dos metros de largo, por medio de ancho y casi otro medio de profundidad.

Forraron la cavidad con la lona para que el agua no se escapase. Luego Pete colocó la bomba al borde del mar mientras Bob y Jupe hacían llegar la manguera hasta el hoyo. Era una buena bomba que probablemente habría pertenecido a algún bote de pesca. En seguida tuvieron casi dos palmos de agua en el hoyo.

—Ahora viene lo más difícil —dijo Jupiter.

—Gracias a Dios —replicó Pete—. Ojalá eso signifique que ahora tú también vas a trabajar.

Jupe no se molestó en contestarle. Consideraba que había hecho ya más de lo que le correspondía. Todo el plan era idea suya.

Después de descansar un poco, Los Tres Investigadores se colocaron al lado más apartado del hoyo de la ballena. Se agacharon apoyando sus manos contra el animal que permanecía inmóvil con los ojos cerrados. Bob le dio unas palmadas en la cabeza y al instante abrió los ojos, y Bob hubiera jurado que le sonrió.

—Ahora, cuando yo lo diga, «empujad» —dijo el Primer Investigador—. ¿Estáis preparados? Todos a la vez…

No terminó la orden. Cuando los tres muchachos se disponían a empujar, la ballena pareció contraerse también, y con un repentino movimiento convulsivo de su cuerpo, se elevó girando en el aire y aterrizando de espaldas en la improvisada piscina.

—¡Uau! —exclamó Bob. Jupe y Pete también estaban excitados.

Una vez en el agua la ballena se colocó correctamente. Se sumergió unos instantes disfrutando del placer de estar de nuevo en su elemento. Luego salió a la superficie despacio para lanzar un chorro de agua por su único agujero. Era como si la ballena quisiera darles las gracias.

—Ahora, cuando suba la marea… —comenzó a decir Jupe.

—Al diablo la marea —le interrumpió Pete—. ¡Deben ser ya más

de las nueve! Hemos prometido trabajar en el «Patio» esta mañana. Y ni siquiera he desayunado todavía.

El tío de Jupiter, Titus Jones, y su tía Matilda, con los que vivía, dirigían la chatarrería el «Patio Salvaje» en las afueras de Rocky Beach. A menudo los tres muchachos trabajaban en el «Patio», seleccionando y reparando los muebles viejos, trozos de hierro y cachivaches que tío Titus estaba siempre comprando.

Se apresuraron a despedirse de la ballena.

—Cuídate y consérvate mojada —le dijo Bob—. Vendremos esta tarde a primera hora para ver cómo vuelves al mar.

Los tres muchachos se pusieron los calcetines y las zapatillas, recogieron la bomba, la pala y la manguera, y salieron disparados. Una vez en lo alto del acantilado y cuando se disponían a montar en sus bicicletas, Jupiter oyó un ruido a sus espaldas.

A unas dos millas de la costa, una pequeña lancha con motor fueraborda avanzaba despacio. Había dos hombres a bordo, pero la embarcación estaba demasiado lejos para que pudieran examinar su aspecto.

Luego Jupe vio un destello de luz procedente del bote, y luego otro y otro.

—Parece que hacen señales —observó Pete.

El Primer Investigador negó con la cabeza.

—Esos destellos no significan nada —dijo—. Yo creo que uno de esos hombres está utilizando un par de prismáticos y esos reflejos los produce el sol al dar en los cristales.

A los otros dos investigadores les pareció muy razonable y normal, pero Jupe no cogió su bicicleta. Seguía mirando la lancha que ahora viraba en dirección a la playa.

—Vamos —le apremió Pete impaciente—. Deja de ver misterios en todas partes. Montones de gente por toda la costa salen cada día a ver las ballenas grises.

—Lo sé —convino Jupe cuando enfilaron la carretera en sus bicicletas—. Pero ese hombre de la lancha no estaba mirando las ballenas. Tenía los prismáticos enfocados en sentido contrario. Hacia la playa. En realidad, a mí me ha parecido que nos miraba a nosotros.

—Puede que nos haya visto salvar a la ballena —repuso Bob con indiferencia y Jupe abandonó el tema.

La tía de Jupe, Matilda, les estaba esperando cuando llegaron al «Patio Salvaje». Era una mujer simpática y alegre que disfrutaba de la vida en la pequeña población costera, dirigiendo el negocio de chatarrería junto con su esposo. Le gustaba que Jupe viviera con ellos, como hizo siempre desde la muerte de sus padres.

Pero lo que le gustaba por encima de todo era hacer trabajar a los muchachos.

—Llegáis tarde —fue su saludo cuando entraron en el «Patio» con sus bicicletas—. Supongo que habréis estado ocupados de nuevo resolviendo alguno de vuestros rompecabezas.

Jupiter no le había explicado jamás a su tía que Bob, Pete y él eran investigadores muy serios, que resolvían profesionalmente toda clase de casos de aquéllos que solicitaban sus servicios. Tía Matilda pensaba que eran sólo miembros de un club que se reunían para resolver acertijos y crucigramas que encontraban en las revistas y periódicos.

Los muchachos estuvieron varias horas trabajando de firme en el «Patio» antes de que tía Matilda les diera de comer y les dijera que tenían libre el resto del día.

Pasadas las tres, los investigadores volvieron a la ensenada. La marea iba subiendo rápidamente. Dejaron sus bicis en lo alto del acantilado y bajaron corriendo a la playa.

Pete, que corría más aprisa que los otros dos, fue el primero en llegar al hoyo. Se detuvo en seco y su espalda se crispó al mirar su contenido.

Jupiter y Bob le dieron alcance, y también quedaron anonadados lo mismo que Pete.

La improvisada piscina estaba todavía allí, en la arena seca. Y llena de agua. Pero eso era todo.

¡El ballenato había desaparecido!

CAPÍTULO 2
MUNDO OCEÁNICO

—Tal vez haya logrado saltar a la arena —dijo Pete— y desde allí volver al mar de algún modo.

Ni siquiera él creía su propia teoría.

—Eso espero —exclamó Bob, pero en su voz no había esperanza —. La ballena hubiera tenido que recorrer un largo trecho antes de llegar a aguas lo bastante profundas para poder nadar.

Jupe no dijo nada. Se había apartado de la piscina y paseaba en círculo mirando la arena.

—Un remolque —dijo pensativo dirigiéndose a los otros—. Arrastrado por un vehículo de cuatro ruedas. Llegó por la carretera y atravesó la playa. Luego se dirigió a la piscina. Permaneció aquí lo bastante para hundirse varios centímetros en la arena blanda. Alguien puso tablas bajo las ruedas delanteras para que pudiera arrancar de nuevo. Luego volvió a la carretera.

Jupe mostró a sus amigos las huellas entrecruzadas de los neumáticos sobre la arena y las señales profundas dejadas por las maderas. Vieron que estaba en lo cierto. Ahora todo les parecía evidente. Pero es que las deducciones de Jupe siempre resultaban evidentes después de explicadas.

—Tal vez alguien ha dado parte de que había una ballena encallada y han enviado a algunos hombres a rescatarla —sugirió Pete al cabo de unos momentos.

—Buen razonamiento —le dijo Jupe en tono de aprobación. Cuando decía eso por lo general era que él también había estado pensando lo mismo—. Ahora bien, si alguien ve a una ballena nadando en una piscina rudimentaria excavada en la arena me

pregunto: ¿a quién avisaría?

No aguardó la respuesta. Iba ya camino de su bicicleta. Pete y Bob enrollaron la lona y le siguieron.

—Mundo Oceánico —Jupiter contestaba su propia pregunta media hora más tarde—. Ahí es donde llamarían seguramente.

Los Tres Investigadores se hallaban sentados en su puesto de mando del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones.

Su puesto de mando era una caravana de unos seis metros que Titus Jones había comprado tiempo atrás y que nunca pudo vender. Grandes montones de chatarra habían ido acumulándose poco a poco a su alrededor, hasta que ahora quedaba completamente oculto y separado del resto del patio, y ellos tenían sus sistemas secretos para entrar en él.

En su interior, el remolque estaba equipado con un laboratorio, un cuarto oscuro para revelar fotografías, y un despacho con un escritorio, un archivador antiguo, y un teléfono privado que pagaban con el dinero que ganaban trabajando en el «Patio Salvaje».

—Mundo Oceánico —repitió Jupe. Estaba sentado en su sillón giratorio detrás del escritorio mientras consultaba el área oeste de la guía telefónica. Encontró el número y lo marcó.

El teléfono tenía instalado un micrófono de manera que los tres muchachos pudieron oír el timbre de llamada y la voz masculina que respondió.

—Gracias por llamar al Mundo Oceánico —dijo la voz—. Mundo Oceánico está situado en la Autovía de la Costa del Pacífico justo al norte del Cañón Topanga. —Era un mensaje grabado en un contestador automático.

Jupe escuchó pacientemente mientras el hombre seguía hablando del precio de admisión y las horas de los diversos espectáculos que se celebraban al aire libre en el acuario para el público. Hasta casi el final del mensaje Jupe no mostró el menor interés.

—Mundo Oceánico está abierto desde las diez hasta las seis, de martes a domingo —continuó la voz—. Todos los días, excepto los lunes, usted…

Jupe colgó.

—Valiente suerte la nuestra —dijo Pete—. Llamamos el único día de la semana que está cerrado.

Jupiter asintió con aire ausente. Su cara redonda expresaba concentración y volvía a pellizcarse el labio inferior.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —preguntó Bob—. ¿Intentarlo de nuevo mañana?

—Está sólo a unos pocos kilómetros por la carretera de la costa —dijo Jupe—. ¿Por qué no vamos mañana y lo visitamos personalmente?

A las diez del día siguiente, Los Tres Investigadores guardaban sus bicicletas en la zona del aparcamiento del Mundo Oceánico y adquirían sus entradas en la taquilla. Durante un rato recorrieron el gran acuario, deteniéndose a mirar los leones marinos y los pingüinos que jugaban en sus enormes piscinas. Luego Bob vio un letrero en el exterior de un edificio pintado de blanco que ponía: *ADMINISTRACIÓN*.

Jupe llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz amable, y Los Tres Investigadores penetraron en la oficina.

Una joven estaba de pie detrás de una mesa. Llevaba un traje de baño de dos piezas y su cuerpo estaba muy bronceado. Sus cabellos, bastante cortos, eran negros y lisos como los de una india. Era más alta que cualquiera de Los Tres Investigadores, y sus hombros anchos y caderas estrechas le daban en cierto modo un aire aerodinámico, como si, al igual que los peces, se encontrase más a gusto en el agua que en terreno seco.

—Hola. Soy Constancia Carmel —les dijo—. ¿En qué puedo serviros?

—Venimos a dar parte de una ballena encallada —le dijo Jupe —. Por lo menos lo estaba hasta que le preparamos una piscina…

Continuó explicando todo lo que había ocurrido en la ensenada el día anterior, finalizando con su descubrimiento de que la ballena que ellos habían salvado había desaparecido.

Constancia Carmel le escuchó sin interrumpirle.

—¿Todo esto ocurrió ayer? —preguntó. Bob asintió con la

cabeza.

—Yo no estuve aquí ayer —se había vuelto de espaldas a los muchachos y estaba sacando una máscara de bucear de un armario —. Los lunes sólo trabajamos en la sección de esqueletos —guardó silencio unos instantes tirando de la cinta de goma de la máscara antes de volverse de nuevo hacia ellos—. Pero si alguna ballena hubiera sido rescatada y traída a Mundo Oceánico me lo hubieran dicho a primera hora de la mañana.

—¿Así que no trajeron ninguna? —dijo Bob decepcionado.

Ella meneó la cabeza sin dejar de tirar de la cinta de goma.

—Lo siento —les dijo—. No puedo deciros nada. Temo no poder ayudaros.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo Pete.

—Lo siento —repitió Constancia Carmel—. Y ahora, si me perdonáis, tengo que actuar en el *show*.

—Si se enterara de alguna cosa… —Jupe sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó.

Era una de sus tarjetas de investigadores profesionales que Jupiter había impreso él mismo en la vieja prensa del «Patio Salvaje». Ponía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Debajo aparecía el número de teléfono de su puesto de mando.

Por lo general la gente preguntaba siempre qué significaban los tres interrogantes, y Jupe explicaba que se referían a misterios sin

resolver y a acertijos sin respuesta.

Constancia Carmel no preguntó nada. Puso la tarjeta encima del escritorio sin ni siquiera mirarla.

Los Tres Investigadores se dirigieron hacia la puerta. Pete se disponía a abrirla cuando ella se aproximó.

—¿Os preocupa de veras esa ballena piloto o ballena gris, o lo que fuese, verdad? —les preguntó.

Bob le aseguró que así era.

—Entonces podéis estar tranquilos —les aseguró—. Estoy segura de que estará perfectamente. Quiero decir, que estoy convencida de que alguien la habrá recogido.

Una vez fuera de las verjas de Mundo Oceánico, Los Tres Investigadores quitaron los candados a sus bicicletas y pedalearon entre los automóviles allí aparcados en dirección a la carretera.

Bob y Pete estaban bastante alicaídos por el fracaso de su visita, pero Jupiter no se había desanimado lo más mínimo. Sonreía de aquel modo tan suyo cuando creía hallarse ante un nuevo caso interesante.

—Está bien, Jupe. Suéltalo —le dijo Pete—. ¿Qué es lo que te hace sonreír así?

Habían llegado a la salida del aparcamiento. Jupe apoyó su bicicleta contra la baja pared de piedra. Los otros dos hicieron lo mismo. Era evidente que el Primer Investigador deseaba hablar.

—Examinemos los hechos —dijo—. Cualquiera que llamase ayer a Mundo Oceánico recibió el mismo mensaje grabado que nosotros.

—De modo que no pudo dar parte del hallazgo de la ballena encallada —intervino Pete.

—No, a menos que llamase a la casa de Constancia Carmel —explicó Jupe.

—¿Qué te hace pensar que lo hicieron, Jupiter? —quiso saber Bob.

—Porque cuando se lo dijimos no se sorprendió lo más mínimo. Estuvo escuchando, pero la única pregunta que hizo ya se la habíamos contestado.

—¿Te refieres a que preguntó cuándo había ocurrido todo esto?

—Exactamente —asintió Jupe—. Lo cual me induce a pensar que en realidad no estaba haciendo una pregunta, sino que quería comprobar el hecho. Nos dijo que ayer no estaba aquí y que por lo

tanto no podía tener nada que ver con lo ocurrido. Y al minuto siguiente cuando ya nos íbamos, se acercó para decirnos que la ballena estaba perfectamente. Lo dijo convencida. Dijo que estaba segura de que la ballena gris había sido recogida.

—No, no fue así —algo que había estado en el subconsciente de Bob desde el día anterior se hizo ahora evidente para él. Algo de importancia—. Dijo que la ballena piloto, o ballena gris, o lo que fuera, estaría perfectamente.

—Puede que fuese sólo un truco —sugirió Pete— para parecer insegura; para que no pensásemos que ya lo sabía.

—No, no era un truco —Bob estaba tan seguro de lo que decía que alzó un poco la voz—. No fue un truco, sino un descuido involuntario, porque ella tiene razón. No era una ballena gris lo que rescatamos. Las ballenas grises tienen un par de agujeros como las ventanas de nuestra nariz. Por eso, cuando soplan, el agua sale como un surtidor. Pero nuestra ballena sólo tenía un agujero. Lo observé cuando intentábamos empujarla hacia el mar. Y cuando sopló, el agua salió disparada en un solo chorro.

Los otros dos investigadores le miraron con asombro.

—¿Entonces qué clase de ballena era? —preguntó Pete.

—Estoy casi seguro de que era una cría de ballena piloto del Pacífico[1] que casualmente viajaba con las ballenas grises.

—Y Constancia Carmel lo sabía también —asintió Pete pensativo —. Buen razonamiento, Bob. ¿Así qué hacemos ahora? Una ballena extraviada que ahora ha sido secuestrada, y una domadora de Mundo Oceánico que dice que no sabe nada de nada, pero que es evidente que no dice la verdad…

Jupe se interrumpió al oír sonar un claxon. Los Tres Investigadores tuvieron que refugiarse detrás de la pared mientras una camioneta blanca de reparto salía disparada del aparcamiento y se dirigía hacia la Autopista de la Costa del Pacífico.

Iba de prisa, pero no lo bastante para que los tres muchachos no pudieran ver el conductor: Constancia Carmel.

Y cinco minutos antes les había dicho que no podía perder más tiempo porque tenía que actuar en una exhibición.

Algo debía haber surgido de improviso. ¿Qué sería?

—Tal vez seamos nosotros —dijo Jupiter pensativo—. Puede que lo que le hemos dicho la haya hecho salir a toda prisa.



CAPÍTULO 3
CIEN DÓLARES DE RECOMPENSA

—De modo que es posible que Constancia Carmel nos haya mentido —dijo Pete—. Pero no veo que eso pruebe gran cosa.

Era al atardecer. Después del viaje a Mundo Oceánico, Bob tuvo que ir a trabajar a la biblioteca. Pete tenía trabajo que hacer en casa y Jupiter había estado ayudando en la chatarrería. Los Tres Investigadores se habían reunido en su puesto de mando en cuanto estuvieron libres.

Pete continuó:

—Al fin y al cabo, la mayoría de las personas mayores… cuando les haces una pregunta… no esperas que te digan toda la verdad…

Se interrumpió. Estaba sonando el teléfono. Jupe lo cogió.

—Oiga —dijo una voz masculina por el micrófono incorporado al teléfono—. Quisiera hablar con el señor Jupiter Jones, por favor.

—Al habla.

—Tengo entendido que estuvo usted esta mañana en Mundo Oceánico preguntando por una ballena perdida.

Aquel hombre tenía un acento peculiar. Cuando dijo «tengo entendido» sonó como «ten-goenten-dido».

Tal vez fuese de Mississippi, pensó Bob, o quizá de Alabama. Nunca había conocido a nadie de estos Estados, pero aquel hombre hablaba como lo hacía la gente en televisión que se suponía eran del Sur.

—Sí, estuvimos allí —repuso Jupe—. ¿En qué puedo servirle?

—También tengo entendido —dijo «ten-goenten-dido» otra vez — que es usted investigador privado.

—Lo somos. Somos Los Tres… —Jupe comenzó a explicarse.

—Entonces tal vez le interese ocuparse de un caso —sonó como caaaaa-so—. Estoy dispuesto a pagarles cien dólares si encuentran esa ballena perdida y la devuelven al mar.

—¡Cien dólares! —exclamó Bob.

—¿Acepta el caso?

—Lo aceptamos con mucho gusto —le dijo Jupe cogiendo un bloc y un lápiz—. Ahora si quiere darme su nombre y número de teléfono…

—Estupendo —el hombre le interrumpió—. Entonces póngase a trabajar en seguida y yo volveré a llamarles dentro de un par de días.

—Pero… —comenzó a decir Jupiter, cuando se oyó un fuerte clic por el micrófono. El hombre había colgado.

—¡Cien dólares! —repitió Bob. Aunque Los Tres Investigadores habían tenido muchos clientes en el pasado y habían resuelto muchos casos interesantes, ninguno les había ofrecido cien dólares por su ayuda.

Jupe puso el teléfono en su sitio sin apresurarse. Estaba repasando mentalmente la llamada.

—Un hombre llama y nos ofrece una recompensa —dijo— pero no nos dice su nombre. Ni tampoco cómo ha conseguido nuestro número de teléfono. Pero sabe que esta mañana hemos estado en Mundo Oceánico… —se interrumpió pellizcándose el labio.

—Bueno, por todos los diablos —dijo Pete—. No irás a dejar el caso, ¿verdad? ¡Cien pavos!

—Claro que no. Aparte del dinero, esa llamada misteriosa hace de este caso un desafío. El único problema es por dónde empezar a investigar. —Jupe guardó silencio unos instantes, y luego cogió la guía telefónica.

—Constancia Carmel —dijo—. Es la única pista que tenemos hasta ahora.

Buscó en la guía la letra C. Habían tres Carmel. Carmel, Arturo. Carmel, Benedicto. Y Carmel, Diego: Alquiler de Barcos de Pesca. No había ninguna Constancia Carmel.

Jupe empezó por Arturo. La telefonista contestó a la tercera llamada. El número de Arturo Carmel había sido desconectado.

Benedicto Carmel tardó mucho en contestar. Al fin una voz de hombre muy cortés le informó en un susurro que el Hermano

Benedicto estaba de retiro en el monasterio. Aunque acudiera al teléfono no podría decir nada porque el buen hermano había hecho voto de silencio durante seis meses.

Al parecer había que descartar que Benedicto pudiera tener relación con el caso.

Diego Carmel, Alquiler de Barcos de Pesca, ni siquiera contestó.

—Por lo menos sabemos dónde encontrarla los seis días de la semana —observó Bob—. En Mundo Oceánico.

—Y sabemos algo más también —agregó Jupe—. Podemos reconocer su coche cuando lo veamos. Esa camioneta de reparto blanca —frunció el ceño, entrecerrando los ojos. Así, parecía un querubín somnoliento.

—Mundo Oceánico cierra a las seis —observó Jupe recordando el mensaje grabado que escuchara el día anterior—, de modo que Constancia Carmel probablemente saldrá poco después. Creo que éste es un trabajo para ti, Pete. Pero hoy ya es demasiado tarde. Tendrás que ir mañana.

Pete suspiró. Siempre que se necesitaba a alguien de pies ligeros, lo bastante listo como para salir apresuradamente de una situación difícil, Jupe consideraba que el hombre idóneo era Pete Crenshaw.

Pero por una vez a Pete no le importó. En aquel caso había algo que le atraía particularmente. No se trataba tampoco de los cien dólares, sino de devolver el ballenato al mar para que viviera en libertad.

A las cinco y media de la tarde siguiente, Hans, uno de los dos hermanos bávaros que trabajaban para Titus Jones en el «Patio Salvaje», dejó a Los Tres Investigadores en el aparcamiento de Mundo Oceánico.

Jupe y Bob sacaron sus bicicletas de la parte posterior del camión.

—¿Seguro que no necesitáis nada más? —les preguntó Hans rascándose su rubia cabeza—. ¿Cómo vais a regresar? Sois tres con sólo dos bicicletas.

—Pete no necesita su bicicleta —le aseguró Jupe—. Lo van a llevar de balde.

—Está bien —Hans se encogió de hombros y volvió a sentarse tras el volante—. Si me necesitáis, llamadme.

En cuanto se hubo marchado, Los Tres Investigadores

comenzaron a buscar la camioneta de Constancia Carmel. No fue difícil de encontrar. Estaba aparcada en un sector destinado al PERSONAL y era la única de color blanco. Jupe y Pete fueron a la parte de atrás, mientras Bob quedaba delante vigilando las verjas, por si acaso Constancia Carmel salía inesperadamente.

Los muchachos tuvieron suerte. La parte posterior de la camioneta no estaba cerrada. En ella habían varias tiras largas de espuma de goma, un lío de cuerdas y un gran trozo de lona mal doblada.

Pete subió por la puerta posterior y se tumbó en el suelo metálico. Jupe puso parte de la espuma de goma a su alrededor y luego lo tapó con la lona. Dentro de poco oscurecería, pero ni a la luz del sol hubiera podido verle nadie.

—Será mejor que Bob y yo nos marchemos ya —le dijo Jupe—. No queremos que Constancia nos vea por aquí. Te esperamos en el puesto de mando. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Pete—. Os telefonearé en cuanto pueda.

Oyó cómo Jupe saltaba al suelo y luego el ruido de sus pasos al alejarse. Después, por espacio de largo rato no oyó otra cosa que el ruido de los coches que entraban y salían.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando de pronto oyó un ruido, semejante a un chapoteo, muy cerca de él. Una ligera rociada de agua cayó sobre la lona y le llegó hasta el rostro. Agua salada. Pete esperó a que la camioneta fuera tomando velocidad una vez fuera del aparcamiento y luego atisbo desde debajo de la lona.

Un gran recipiente de plástico estaba colocado a pocos centímetros de su cara. Pete podía oír cómo el agua giraba en su interior.

Cuando la camioneta se detuvo ante un semáforo pocos minutos más tarde, pudo oír otro ruido procedente del interior del recipiente… un roce rápido contra sus lados.

Peces, dedujo Pete. Peces vivos. Se cubrió de nuevo con la lona para no ser visto.

Durante varios minutos, la camioneta avanzó muy de prisa por una carretera bien asfaltada. La Autovía de la Costa, supuso Pete. Luego aminoró la marcha y comenzó a subir una colina. ¿Santa Mónica?, se preguntó recordando la cuesta ascendente que conduce

a la ciudad. Después hubo tantas paradas y giros que perdió el sentido de la dirección. Pero al caer la noche la camioneta ascendía de nuevo por un camino serpenteante, que Pete imaginó sería alguna de las colinas de Santa Mónica.

Al fin la camioneta se detuvo. Pete oyó bajar la puerta de atrás y luego las pisadas de unos pies descalzos que se acercaban a él. Contuvo la respiración. Se oyó un chapoteo al ser levantado el contenedor de plástico. Los pies descalzos se alejaron. La puerta posterior de la camioneta volvió a cerrarse.

Aguardó tres minutos más antes de asomar la cabeza por encima de la lona.

La camioneta estaba aparcada delante de una gran casa alargada con aspecto de rancho lujoso. Había un farol encima de la puerta principal y un tramo de escalones que conducían a la casa.

Al pie de los escalones había un buzón para el correo. Pete pudo leer el nombre escrito en él: SLATER.

Esperó un minuto más, y luego salió del vehículo con sumas precauciones por el lado más alejado de la casa. Se dirigió lentamente a la parte delantera de la camioneta de manera que pudiera mirar por encima del capó sin asomar más que el pelo de su cabeza.

No había nadie a la vista. No es que esperase que lo hubiera en un distrito residencial tan solitario como aquél. Pero lo que le sorprendió es que, exceptuando el farol de la entrada, el rancho estaba completamente a oscuras. No había ni una sola luz en las ventanas. Ignoraba a dónde se habría dirigido Constancia Carmel, pero al parecer no había entrado en la casa.

Bueno, no tenía sentido permanecer allí acurrucado toda la noche. Ahora podía hacer dos cosas razonables. Dirigirse a la esquina más próxima, tomar nota del nombre de la calle e informar de la dirección de Slater a Jupe y Bob. O investigar un poco más, y tratar de averiguar a dónde había ido Constancia Carmel y qué estaba haciendo allí con un recipiente lleno de peces vivos. Estaba ya decidido a ir hasta la esquina y buscar la cabina telefónica más próxima, cuando oyó una voz de mujer que gritaba en la noche.

—Fluke —llamaba—. Fluke. Fluke. Fluke.

No hubo respuesta.

Pete estaba seguro que la voz no sonaba dentro de la casa, sino

en el exterior, tal vez detrás del edificio.

Por primera vez observó que un camino empinado llevaba hasta el garaje situado al lado izquierdo de la casa. Además del garaje, había una pequeña cerca de madera, y más allá pudo ver la silueta de una palmera recortándose contra el ligero resplandor del cielo.

Pete llegó hasta la cerca. Sólo estaba cerrada con una aldaba. La alzó, para pasar, y luego volvió a cerrarla a sus espaldas.

Se hallaba en un camino de cemento que discurría paralelo a la pared del garaje. Pete se agachó avanzando lentamente hacia el patio posterior.

—Fluke. Fluke. Fluke. Eres un buen chico, Fluke.

La voz de la mujer se oía ahora mucho más cerca. Al parecer estaba a unos pocos metros.

Pete se detuvo en seco. A su izquierda, más allá de una zona de césped, estaba la palmera que había divisado desde la calle. A la derecha no veía nada. El jardín, o lo que hubiera detrás de la casa, continuaba oculto por la pared del garaje. Cobró ánimos unos instantes y luego corrió hacia la palmera.

Al llegar allí, se deslizó tras ella, tomó aliento y miró.

Lo primero que vieron sus ojos, porque era lo único que había que ver, fue una enorme piscina que brillaba centelleante debido a sus luces interiores, y que se extendía a todo lo largo de la casa-rancho.

—Fluke. Fluke. Fluke. Buen chico, Fluke.

Constancia Carmel, con su traje de baño de dos piezas estaba de pie al otro extremo de la piscina. El contenedor de plástico estaba a su lado en el mismo borde. Mientras Pete la observaba, metió la mano en el recipiente, sacó un pez vivo, lo sostuvo en el aire un instante y luego lo arrojó al agua describiendo un arco muy pronunciado.

Al instante una forma gris asomó a la superficie de la piscina. Se elevó arriba, arriba, hasta que su metro y medio de longitud quedó bien fuera del agua. Pareció quedar allí colgado un segundo como si estuviera volando con la boca abierta. Con un rápido movimiento de su cuerpo flexible cogió el pez en el aire. Con otro coletazo saltó graciosamente hacia atrás, giró en el aire sobre sí misma y volvió a sumergirse en la piscina.

—Buen chico, Fluke. Buen chico.

Constancia Carmel llevaba aletas y unos lentes para bucear colgados del cuello. Se los puso sobre los ojos y se metió en el agua.

Pete era un buen nadador… pertenecía al equipo de su escuela… pero jamás había visto nadar a nadie como lo hacía Constancia Carmel. Apenas movía los brazos y las piernas. Se sumergía y se deslizaba por el agua con la facilidad de una golondrina para volar por el aire.

En seguida estuvo en mitad de la piscina. La pequeña ballena se reunió allí con ella. A Pete le pareció que se encontraban como dos viejos amigos que no se han visto durante mucho tiempo. La ballena le rozó la cintura con su hocico. Ella acariciaba su redonda cabeza y sus labios. Bajaron juntas hasta el fondo de la piscina. Ella nadó a su lado rodeándola con su brazo. Luego montaba encima.

Pete estaba tan entretenido viéndolas jugar que se estiró encima de la hierba detrás de la palmera y apoyó la barbilla entre sus manos. Aquello era mejor que una película. Estaba completamente absorto.

Constancia Carmel había comenzado ahora un juego distinto. Ella y la ballena estaban en el extremo de la piscina más próximo a Pete. Acarició la cabeza de la ballena y luego, con un rápido y gracioso viraje se alejó nadando. La ballena la siguió. Ella volvió a acariciarla meneando la cabeza. Y una vez más se alejó de ella. Esta vez la ballena permaneció quieta donde estaba, aguardando.

Constancia llegó al otro extremo de la piscina, salió del agua y se sentó en el borde.

El ballenato seguía esperando.

—Fluke. Fluke. Fluke —gritó.

La ballena sacó la cabeza del agua. Pete vio la viveza y atención de sus ojos.

La ballena se deslizó sin detenerse hasta dónde estaba Constancia Carmel.

—Buen chico, Fluke —tocó sus labios con sus dedos, luego metió la mano en el contenedor de plástico y puso un pez en su boca.

—Muy bien, Fluke. Muy bien, Fluke.

Volvió a acariciarla. Luego cogió algo que estaba sobre la hierba tras ella. De momento Pete no pudo ver qué era. Las luces interiores de la piscina la iluminaban por completo, pero dejaban sus alrededores sumidos en la oscuridad.

El ballenato… —o Fluke, como ella le llamaba— había sacado medio cuerpo fuera del agua. Parecía sostenerse sobre la cola. Constancia Carmel le rodeó con sus brazos para hacer algo en su espalda. Alzando un poco la cabeza, Pete pudo ver lo que estaba haciendo.

Había deslizado una tira de lona por encima de la cabeza de Fluke, justamente detrás de sus ojos, donde debiera estar su cuello, si las ballenas tuvieran cuello. Le ajustó y abrochó la hebilla. Le estaba poniendo un collar, una especie de arnés.

Pete escondió de pronto la cabeza entre la hierba.

La aldaba de la puerta de la cerca había tintineado al ser abierta. Pete oyó pasos que se acercaban a él. Los oía tan cerca que creyó que iban a pisarle. Pasaron de largo y se dirigieron hasta el borde de la piscina.

—Hola, Constancia —le dijo una voz de hombre.

—Buenas noches, señor Slater.

Pete no se atrevía a levantar la cabeza, pero apartó la hierba para poder ver.

El hombre estaba de pie al lado de Constancia Carmel al otro extremo de la piscina. Era bastante bajo, por lo menos diez centímetros menos que ella. Su rostro estaba en la sombra y era difícil distinguir sus facciones. Pero había algo en él que podía verse a todas luces. Aunque parecía bastante joven… de unos treinta y pico, supuso Pete… estaba completamente calvo. Incluso en la semioscuridad su cabeza brillaba pálida, bruñida y sin un solo cabello, como una bola de billar.

—¿Cómo va eso? —le preguntó el hombre—. ¿Cuándo estarás dispuesta a marchar? —tenía una curiosa forma de hablar. Con una lentitud que a Pete le recordó algo.

—Ahora escúcheme, señor Slater —Constancia miraba al hombre de arriba abajo. Pete pudo percibir el furor contenido de su voz—. Me ofrecí a ayudarle por mi padre. Pero voy a hacer esto a mi manera. Y llevará el tiempo que sea necesario. Si usted se entromete en lo más mínimo, Fluke vuelve al océano y ya puede buscarse otra ballena y domesticarla usted mismo.

Hizo una pausa mirando a Fluke.

—¿Comprendido, señor Slater?

Ella volvía a mirarle de arriba a abajo con las manos apoyadas

en las caderas con ademán amenazador.

—Comprendido —dijo el señor Slater.

CAPÍTULO 4
EL HOMBRE DEL EXTRAÑO OJO DERECHO

—¿Estás seguro? —preguntó Jupiter Jones—. ¿Estás seguro de que era la misma voz?

Pete había tardado veinte minutos en bajar la colina trotando y llegar hasta una gasolinera donde pudo telefonear al puesto de mando. Después Hans tardó casi otro tanto en llegar allí desde Rocky Beach con sus amigos y recogerle. Los Tres Investigadores estaban ahora sentados en la parte posterior del camión, camino de casa.

Pete había contado a los otros dos todo lo ocurrido desde que saliera de Mundo Oceánico. Ahora descansaba tendido de espaldas con las manos cruzadas bajo la nuca.

—Bastante seguro —dijo somnoliento—. Claro que no podría jurarlo. Pero seguro que sonaba con el mismo acento.

Jupiter asintió pellizcándose el labio inferior. Su mente corría como una liebre mecánica. Dando vueltas y vueltas. No tenía sentido. ¿Por qué iba a llamarle un hombre ofreciéndole cien dólares por encontrar una ballena perdida, cuando la tenía en su propia piscina?

Jupe no respondió a la pregunta en voz alta. Creyó poder hacerlo mejor después de haber dormido.

Primero dejaron a Peté en su casa. Luego a Bob. Después Hans llevó a Jupe a la casa de los Jones, que estaba al otro lado de la calle, frente al «Patio Salvaje». Los Tres Investigadores habían quedado en reunirse en el Cuartel General a la mañana siguiente en cuanto pudieran escaparse.

Bob fue el último en llegar aquella mañana. En el momento que iba a salir, su madre le hizo volver para ayudarle a fregar los platos del desayuno.

Dejó su bicicleta delante de la puerta del taller de Jupe que estaba en un rincón del patio. Junto al banco de trabajo había un enrejado metálico apoyado contra el montón de chatarra. Bob lo apartó a un lado. Debajo estaba la entrada de un tubo acanalado.

Era el Túnel Dos. Discurría bajo los montones de chatarra e iba directamente hasta debajo del remolque donde estaba el puesto de mando.

Bob empujó la puerta de la trampilla y apareció en la oficina donde le esperaban sus amigos.

Jupe se hallaba sentado detrás de su escritorio. Pete repantigado en una vieja mecedora con los pies encima de un cajón del archivador. Ninguno de los dos habló. Bob tomó asiento en un taburete y apoyó la espalda contra la pared.

Fue Jupe, como de costumbre, quien abrió el debate.

—Cuando uno trata de resolver un problema y tu mente tropieza contra un muro —dijo en aquel tono especial que empleaba cuando pensaba en voz alta—, tienes dos alternativas. Golpearte la cabeza contra la pared, o dar un rodeo y tratar de encontrar el medio de sortearla.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Pete—. Quiero decir en cristiano.

—Significa Diego Carmel —explicó Jupe—. Diego Carmel, Alquiler de Barcos de Pesca.

—Está bien. Llámale —sugirió Bob—. No veo qué relación puede ese Carmel tener con todo esto, pero por probar nada se pierde.

—Le he estado llamando desde que acabé de desayunar —confesó Jupe— y sigue sin contestar.

—Tal vez haya ido a pescar —sugirió Pete—. Algunas personas no contestan al teléfono porque han salido.

—Y en cuanto a qué relación puede tener con esto —prosiguió Jupe haciendo caso omiso de la interrupción de Pete—, sabemos que el lunes alguien telefoneó a Constancia Carmel. Le habló de una ballena gris, o de una ballena piloto, o lo que fuese que había encallado…

—Fluke —intervino Pete—. Llamémosle Fluke.

—De Fluke —convino Jupe—. No la llamaron a Mundo Oceánico porque no estaba allí. Ni llamaron tampoco a Arturo Carmel porque su teléfono había sido desconectado.

—Ni tampoco al Hermano Benedicto que está en el monasterio —añadió Bob.

—De modo que sólo queda otro Carmel en la guía telefónica: Diego Carmel que vive en San Pedro y alquila barcos de pesca. Es posible que sea pariente suyo y que alguien llamara a Constancia allí.

—Y Constancia Carmel le dijo a ese tipo, Slater, que le ayudaba por su padre, ¿correcto? —intervino Bob.

—Correcto —asintió Pete—. Tal vez Diego sea su padre. O tal vez no. Pero sigo sin ver qué relación tiene con ese asunto.

—Por eso me he referido a la pared —explicó Jupe—. Constancia Carmel y Slater no nos dirán nada. Por lo menos ella nos miente y él puede que también. De manera que si no podemos averiguar nada a través de ellos, tal vez sí podamos averiguar algo de ellos. Lo cual significa que iremos a San Pedro para hablar con Diego Carmel… suponiendo que exista alguna relación.

—¿Y si ha salido a pescar? —preguntó Pete.

—Entonces hablaremos con sus vecinos y con otros pescadores. Averiguaremos qué saben de Constancia y si Diego tiene un amigo llamado Slater, y si los dos podrían ser los hombres que vimos en un bote el lunes pasado cuando rescatamos a Fluke.

—De acuerdo —Pete se puso en pie—. Es una posibilidad muy remota, pero creo que merece la pena intentarlo. San Pedro, allá vamos. ¿Cómo llegaremos hasta allí? Está a más de treinta kilómetros. ¿Llamaremos a Worthington?

Pete se refería a un amigo suyo que trabajaba en la Compañía de Alquiler de Automóviles sin chófer de Rocky Beach, y que a menudo les llevaba en su coche.

Pero Jupiter le informó de que Worthington estaba de vacaciones.

—¿Entonces qué? —dijo Pete—. Ya sabes que Hans y su hermano están muy ocupados a esta hora del día…

—Pancho —replicó Jupe consultando su reloj—. Estará aquí en un momento.

Pancho era un joven mexicano a quien Los Tres Investigadores

habían ayudado cuando la policía sospechó que sustraía piezas de recambio del garaje donde estaba trabajando.

Los coches le volvían loco. Ahora se ganaba la vida comprando coches viejos y componiéndolos de nuevo, montando el motor de uno, la carrocería de otro, las ruedas de un tercero y juntándolos. Los automóviles resultantes parecían salidos de un museo, pero Pancho era tan buen mecánico y sus remiendos caseros corrían tan bien que los estudiantes universitarios de Santa Bárbara o incluso los de Berkeley venían a comprárselos.

Estaba agradecido a Los Tres Investigadores por haber demostrado su inocencia… de no haber sido por ellos ahora estaría en la cárcel… y por lo general se alegraba de poder llevarles a donde le pidieran.

Los tres muchachos le esperaron en el patio. A los pocos minutos llegó conduciendo su último «Ford-Chevrolet-VM». Era una extraña combinación y su aspecto era todavía más curioso que la mayoría de sus coches. Las ruedas posteriores eran mucho más grandes que las delanteras, y eso hacía que todo el automóvil se inclinase hacia delante de un modo que a Pete le recordó un toro con la cabeza agachada dispuesto a embestir.

El coche era también potente como un toro. En cuanto hubieron salido de San Pedro, Pancho lo puso a ciento cincuenta y daba la impresión de que todavía le quedaba mucha velocidad.

Pancho no tardó en encontrar la calle de San Pedro que era la dirección que aparecía en la guía junto al nombre de Diego Carmel. Dejó a los tres muchachos allí… él quería ver algunos coches usados por aquella zona… y quedó en recogerles a las tres.

La calle San Pedro estaba cerca de los muelles, y en su mayor parte ocupada por casas destartaladas y almacenes en los que se vendían artículos de pesca, cebos vivos, o dulces y comestibles. La casa de Diego Carmel estaba en mitad de la calle. Mejor conservada que las otras, era un edificio de tres pisos con una oficina en la planta baja.

ALQUILER DE BARCAS DE PESCA, se leía en la ventana de la oficina. A través de ella, Jupe pudo ver una mesa de despacho con un teléfono encima, unas pocas sillas y, colgados de una red, trajes de goma y artículos para bucear.

Los muchachos se dirigían a la puerta, cuando ésta se abrió y dio

paso a un hombre que la cerró tras él. Miró a Jupe un tanto sorprendido y se apresuró a guardar la llave en su bolsillo.

—¿En qué puedo serviros? —les preguntó.

Era muy alto y delgado, de hombros estrechos y caídos, rostro arrugado y solícito, y vestía un raído traje azul, camisa blanca y corbata oscura.

Jupiter tenía la costumbre de fijarse en la ropa de la gente y, por su apariencia, deducir lo que pudiera. Si alguien le hubiese preguntado a qué se dedicaba aquel hombre, hubiera dicho que era contable o empleado de un pequeño comercio. O tal vez relojero, pensó Jupe, mirando el ojo derecho de aquel hombre.

Debajo de aquel ojo y no del izquierdo, tenía un pliegue profundo en la piel. Era casi como una cicatriz. O bien usaba monóculo o lo más probable era que pasase muchas horas al día con la lupa de joyero incrustada en ese sitio.

—Buscamos al señor Diego Carmel —le dijo cortésmente el Primer Investigador.

—¿Sí?

—¿Es usted el señor Carmel?

—El capitán Carmel. Sí.

El hombre se volvió a medias ante la puerta. Jupe pudo oír que el teléfono estaba sonando en el interior de la oficina. Por un momento pareció como si el capitán Carmel fuese a abrir la puerta para atender la llamada, pero alzó sus estrechos hombros con desaliento.

—¿Para qué? —preguntó—. Perdí mi barco la semana pasada, en aquella fuerte tormenta. La gente llama, quieren ir a pescar, y yo no tengo barco.

—Lo siento —dijo Bob—. No lo sabíamos.

—¿Queréis ir a pescar vosotros tres?

El capitán Carmen hablaba un inglés perfecto. No podía decirse que tuviese el menor acento extranjero. Pero había algo en su forma de acentuar sus palabras que daba a entender que el inglés no era su idioma nativo.

Tal vez fuese de México, pensó Bob, y hubiera pasado la mayor parte de su vida en Estados Unidos.

—No, no. Sólo deseamos hablar con usted, capitán Carmel —dijo Jupe—. Le traemos un recado de su hija.

—¿De mi hija? —Pareció un tanto sorprendido—. Ah, ¿os referís a Constancia?

—Sí —Jupe procuraba disimular su satisfacción. Su corazonada había resultado. El capitán Carmel era el padre de Constancia Carmel.

—¿Y cuál es el recado?

—Oh, nada importante. La vimos casualmente esta mañana en Mundo Oceánico y nos pidió que le dijésemos que esta noche se quedará trabajando hasta tarde.

—Ah —el hombre miró a Jupiter y luego a Bob y Pete—. ¿Y vosotros? —preguntó—. ¿No seréis por casualidad Los Tres Investigadores?

Pete asintió. Se preguntaba cómo les habría reconocido el capitán Carmel. Luego recordó que Jupe había dado a Constancia una de sus tarjetas profesionales. Debió decírselo a su padre. Los tres… y en especial Jupe por su rostro redondo y achaparrada figura… era fáciles de describir.

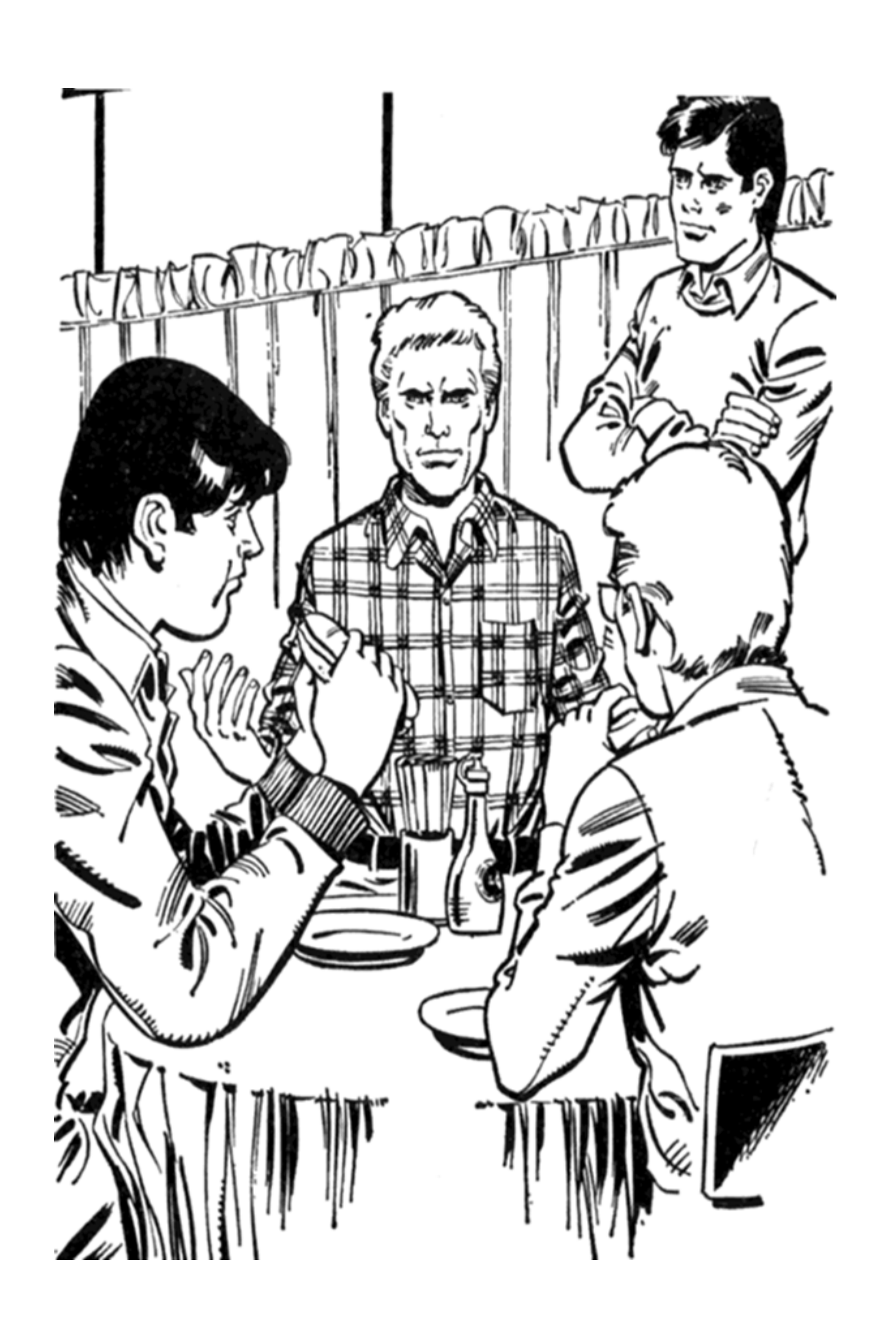
—Celebro mucho conoceros —el capitán Carmel les tendió la mano y la fueron estrechando por turno. Él sonrió—. ¿Y ahora, qué os parece si fuésemos a tomar una hamburguesa? Aquí mismo al final de la calle.

Pete le dio las gracias aceptando la invitación. Eran muy raras las ocasiones en que Pete Crenshaw no estuviera dispuesto a tomarse una hamburguesa.

Encontraron el lugar, un restaurante, y ocuparon una mesa. Las hamburguesas eran muy buenas. Mientras los muchachos comían, el capitán Diego Carmel les iba hablando de la tormenta y de la pérdida de su barco.

Traía de regreso a un hombre llamado Oscar Slater que había ido a pescar a la Baja California. La tormenta les sorprendió a varios kilómetros de la costa. Él hizo cuanto pudo por llegar a puerto, pero el mar estaba demasiado encrespado. El barco de alquiler se llenó de agua y se hundió. Él y Oscar Slater tuvieron suerte de salir con vida. Estuvieron nadando varias horas con la ayuda de sus salvavidas, hasta que un cúter guardacostas les recogió.

Pete y Bob le dijeron cuánto lo lamentaban, y Bob iba a preguntarle si el barco estaba asegurado, pero Jupe le interrumpió.



—Su hija es una magnífica nadadora, capitán Carmel —le dijo —. Es maravilloso cómo enseña a esas ballenas.

—Ah, sí. En Mundo Oceánico.

—¿Desde hace mucho tiempo? —preguntó Bob viendo que Jupe deseaba que Carmel hablase de Constancia.

—Desde hace varios años.

—Debe ser muy pesado para ella ir cada día desde aquí a Mundo Oceánico —observó Jupe.

—¿Desde aquí?

—Perdone. Me figuraba que… ¿No vive con usted aquí en San Pedro? —insistió Jupe.

El capitán Carmel asintió con aire ausente. Parecía estar pensando en otra cosa. Apuró su café.

—A decir verdad —dijo despacio con un curioso énfasis, como si quisiera asegurarse de que Los Tres Investigadores oían y recordaban cada una de sus palabras—, casualmente ese señor Slater está muy interesado también por la doma de ballenas. Muy interesado. Tiene una casa en las colinas de Santa Mónica —les dio la dirección de Slater que ellos ya conocían—. Y tiene una piscina muy grande en la parte de atrás. Una piscina enorme.

No volvió a pronunciar palabra hasta que estuvieron de nuevo en la calle. Entonces volvió a estrecharles la mano, diciéndoles que esperaba volver a verles pronto.

Los muchachos le dieron las gracias por las hamburguesas y dijeron que ellos también lo esperaban. Jupe tenía el entrecejo fruncido y se pellizcaba el labio inferior mientras miraba alejarse a aquel hombre alto y delgado.

—Un tipo simpático —comentó Pete—. Siento lo de su barco.

—Ummmm —Jupe no parecía prestar atención. Seguía pellizcándose el labio minutos más tarde, cuando Pancho fue a recogerles para llevarles de nuevo a Rocky Beach.

—Me figuro que habréis perdido el tiempo, ¿eh? —les dijo Pancho con simpatía cuando enfilaron la autopista.

—¿Perder el tiempo? ¿Por qué? —preguntó Bob. Él y Pete iban sentados detrás. Era como ir montados en lo alto de un autobús con Pancho y Jupe delante de ellos en el piso bajo.

—No habéis encontrado al capitán Diego Carmel.

—Vaya si lo encontramos —respondió Pete—. Nos invitó a una

hamburguesa.

—¿Eh? —Pancho se volvió a medias desde su asiento, y luego volvió a concentrarse en la dirección—. No lo encontrasteis. Me tropecé con unos amigos mexicanos en una tienda de coches usados. Me contaron lo que le ha ocurrido al pobre capitán Carmel. Su barco se hundió.

—Cierto —convino Bob—. Él mismo nos lo contó…

—Algún otro os lo contó. Pero no el capitán Carmel.

—¿Por qué no? —era la primera vez que Jupe habría la boca desde que dejaron al capitán. Miraba a Pancho con curiosidad como si ya supiera cuál sería su respuesta.

—Porque el capitán Carmel está en el hospital —le dijo Pancho —. Está muy enfermo. Tiene pulmonía por haber estado tanto tiempo en el agua. Está en cuidados intensivos.

Se encogió de hombros con simpatía.

—Pobre capitán Diego Carmel. No puede hablar con nadie.

CAPÍTULO 5
YA ES HORA DE HABLAR EN SERIO

—Si no era el capitán Carmel —dijo Pete—, ¿por qué fingió serlo?

Los Tres Investigadores estaban de nuevo sentados en la oficina del puesto de mando.

—¿Y quién es en realidad? —quiso saber Bob.

Jupe no contestó. Estaba reclinado contra el respaldo de su silla giratoria, detrás de la mesa, y su cara redonda denotaba intensa concentración.

—Odio tener que decir esto —admitió al cabo de unos instantes —, pero soy un completo idiota, un crédulo, estúpido, ilógico asno de primera clase.

Bob deseaba preguntarle por qué, pero no veía medio de hacer la pregunta sin dar a entender que estaba de acuerdo con él. Esperó a que Jupe se explicase.

—Porque no escuché a mi cerebro —prosiguió Jupe—. No quise dar crédito a mis propios ojos. Cuando vi a ese hombre en la puerta de la oficina del capitán Carmel, estaba seguro de que no era un capitán que alquilase botes. No tenía las manos ni la complexión de un capitán. ¿Y os fijasteis en su ojo derecho?

—¿Te refieres al que tenía esa profunda arruga debajo? —preguntó Bob—. Sí. Me fijé en eso. Al principio pensé…, ¿recuerdas a aquel inglés que conocimos el verano pasado?

Jupe asintió.

—El que llevaba monóculo. Eso es lo que pensé yo también al principio. Luego me dije que podría ser joyero o relojero. Pero cuando se mostró tan simpático y nos invitó a hamburguesas, dejé de pensar en ello. Permanecí allí sentado como un mochuelo

escuchándole…

Sus mejillas enrojecieron. Recordarlo le avergonzaba.

—Y le creí. Me lo tragué todo. Yo…

—Todos le creímos —Bob deseaba que Jupe dejara de culparse. Sí, de acuerdo, les había engañado. Pero gracias a Pancho al menos ahora lo sabían ya. La cuestión era qué hacer a partir de aquí—. Lo malo no es que ese individuo nos mintiera, sino…

—¿Sino qué? —le apremió Pete.

—Sino que muchas de las cosas que nos dijo eran ciertas. Dijo que el capitán Carmel había perdido su barco en la tormenta. Y sabemos que eso es verdad por los amigos mexicanos de Pancho. Nos dio la dirección de Oscar Slater. Y es correcta. Y luego al final…

Bob no tenía las facultades deductoras de Jupe, pero sí buena memoria.

—Al final dijo que el señor Slater estaba muy interesado en la doma de ballenas y que tenía una casa con una piscina enorme en la parte de atrás.

—Y eso es bien cierto —añadió Pete.

—Es curioso el modo en que nos lo dijo —comentó Jupe—. Recalcándolo. Quería que lo supiéramos. Pero eso no explica por qué se hizo pasar por el padre de Constancia, a menos…

Guardó silencio unos momentos pensando intensamente. Recordaba como había salido aquel hombre de la oficina, cerrando la puerta tras él, y la sorpresa y sobresalto de su rostro al ver allí a los muchachos.

—A menos que hubiera estado husmeando por la oficina del capitán Carmel —prosiguió Jupe—. O tal vez registrando toda la casa.

—¿Para qué? —preguntó Bob—. Quiero decir que no parecía un ladrón, ¿verdad? ¿Qué imaginas que andaría buscando?

—Información —replicó Jupe—. Puede que hubiese ido a San Pedro por la misma razón que nosotros. Para ver qué podía averiguar de Constancia y el capitán Carmel. Luego, al salir y vernos allí observándole, dijo lo primero que le vino a la cabeza para justificar su presencia allí: Que era el capitán Carmel.

El Primer Investigador se puso en pie.

—De acuerdo —dijo—. Ensillemos y montemos.

Pete quitó los pies del cajón del archivador y también se levantó.

—No pensarás ir en bicicleta hasta la casa de Slater, ¿verdad? —dijo en tono quejumbroso—, porque si es así, propongo que llevemos provisiones. Un par de los bocadillos de tía Matilda. Yo puedo ir a buscar jamón y queso…

—No —Jupe estaba levantando la trampilla que daba al Túnel Dos—. No vamos a casa de Slater. Volvemos a Mundo Oceánico para charlar con Constancia Carmel.

Hizo una pausa antes de desaparecer por el túnel.

—Ya es hora de hablar claro —dijo Jupiter.

Los Tres Investigadores tuvieron tiempo de sobra para llegar a Mundo Oceánico antes de que cerraran. Quedaron esperando en el aparcamiento, junto a la camioneta blanca hasta que vieron salir a Constancia Carmel.

Era una noche fría. La joven llevaba un albornoz doblado al brazo, pero aparte de eso, parecía tan indiferente al frío como un pingüino. Llevaba su acostumbrado traje de baño de dos piezas y sandalias.

—Hola —se detuvo al ver a los tres muchachos—. ¿Me buscabais?

—Señorita Carmel —Jupe se adelantó—. Sé que es un poco tarde y que probablemente estará cansada. Pero me pregunto si podría dedicarnos unos minutos.

—No estoy cansada —dijo mirando a Jupe plantado ante ella. Era casi un palmo más alta que él—, pero estoy muy ocupada. Os diré lo que haremos. ¿Por qué no volvéis mañana?

—Preferiríamos hablar con usted ahora —el Primer Investigador se estiró todo lo que pudo—. Se trata…

—Mañana —repitió ella—. Digamos a eso del mediodía. —Echó a andar hacia adelante esperando que Jupe se apartara de su camino.

El Primer Investigador se mantuvo firme y tomando aliento pronunció una sola palabra, en tono potente y claro.

—Fluke.

Constancia Carmel se detuvo, y poniendo las manos en sus caderas le miró con aire amenazador.

—¿Por qué andáis detrás de Fluke? —preguntó.

—No vamos tras él —Jupe trató de sonreír—. Estamos muy

contentos de que esté a salvo en la piscina del señor Slater. Y sabemos que usted lo cuida bien, pero hay algunas cosas de las que quisiéramos hablar con usted.

—Nosotros queremos ayudarla, señorita Carmel —intervino Bob cortés—. Sinceramente.

—¿Cómo? —Constancia Carmel se volvió hacia él con la misma mirada desafiante—. ¿Cómo podéis ayudarme?

—Creemos que alguien la ha estado espiando —le dijo Pete—. Hoy vimos salir a un hombre de la oficina del Capitán Carmel en San Pedro y, cuando vio que le habíamos descubierto, fingió ser su padre.

—Y no puede ser su padre, ¿verdad? —prosiguió Jupe—. Porque su padre perdió su barco durante la tormenta de la semana pasada y está en el hospital.

Constancia Carmel vaciló. Parecía estar reflexionando, tomando una decisión. Al fin sonrió.

—Bien —dijo—. En realidad vosotros sois investigadores, ¿verdad?

—Como dice nuestra tarjeta —Pete le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo —Constancia Carmel buscó en el bolsillo de su albornoz y sacó las llaves de su coche—. ¿Por qué no venís conmigo y charlamos?

—Gracias, señorita Carmel —aceptó Jupe—. Es usted muy amable.

—Constancia —le dijo abriendo la portezuela—. Llámame Constancia y yo te llamaré Jupiter.

—Jupe.

—Está bien, Jupe —miró a Pete—. ¿Y tú eres Bob?

—Pete.

—Yo soy Bob —dijo el interesado.

—Jupe, Pete y Bob. Ya lo tengo —Constancia sonrió a cada uno de ellos por turno—. De acuerdo. Vámonos.

Sólo había sitio para tres en el asiento delantero de la camioneta.

—Yo iré detrás —se ofreció Pete—. Ya me lo contarás más tarde, Jupe.

Jupe se sentó al lado de Constancia y luego Bob. Hubo silencio hasta que llegaron a la Autopista de la Costa.

—Ese hombre que visteis salir de la Oficina de mi padre, ¿qué aspecto tenía? —preguntó al detenerse ante un semáforo.

Jupe le describió al hombre alto y delgado con el pliegue debajo del ojo y le contó todo lo que les había dicho. Constancia meneó la cabeza.

—No se parece a nadie que yo conozca —dijo—. Puede que sea amigo de papá, o… —hizo una pausa—. O alguien que quiera causarme problemas.

La luz cambió y Constancia siguió conduciendo.

—Está bien —dijo—. ¿Qué queréis que os diga?

—Supongamos que empiezas por el principio —le sugirió Jupe —. Por la mañana del lunes, cuando el señor Slater te llamó por teléfono a San Pedro y te dijo que desde su lancha había visto con sus prismáticos una ballena encallada en la arena.

CAPÍTULO 6
EL CARGAMENTO PERDIDO

—Acababa de volver del hospital de visitar a mi padre —explicó Constancia—. El teléfono estaba sonando en la oficina, y lo descolgué. Era Óscar Slater. Vino de algún lugar del sur; de Alabama según creo. Le había visto dos o tres veces porque papá le había llevado a pescar anteriormente antes de la última vez, quiero decir, cuando papá perdió su barco. Slater dijo que había encontrado una ballena encallada en la playa.

Luego siguió contándoles cómo ayudó a rescatar la ballena. Lo primero que hizo fue ir en busca de un par de amigos mexicanos que tenían un camión con grúa. Colgaron de ésta una tira de lona en forma de honda y bajaron a la ensenada donde les estaba esperando Óscar Slater.

Una vez allí izaron la ballena al camión, bien rodeada de espuma de goma húmeda. La llevaron a la casa de Slater y la dejaron en la piscina. Los amigos mexicanos se marcharon con la grúa y Constancia estuvo nadando alrededor de Fluke, como había decidido llamarla, para ganar su confianza y hacer que se fuese acostumbrando a la piscina.

Óscar Slater fue a comprar pescado vivo a una tienda que ella conocía y todo fue bien hasta que regresó. Fluke comenzaba a corresponder a la amistad de Constancia y parecía muy feliz en su nuevo entorno.

—Naturalmente que todas las ballenas son inteligentes —prosiguió Constancia mientras subía la cuesta de Santa Mónica—. En algunos aspectos son más inteligentes que los humanos porque tienen el cerebro más grande. Pero me di cuenta en seguida de que

Fluke era excepcional. He estado amaestrando y trabajando con toda clase de ballenatos durante años, pero Fluke es el más rápido en aprender de todos los que conocí jamás. Sólo tiene dos años, lo cual equivale a unos cinco en términos humanos, porque algunas ballenas son ya adultas cuando tienen seis o siete, pero es mucho más inteligente que cualquier niño de diez años.

Constancia pasó a describirles el primer día de estancia en la casa de Óscar Slater. Había alimentado a Fluke con los peces que Slater había traído, y entonces decidió volver a San Pedro y pasar por el hospital para saber cómo seguía su padre. Le pidió a Slater que la llevara en el coche. Él se hallaba de pie junto a la piscina y el sol hacía brillar su calva mientras la miraba con astucia.

—Mañana enviaré a algunos empleados de Mundo Oceánico —le dijo ella—. Probablemente devolverán a Fluke al océano o puede que decidan conservarlo un par de días. En cualquier caso ahora está a salvo.

Se dirigió hacia la entrada, pero Óscar Slater la detuvo.

—Un momento, Constancia. Creo que hay algo que debes saber. Algo referente a tu padre.

Nunca le había gustado Óscar Slater. Hasta aquel momento apenas pensó en él. Ahora le pareció verlo por primera vez y no le gustó lo más mínimo.

—¿Qué pasa con mi padre? —le preguntó.

—Es un contrabandista profesional. Ha estado llevando a México grabadoras, transistores y toda clase de aparatos electrónicos durante años para venderlos allí por el triple o más de lo que había pagado por ellos.

Constancia aguardó. No quería dar crédito a lo que Slater le estaba diciendo. Pero ella había oído alguna palabra que otra que se le escapara a su padre. Bueno, ella le quería y era un padre maravilloso que la había cuidado desde que murió su madre. Pero nadie podría afirmar que fuese exactamente un ciudadano íntegro.

—En un último viaje llevaba un cargamento extraordinario —prosiguió Slater—. En su mayoría calculadoras de bolsillo que se venden a un alto precio en México. Y cuando el barco se hundió, se hundió con él toda la carga.

Constancia esperó a que Slater pusiera el punto final.

—Ese cargamento tendrá un valor de unos veinte o treinta mil

dólares —le dijo Slater—, y la mitad de ese dinero invertido era mío. Tu viejo y yo éramos socios en el negocio. Esas calculadoras están a salvo dentro de un contenedor impermeable, pero yo no estoy dispuesto a perder mi parte. Voy a recuperar ese cargamento, seguro, y tú vas a ayudarme.

Su voz con aquel cadencioso acento sureño tenía ahora un tono amenazador.

—Tú y esa ballena, Fluke, o como la llames. Tú me ayudarás, ¿no es cierto, Constancia?

Lo pensó mucho antes de dar a Slater su respuesta.

Estaba convencida que, desde el punto de vista del gobierno americano, su padre no había cometido ningún delito. No hay ninguna ley que prohíba sacar calculadoras de bolsillo o grabadoras de los Estados Unidos si se ha pagado por ellas. Si Slater trataba de amenazarla con causar problemas a su padre, perdía el tiempo. Las autoridades mexicanas no podrían hacer nada a menos que efectivamente sorprendieran a su padre entrando género de contrabando en México.

Pero el problema era que su padre, con muy mala suerte, había dejado la póliza del seguro en el barco hundido. Tampoco tenía ningún seguro de enfermedad, y los cuidados intensivos del hospital estaban costando cientos de dólares diarios. Si ella ayudase a Slater a recuperar esas cosas, su padre tendría derecho a su parte. Diez mil dólares serían una buena ayuda para pagar las facturas del hospital.

Y ella tampoco haría nada ilegal. No le gustaba Slater y cada minuto que pasaba a su lado le gustaba menos. ¿Pero qué mal había en ayudarle a recuperar el cargamento?

—Por eso acepté —concluyó Constancia mientras subían por las colinas—. Y así es cómo están ahora las cosas. Estoy enseñando a Fluke para que nos ayude a encontrar el barco hundido.

Jupe no había pronunciado palabra desde que entraron en la Autopista de la Costa. Todavía guardó silencio un minuto más.

—Para eso era esa tira de lona —dijo pensativo—. Esa especie de arnés que le estabas poniendo a Fluke en la cabeza. Ibas a colocarle una cámara de televisión. Y una ballena puede bajar mucho más y nadar más de prisa que cualquier buceador. Fluke podrá recorrer mucho más trecho de fondo submarino y con mayor rapidez y, por consiguiente, hay más posibilidades de que la cámara

colocada en su cabeza recoja la imagen del barco de tu padre. Constancia sonrió.

—¿Sabes que eres muy inteligente? —dijo—. Bastante despierto para ser un humano.

Jupe sonrió a su vez.

—Todos no podemos ser tan inteligentes como las ballenas —replicó.

—Bien. —Constancia le miró directamente a los ojos—. ¿Y si ahora me cuentas tú tu historia? ¿Por qué os interesa tanto Fluke? ¿Qué es lo que estáis investigando?

Jupe se acordó del cliente anónimo que les había prometido cien dólares. Deseaba ser tan franco con Constancia como ella lo había sido con él, y no veía que traicionara la confianza de nadie contándole la verdad.

—Tenemos un cliente —le explicó—. No puedo decirte su nombre porque no lo sé. Pero nos ha contratado como investigadores y nos ha prometido una buena recompensa si encontramos a la ballena perdida y la devolvemos al mar.

—¿Devolver al océano? —preguntó Constancia—. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Lo ignoro —admitió Jupiter—. Por lo menos todavía no lo sé.

—Bien, ya habéis realizado la mitad de vuestro trabajo, ¿no es cierto? Habéis encontrado a Fluke —Constancia detuvo el coche delante del lujoso rancho de Oscar Slater—. ¿Así que por qué no me ayudáis a terminarlo?

—Eso está hecho —repuso Bob—. ¿Cómo podemos ayudarte?

—¿Habéis buceado alguna vez?

Los Tres Investigadores sabían bucear. Jupe explicó que Pete era el mejor, pero que todos habían seguido un cursillo y habían aprobado las pruebas finales.

—Estupendo —dijo Constancia—. Entonces trabajemos juntos. Yo voy a devolver a Fluke al mar lo antes que pueda. En cuanto me conozca lo suficiente para no escapar. Después podré utilizarlo para que nos ayude a encontrar el barco de papá. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —replicaron Bob y Jupe al unísono. Les parecía magnífico. No sólo ganarían su recompensa, sino que disfrutarían de toda la emoción y diversión de registrar el océano para encontrar un barco hundido y recuperar su carga.

—Entonces vamos. —Constancia abrió la portezuela de la camioneta—. Entrad y veréis a Fluke otra vez.

El ballenato estaba dormitando en la piscina, con los ojos cerrados y su agujero asomando por encima del agua. Se despertó en cuanto Constancia encendió las luces interiores. Nadó hasta ella y alzó su cabeza agitando sus aletas con alegría.

Pareció reconocer también a Los Tres Investigadores. Cuando se arrodillaron al borde de la piscina, fue hacia ellos por turno y les acarició con su hocico.

—Uau —dijo Pete—. Parece como… quiero decir, ¿tú crees que nos recuerda de verdad?

—Pues claro que sí —replicó Constancia impaciente—. Le salvasteis la vida. ¿Vosotros podéis creer que iba a olvidar una cosa así?

—Pero es sólo…

Bob adivinó que Pete iba a decir que Fluke era sólo una ballena. Rápidamente le dio un codazo para hacerle callar. Luego, recordando que Pete no se había enterado de todo lo que Constancia les había dicho durante el camino, le llevó aparte para ponerle al corriente.

Constancia dio de comer a Fluke y luego se dispuso a calzarse las aletas, cuando se volvió sobresaltada.

Dos hombres habían salido de la casa y se dirigían hacia ella. Jupe reconoció a Oscar Slater por la descripción que Pete le hiciera de él.

Los Tres Investigadores reconocieron al otro hombre al instante. Era alto, delgado, de hombros estrechos, e incluso a la escasa luz del interior de la piscina pudieron ver aquella arruga profunda… casi una cicatriz… debajo de su ojo derecho.

—Quedamos de acuerdo en que se mantendría al margen de esto —le dijo Constancia a Slater de mal talante—. No se acerque a la piscina hasta que haya acabado de entrenar a Fluke y esté a punto de iniciar la búsqueda del barco de papá.

Slater no le respondió. Estaba mirando a Los Tres Investigadores.

—¿Quiénes son estos muchachos? —preguntó con voz lenta y cadenciosa que sonó como: «mu-cha-chos».

—Son amigos míos —explicó Constancia con frialdad—. Buceadores. Voy a necesitar ayuda y están dispuestos a trabajar

conmigo.

Slater asintió. Jupe comprendió que no le gustaba verles por allí, pero si Constancia decía que les necesitaba, tendría que aceptarlo.

—¿Y quién es su amigo? —Constancia miró al hombre alto y delgado que estaba al lado de Slater.

—Me llamó Donner —el hombre se presentó él mismo—. Paul Donner. Soy un viejo amigo del señor Slater. Y también de su padre, señorita Carmel —hizo una pausa y sonrió—. Un viejo amigo de México.

—Oh, está bien.

Jupe estaba seguro que el nombre no le decía nada a Constancia y que nunca le había visto. Pero comprendió por el modo en que Donner había sonreído al decir «de México» que estaba intentando decir a la joven que no se preocupase, que sabía todo lo referente al ingenuo contrabando de su padre y que estaba de su parte.

Paul Donner seguía sonriendo cuando se volvió hacia Los Tres Investigadores.

—De modo que sois hombres rana —les dijo—. ¿Trabajáis en Mundo Oceánico con la señorita Carmel?

—De vez en cuando —replicó Constancia—. Cuando necesito ayuda extra. Oh, lo siento. Olvidaba presentárselos. Son Jupe, Pete y Bob.

—Celebro conoceros —no había la menor señal de reconocimiento en los ojos de aquel hombre alto y delgado cuando les estrechó la mano.

O tenía peor memoria que un sonámbulo despistado —pensó Jupe—, o bien Paul Donner no quería que Slater supiera que ya les conocía.

—¿Por qué? —preguntóse Jupe—. ¿Qué era lo que Paul Donner trataba de ocultar?

CAPÍTULO 7
UN RECODO PELIGROSO

—Paul Donner —dijo Jupe—. ¿En este misterio, dónde encaja Paul Donner?

En realidad no estaba haciendo una pregunta, sino pensando en voz alta.

Al siguiente día Los Tres Investigadores aguardaban impacientes ante la verja del «Patio Salvaje». Constancia tenía la tarde libre y había quedado en recogerlos después de comer.

—Yo creo que de algún modo forma parte de la historia —prosiguió Jupe—. Constancia no le había visto jamás hasta ayer cuando se lo presentó Slater, pero él parecía estar enterado de los viajes de su padre a México.

—Y anduvo husmeando por la casa del capitán Carmel —agregó Bob.

—Exacto —convino Jupe—. Y es amigo de Slater, de modo que bien pudiera ser el otro hombre que iba en la lancha la primera mañana, cuando Slater nos vio rescatar a Fluke.

—Entonces no es un amigo muy sincero porque no quiso que Slater supiera que nos había conocido antes en San Pedro —dijo Bob.

—Hay una cosa cierta —intervino Pete—. Que sabe más de nosotros que nosotros de él. Nos reconoció en el acto como Los Tres Investigadores cuando nos vio en San Pedro.

—Si me preguntáis —dijo Jupe pensativo aunque nadie había preguntado nada—, os diré que él lo sabe todo. Lo del contrabando, lo de la tormenta, lo de esas calculadoras de bolsillo y el plan de Slater para utilizar a Fluke. Él sabe, pero no parece encajar en

ningún sitio…

Se detuvo al ver que la camioneta de reparto de Constancia se acercaba a la verja. Los Tres Investigadores subieron a ella. Jupe llevaba una pequeña caja de metal cuando ocupó el asiento al lado de Constancia y se la entregó.

—Espero que sea lo que tú querías —le dijo.

—¿Ya la has terminado? —dijo con evidente satisfacción.

Jupe asintió con la cabeza. Se había levantado a las cinco y había pasado toda la mañana poniendo en práctica las instrucciones que ella le diera la noche antes. Le enseñó a la joven cómo se abría la caja.

En su interior había una grabadora a pilas con un micrófono y un altavoz. Jupe había acoplado dos carretes pequeños de plástico en uno de los dos lados de la caja para que la grabadora pudiera grabar y reproducir, incluso cuando la caja estuviera cerrada.

La había probado en la bañera antes de que llegara Constancia. La grabadora funcionaba perfectamente debajo del agua. Ni una sola gota había penetrado en la caja.

—Eres un auténtico experto en electrónica, ¿no es cierto? —Constancia lo dijo como un cumplido.



—No lo sé. Es un *hobby* nada más.

Jupe pensaba en su interior que era prácticamente un Tomás Edison cuando se ponía a inventar cosas en su taller. Pero no le gustaba alardear de ello. Prefería que sus obras hablasen por sí mismas.

Los Tres Investigadores llevaban consigo sus máscaras y aletas de goma para bucear. En cuanto llegaron a la casa-rancho, se pusieron sus trajes de goma y se reunieron junto a la piscina.

No había ni rastro de Slater ni de su amigo Paul Donner.

—Les advertí que lo mejor era dejarnos solos —dijo Constancia —. Si no lo hacen, yo… —no acabó la frase.

—No renunciarás, ¿verdad? —le preguntó Bob preocupado.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo hacerlo. Mi padre necesita ese dinero desesperadamente. Tenemos que encontrar ese cargamento.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó Pete.

—Todavía está bastante enfermo, pero es un hombre fuerte, un auténtico mexicano —dijo con orgullo—. Los médicos dicen que se pondrá bien. Sólo me permiten verle unos minutos cada día y no puede hablar apenas. Cuando lo hace siempre dice lo mismo. No cesa de repetir… —hizo una pausa mientras se calzaba los pies de pato.

—Vosotros sois investigadores —continuó—. Tal vez le encontréis algún significado. No cesa de repetir: «Pon los dos gigantes en línea».

Se deslizó dentro de la piscina y Fluke acudió al punto a su encuentro.

—Los dos gigantes —repitió Jupe pellizcándose el labio inferior —. Ponlos en línea —miró a Bob y a Pete—. ¿Os sugiere algo?

—Gigantes —volvió a decir Bob—. Creo que Paul Donner podría ser uno de ellos. Tiene buena estatura…

—Buena observación —le dijo Jupe—. Pero si él es uno de los dos Gigantes que Constancia ha de poner en línea, ¿quién es el otro?

—Eso me pregunto yo —admitió Pete—. ¡Uuau! ¡Mirad eso!

Fluke estaba dando vueltas y vueltas a la piscina mientras Constancia estirada sobre él le rodeaba con sus brazos.

Durante la media hora siguiente los tres muchachos

contemplaron como jugaban Constancia y el ballenato. Parecía un juego, pero Bob sabía que en realidad estaban trabajando. La joven enseñaba a Fluke, no sólo a obedecer sus órdenes, sino a conocer por su menor gesto o por la expresión de su rostro lo que deseaba que hiciera y ejecutarlo inmediatamente.

Eran como dos amigos íntimos, pensó Pete. Tan unidos que parecían capaces de leerse el pensamiento y compartir los mismos impulsos, pensar y moverse como una sola persona.

Después de que Constancia hubo alimentado a Fluke, sugirió a Los Tres Investigadores que se reunieran con ella en la piscina para que Fluke empezase a acostumbrarse a ellos y a conocerles.

Al principio a Pete se daba un poco de miedo nadar al lado de Fluke y sentir las caricias juguetonas del ballenato. Fluke era tan grande, tan macizo y poderoso. Pero también era cariñoso y los muchachos no tardaron en sentirse muy a gusto con él.

—Lo estáis haciendo muy bien —Constancia les felicitó cuando salieron de la piscina—. Ahora probemos la grabadora.

Fluke flotaba al otro extremo de la piscina. Ahora Constancia le había enseñado a permanecer allí y esperar a que le llamara.

Cogiendo la caja de metal hizo girar el botón que indicaba grabación. Luego, después de sujetarse a la cintura una tira de plomo, bajó al fondo de la piscina.

Al cabo de un segundo Fluke se sumergió también permaneciendo tumbado en el fondo.

Los Tres Investigadores observaban fascinados a la joven. Era increíble el tiempo que podía permanecer bajo el agua —pensó Jupe—. Permanecía allí descansado tan cómoda como tía Matilda en su sala de estar. Pete pudo ver que sostenía la grabadora ante ella y que con la otra mano chasqueaba los dedos.

Se detuvo sonriente y con la cabeza ladeada.

Al cabo de lo que les pareció mucho tiempo, pero que probablemente no pasaría de dos minutos, nadó hasta la superficie y aspiró el aire controlando su respiración.

—Creo que ya lo tengo —dijo—. Veamos que tal suena.

Jupe rebobinó la cinta e hizo girar el botón.

Al principio no se oyó más que un suave murmullo. Luego los tres muchachos oyeron un rápido chasquido. Pete comprendió que era Constancia chasqueando los dedos bajo el agua.

Los chasquidos cesaron y por el altavoz se oyó con toda claridad un gorjeo semejante al de los pájaros. Se elevaba y descendía cambiando constantemente de tono, y estaba acompañado, como las canciones españolas acompañadas de castañuelas, por un agudo clac-clac.

—No es exactamente igual que un pájaro —se dijo Jupe—. Era un sonido demasiado profundo y vibrante. Era… era algo que jamás había oído en su vida.

Terminó al cabo de un minuto y Constancia paró la grabadora.

—¿Era Fluke? —preguntó Bob atónito—. ¿Era Fluke cantando?

—Cantando. Hablando. Como quieras llamarle —le respondió la joven—. Todas las ballenas se comunican unas con otras por medio de sonidos. Y naturalmente el sonido llega muy lejos bajo el agua. No hemos podido jamás aprender o entender su lenguaje, pero, si lo lográsemos, es probable que viéramos que es expresivo y complicado como el nuestro.

Hizo una pausa para quitarse las aletas de goma.

—La única diferencia es que no creo que discutan jamás —continuó—. Como tampoco luchan nunca. Son demasiado civilizadas. Y estoy convencida de que tampoco se mienten unas a otras como nosotros. Tienen demasiado sentido común. ¿Al fin y al cabo de qué sirve el lenguaje si se utiliza para tergiversar las cosas en vez de decir lo que se piensa?

—¿Podemos oírlo otra vez? —preguntó Pete.

—Espera un momento. Primero quiero que lo oiga Fluke.

Jupe rebobinó la cinta y la puso en marcha otra vez. Entonces Constancia se arrodilló para sumergir la caja metálica en el agua. Los Tres Investigadores observaron a Fluke.

Continuaba descansando tendido en el fondo de la piscina. De pronto su cuerpo comenzó a estremecerse, y sus aletas se separaron de sus costados. Luego, con un solo movimiento cubrió todo el largo de la piscina y llegó hasta ellos. Bob pensó que parecía sonreír igual que cuando intentaban salvarle en la playa.

Fluke aminoró la marcha al acercarse a la caja metálica, vaciló unos instantes y luego la acarició suavemente con sus labios.

—Bueno —dijo Constancia sacando la caja del agua—. Bien, Fluke. Buen chico. Buen muchacho.

Sonreía complacida mientras le arrojaba un pescado y él lo cogía

en el aire.

—Eso es lo que quería ver —dijo a los muchachos—. Parece que va a resultar bien. Si se aleja demasiado de nosotros en el mar, podemos hacerle volver haciendo sonar su propia voz debajo del agua.

—Podría repetirla si quisieras —sugirió Jupe—. Grabarla una y otra vez hasta conseguir media hora entera de cinta con su voz.

La joven consideró que era una buena idea y devolvió a Jupe la caja metálica.

—Quiero ir al hospital a ver a papá —dijo—. Os dejaré en el «Patio Salvaje» de paso.

Había dejado la camioneta en la calle delante de la casa-rancho. Pete volvió a subir a la parte de atrás y los otros dos muchachos ocuparon el asiento delantero junto a Constancia.

El camino era llano hasta el primer recodo y desde allí comenzaba a descender serpenteante colina abajo. Constancia iba muy de prisa, pensó Jupe preguntándose por qué no frenaba en las curvas. Por lo general conducía con destreza y prudencia, pero tal como lo estaba haciendo hoy, derrapando en las curvas, parecía querer batir el récord de velocidad.

Entonces Jupe vio que Constancia sí que frenaba. Tenía el freno pisado hasta el fondo.

Ante ellos tenían una curva muy cerrada hacia la derecha, casi un ángulo recto. La camioneta se precipitaba hacia ella como un caballo desbocado. En vez de aminorar la marcha, iba cada vez más de prisa.

Constancia cogió el freno de mano y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. La camioneta seguía corriendo y el velocímetro subiendo. Setenta. Setenta y cinco. Ochenta kilómetros por hora.

—¿Les pasa algo…? —preguntó Bob con voz ahogada—. ¿Les pasa algo a los frenos?

Constancia asintió con la cabeza sujetando el freno de mano.

—No funcionan —anunció con presteza—. Lo siento.

Cambió rápidamente la marcha poniendo otra más corta para tratar de reducir la velocidad utilizando el motor como freno. Jupe sentía vibrar la furgoneta como un bote en plena tormenta, pero una ojeada al tablero de mandos le dijo que todavía iban a ochenta.

Frente a ellos, donde la carreta doblaba violentamente hacia la

derecha había una vieja casa detrás de algunos árboles.

A tanta velocidad Jupe pensó que era imposible que la camioneta pudiera girar tanto.

¡Era inevitable que se estrellaran contra la pared!

CAPÍTULO 8
LOS TRES SOSPECHOSOS

Constancia estaba desplazando la camioneta hacia el centro de la carretera primero y luego hacia la izquierda. Si ahora en la curva apareciese un coche en dirección contraria, ambos vehículos quedaron convertidos en un montón de hierros retorcidos.

Pero no había nada ante ellos; únicamente la pared de piedra que parecía tan sólida e inexpugnable como un acantilado.

Bob y Jupe apoyaron sus piernas contra el tablier esperando el impacto, el choque, la irremisible colisión.

Constancia hizo girar el volante hacia la derecha y al mismo tiempo metió la marcha atrás.

La pared continuaba acercándose a Jupe… sólo que… todo estaba ocurriendo a tal velocidad que cada impresión era como el *flash* de una cámara fotográfica… que se desviaba demasiado hacia la izquierda.

En vez de entrar directamente a través del parabrisas, la pared se alejaba. Por un instante desapareció de la vista al quedar oculta por el marco de la ventanilla y de repente allí estaba otra vez a unos centímetros de la ventanilla lateral.

El motor rechinaba y gruñía protestando. Bob y Jupe se agarraron a sus asientos con toda la fuerza de sus brazos para no ser lanzados contra Constancia.

La joven seguía manteniendo el volante girado hacia la derecha. Los neumáticos chirriaban como las sirenas de un coche de la policía, mientras dejaban sus gomas en el asfalto. La pared de piedra pareció alargarse tratando de arrancar la portezuela y todo el costado izquierdo de la camioneta.

Constancia enderezó el volante.

La furgoneta avanzó otros diez metros y se detuvo lentamente. El motor se paró.

Nadie habló por espacio de un minuto. Constancia agachó la cabeza apoyándola contra el volante. Respiraba profundamente, tratando de controlar su respiración lo mismo que hacía después de bucear.

—Está bien —dijo con voz ronca pero bastante firme—. Salgamos a ver cuáles han sido los desperfectos. Tendremos que salir por tu lado, Bob. Mi puerta está atascada.

Por unos instantes, después de saltar a la carretera, Bob tuvo que apoyarse contra la camioneta para mantenerse en pie. Sus piernas no le aguantaban. Parecían de flan.

Entonces se acordó de Pete.

Tambaleándose fue a abrir la puerta de atrás.

Pete estaba tendido de bruces sobre el suelo metálico con las piernas y los brazos estirados como una estrella de mar. No se movía.

—Eh, Jupe —gritó Bob—. Ven aquí.

Bob subió a la parte posterior de la camioneta seguido de Jupe. Ambos se arrodillaron al lado de Pete. Bob cogió la muñeca de su amigo para tomarle el pulso.

Pete se movió ligeramente al sentir su contacto y abrió los ojos.

—De prisa, decidme, ¿estoy vivo o muerto? —susurró.

—Parece que estás vivo. —Bob no pudo evitar el reírse respirando aliviado—. Tu pulso está perfectamente y tu sentido del humor no ha sufrido el menor daño.

—Debo tener el sentido del humor en mis pies —Pete se incorporó tanteando sus brazos y sus piernas para ver si tenía algún hueso roto y no encontró ninguno—. ¿Qué rayos y truenos ha ocurrido? ¿Estáis todos locos ahí delante o es que os estáis preparando para un gran premio?

Jupe meneó la cabeza. Debió haber sido mucho peor para Pete lanzado de un lado a otro sin tener la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

—Yo creo que alguien ha saboteado los frenos —dijo.

—¿A propósito? —Ahora Pete ya estaba de pie.

—Vamos a averiguarlo —propuso Bob.

No tardaron mucho en descubrir que Jupe tenía razón. Constancia había levantado el capó cuando se acercaron y pudieron ver en seguida que los tubos que conducían el líquido del freno y la varilla del freno de mano habían sido cortados con una sierra metálica.

—Cualquiera pudo hacerlo mientras la furgoneta estuvo aparcada delante de la casa de Slater —le dijo Jupe a Constancia—. Tuvieron tiempo de sobra.

—¿Cualquiera? —preguntó Constancia—. ¿Quién?

Pero esa era una pregunta a la que el Primer Investigador no podía responder aún. Era un interrogante que precisaba ser meditado cuidadosamente.

Durante las dos horas siguientes, mientras Constancia llamaba a sus amigos de la grúa, les esperaban y les acompañaban al «Patio Salvaje» antes de volver a San Pedro, Jupe hizo cuanto pudo por entregarse a esa clase de meditación.

Pero no fue hasta que estuvo aposentado en el sillón giratorio, detrás de su mesa en el Cuartel General, cuando realmente su cerebro entró en acción y se concentró de la forma precisa.

—Alguien —Jupe pensaba en voz alta para que Bob y Pete pudieran seguir sus deducciones y ayudarle si se les ocurría alguna sugerencia—. Alguien no quiere que encontremos el barco hundido del capitán Carmel. Esta tarde estaban dispuestos a matarnos… o por lo menos ocasionarnos un accidente grave… para impedir que Constancia y todos nosotros siguiéramos adelante con nuestro plan de entrenar a Fluke para que busque esa embarcación.

Guardó silencio unos instantes pellizcándose el labio.

—Ahora bien —continuó—; hay tres posibles sospechosos, por lo menos que nosotros conozcamos.

»Uno —alzó uno de sus dedos gordezuelos—: Oscar Slater. Pero parece que Slater sólo puede ganar si se encuentra ese barco. Y no sólo eso, sino todo lo que ha hecho… secuestrar a Fluke, convencer a Constancia para que lo enseñe… todo parece indicar que quiere que tengamos éxito.

Jupe hizo otra pausa.

—De modo que pasemos al número dos —otro dedo gordezuelo se reunió con el primero—: Paul Donner. ¿Qué sabemos de él? Cuando le encontramos en San Pedro sabía nuestros nombres y que

éramos Los Tres Investigadores. ¿Cómo se enteró?

No hubo respuesta.

—Paul Donner nos dijo un montón de mentiras fingiendo ser el padre de Constancia —continuó Jupe—, pero también nos dijo algunas cosas que eran ciertas. Que el capitán Carmel llevaba a Oscar Slater a pescar a México cuando su barco se hundió. No, aguarda un momento —Jupe repasó su memoria—. Dijo que traía a Oscar Slater de vuelta de la Baja California cuando el barco se hundió.

Bob y Pete sabían que Jupe tenía razón, como siempre que trataba de recordar exactamente lo que alguien había dicho.

Jupe permaneció inmóvil unos instantes y luego, cogiendo el teléfono marcó un número.

—Diga —la voz de Constancia sonó por el micrófono.

—Soy Jupe.

—Hola, Jupe. ¿Estás bien? Pareces preocupado.

—No estoy preocupado —le dijo Jupe—. Sólo intrigado.

—¿Tú estás intrigado?

—Hay un par de preguntas que tal vez tú puedas contestar —le dijo Jupe.

—Pregunta.

—¿Cuándo te dimos nuestra tarjeta de investigadores en tu oficina de Mundo Oceánico se la enseñaste a alguien, o hablaste con alguien de nosotros?

—No.

—¿Qué hiciste con la tarjeta?

—Creo que la dejé encima de mi mesa.

—¿Pudo verla alguien?

—Seguro. Supongo que sí. Comparto esa oficina con otros entrenadores de modo que casi nunca está cerrada.

—Así que cualquiera que nos hubiese visto salir de tu oficina pudo esperar a que tú te marcharas, entrar y ver la tarjeta encima de tu mesa.

—Me figuro que es posible. En realidad no miré esa tarjeta hasta que os marchasteis, entonces yo…

—Entonces empezaste a preocuparte por Fluke y fuiste en seguida a casa de Slater para asegurarte de que estaba bien.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Estábamos en el aparcamiento cuando tú saliste disparada.

—Claro que estabais. Casi os atropello, ¿no es cierto? —Constancia hizo una pausa—. ¿Cuál es la otra pregunta, Jupe?

—Es referente a tu padre. Cuando llevó a Slater a Baja California para vender esas calculadoras de bolsillo…

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba fuera cuando le sorprendió la tormenta y perdió el barco?

Hubo un largo silencio. Al parecer Constancia estaba tratando de recordar.

—No lo sé —admitió—. Verás, cuando estoy trabajando, San Pedro está muy lejos para ir y venir continuamente, así que me quedo en Santa Mónica en casa de una amiga. Por lo general voy todos los lunes a San Pedro para ver a papá, pero tuvo que ir a San Diego por aquellos días. Así que hacía dos semanas que no le veía cuando me llamaron del hospital para decirme…

Su voz se apagó. Era evidente que recordaba el sobresalto que le produjo la terrible llamada.

Jupe aguardó con impaciencia que volviera a hablar.

—Ya sé a donde quieres ir a parar —dijo la joven con su voz normal—. Papá y Slater pudieron haber estado en el mar todo ese tiempo y yo no me hubiese enterado.

—Es posible, ¿no? —exclamó el Primer Investigador.

—¿Tú crees que es importante?

Jupe pensaba que sí. Después de que Constancia colgó, permaneció varios minutos concentrado en la importancia que aquello podía tener. ¿Acaso el capitán Carmel y Oscar Slater habían llegado realmente a Baja California? ¿Fue durante su viaje de regreso cuando les sorprendió la tormenta? Tenía que averiguarlo.

¿Cómo?

Miró a Pete.

—¿Qué te parece un viaje rápido a Malibú? —le preguntó.

—Perfecto —Pete se puso en pie al instante—. Es la primera cosa razonable que has dicho…

—¿Qué dices tú, Bob?

—De acuerdo.

Bob tenía cierta idea de lo que Jupe estaba sugiriendo y le pareció un buen plan. Pero su mente seguía todavía dando vueltas a

lo que el Primer Investigador había dicho anteriormente.

—Hay tres posibles sospechosos —les había anunciado Jupe.

Había mencionado a dos de ellos. Oscar Slater. Y Paul Donner.

—Espera un minuto —dijo Bob—. ¿Cuál es el tercer sospechoso de que hablabas?

Pero el Primer Investigador había abierto ya la trampilla.

Y desapareció en el túnel sin contestar a la pregunta de Bob.

CAPÍTULO 9
LA AYUDA DE HÉCTOR SEBASTIÁN

—Arroz natural —anunció con orgullo Hoang Van Don, el criado vietnamita de Héctor Sebastián.

Y colocando un bol humeante encima de la mesa del patio, sonrió a Los Tres Investigadores.

—Muy saludable —dijo Don—. Con todas sus vitaminas. Nada de química, ni conservantes.

«Ni siquiera sabor», pensó Pete inclinándose hacia adelante para olerlo.

Casi echaba de menos aquellos tiempos en que Don sacaba todas sus recetas de los anuncios televisivos nocturnos. Por lo menos los filetes de pescado y las *pizzas* congeladas eran mejores que la bazofia que les servía ahora desde que comenzó a ver los programas de la tarde. Por este medio, Don había descubierto a un especialista en alimentos naturales que daba conferencias sobre nabos orgánicos y zumos de zanahoria naturales.

—¿Arroz natural para todos? —preguntó Héctor Sebastián. Nadie respondió mientras él iba llenando sus platos.

Se hallaban todos sentados en la enorme sala de estar del señor Sebastián, con los amplios ventanales que daban al océano Pacífico. Su casa de Malibú había sido anteriormente un restaurante llamado Charlie. Héctor Sebastián lo compró cuando sus novelas de misterio comenzaron a venderse para el cine. Poco a poco iba convirtiendo el edificio en lo que él llamaba una casa señorial.

—¿Observáis las novedades? —le preguntó a Jupe—. ¿Veis las muchas mejoras que he hecho desde la última vez que estuvisteis aquí?

Jupe miró a su alrededor. Aquella amplia habitación que una vez fuera el comedor principal del restaurante estaba casi vacía.

—Ha cambiado usted el suelo, señor Sebastián —le dijo—. Y… y ha comprado una mecedora.

Héctor Sebastián asintió con orgullo.

—No la he comprado —admitió—. Los estudios me la han regalado. Ésta es la mecedora que apareció en mi última película: Hechos consumados. ¿Recordáis aquella escena en que la anciana es estrangulada con un colgador de alambre?

Jupe la recordaba con exactitud. Ella estaba sentada en aquella mecedora cuando el estrangulador aparecía por detrás.

Se preguntaba cómo alguien podía tener en su casa un recuerdo como aquél. Pero había aprendido a aceptar las excentricidades de Héctor Sebastián.

En realidad, Jupe agradecía al escritor que las tuviera y le admiraba por ello. Porque una de sus excentricidades era estar siempre dispuesto a dejar su trabajo para escuchar a Los Tres Investigadores, cuando iban a hablarle de su último caso y ayudarles si estaba en su mano.

Durante varios años, el señor Sebastián había sido detective privado en Nueva York. Empezó a escribir novelas de misterio mientras se recuperaba de una lesión en la pierna. Sus libros tuvieron tanto éxito que había abandonado su carrera como investigador privado. Ahora era un novelista y guionista muy conocido y a menudo le hacían entrevistas.

Pero seguía interesándole todo lo que tenía algo que ver con su anterior trabajo de detective. Quizás añorase los días en que él mismo seguía a los sospechosos, permaneciendo horas y horas de pie en una esquina buscando un solo rostro entre la multitud, o cuando había experimentado la emoción de atrapar a un estafador o a un chantajista.

Estuvo muy contento de ver a Los Tres Investigadores, cuando llegaron a su casa aquella tarde y les escuchó atentamente mientras le exponían el caso en líneas generales.

Luego, sin que ni siquiera Jupe tuviera necesidad de sugerírselo, el señor Sebastián se había dirigido al teléfono que tenía en su despacho para hacer varias llamadas. Ahora Los Tres Investigadores aguardaban con ansia el resultado de aquellas llamadas,

informaciones que esperaban que él lograse conseguir, porque a ellos les resultaba muy difícil obtenerlas.

Pete revolvió el montón de arroz natural que tenía en su plato. Se llevó el tenedor a la boca y lo masticó.

—¿Y bien? —le preguntó Don—. ¿Le gusta, señor Crenshaw?

—Es… —Pete no sabía como describirlo—. Bien, desde luego es apetitoso —admitió.

—No ser apetitoso —el vietnamita estaba indignado—. La comida apetitosa ser mala para estómago. Eso es lo que decir experto por televisión.

—Pero si la comida no fuese apetitosa —protestó Bob—, la gente no la comería y entonces se moriría de hambre.

—Usted decir eso porque pensar mal —le dijo Don con aire severo—. Pensar mal producir acidez y luego viene úlcera.

—Creo que tiene razón —dijo Bob mansamente masticando otro puñado de arroz natural y tratando de pensar bien de él.

—¿Cómo va su nuevo libro, señor Sebastián? —le preguntó Jupe para cambiar de tema. Ya era bastante desagradable comer aquel arroz para que encima tuvieran que hablar de él.

—Pues parece que por ahora va muy bien —repuso Héctor Sebastián—. Ahora que tengo esa nueva computadora procesadora de textos, casi puedo ver lo que pienso antes de escribirlo. Es como…

Se interrumpió. Estaba sonando el teléfono.

El señor Sebastián cogió el bastón que colgaba del respaldo de su butaca y se apoyó en él para levantarse. La pierna seguía molestándole y cojeaba ligeramente al avanzar por la amplia habitación. Al otro extremo, detrás de una librería, estaba su despacho con su gran mesa escritorio y la mesita con la máquina de escribir. Encima del escritorio, junto a la computadora, estaba el teléfono.

Los Tres Investigadores oyeron durante un tiempo que les pareció eterno, como Héctor Sebastián hablaba esporádicamente por el aparato. Era un tormento porque no lograban entender lo que decía, Pete estaba tan absorto en aguzar el oído que quedó sorprendido al descubrir que se había comido todo el plato de arroz sin enterarse siquiera.

—¿Más? —le sonrió Don cogiendo su plato.

—¡No! —Pete se lo arrebató antes de que el vietnamita se lo volviera a llenar—. No, gracias —añadió cortés—. Es deli…

Se detuvo justo a tiempo. Estaba a punto de decir que era delicioso cuando recordó que tampoco se suponía que fuese delicioso. Los alimentos deliciosos son perjudiciales. Proporcionan malos pensamientos.

—Es tan saludable y nutritivo —se corrigió—, que no puedo tomar ni un bocado más.

Se volvió rápidamente mirando hacia el otro extremo de la habitación.

Héctor Sebastián regresaba cojeando a la mesa. Llevaba una hoja de papel en la mano.

—Bien —dijo mirando el papel mientras se dirigía a Los Tres Investigadores—. Ya tengo algo. Pero no veo que encaje en vuestro caso.

—¿Qué es? —le preguntó Jupe con ansiedad—. ¿Qué ha averiguado?

—Esto me lo han proporcionado las autoridades de Inmigración mexicanas de La Paz, en Baja California. El Capitán Diego Carmel y Oscar Slater llegaron a La Paz en el barco de alquiler Constancia Afortunada del Capitán Carmel, el diez de febrero. Permanecieron en el puerto por espacio de dos días y se marcharon el doce de febrero.

Jupe asintió con el entrecejo fruncido.

—Gracias, señor Sebastián —le dijo—. El barco del Capitán Carmel se hundió el diecisiete de febrero. Eso significa que venían de regreso de Baja California en dirección a San Pedro cuando tropezaron con esa tormenta. Miró a Bob y luego a Pete.

—Y eso significa —prosiguió—, por lo menos yo creo que eso significa que, si llevaban un cargamento de calculadoras de bolsillo para pasarlas a México de contrabando…

Se volvió hacia Héctor Sebastián.

—… o bien algo salió mal y no pudieron llegar a tierra, u Oscar Slater estaba mintiendo cuando le dijo a Constancia que el cargamento seguía a bordo cuando el barco se hundió. ¿Qué opina usted, señor Sebastián?

—Yo creo que tus razonamientos son acertados, Jupe.

Héctor Sebastián sonrió.

—En realidad, como diría uno de mis personajes favoritos, Alicia en el País de las Maravillas, vuestro nuevo caso se está poniendo interesante, muy interesante.

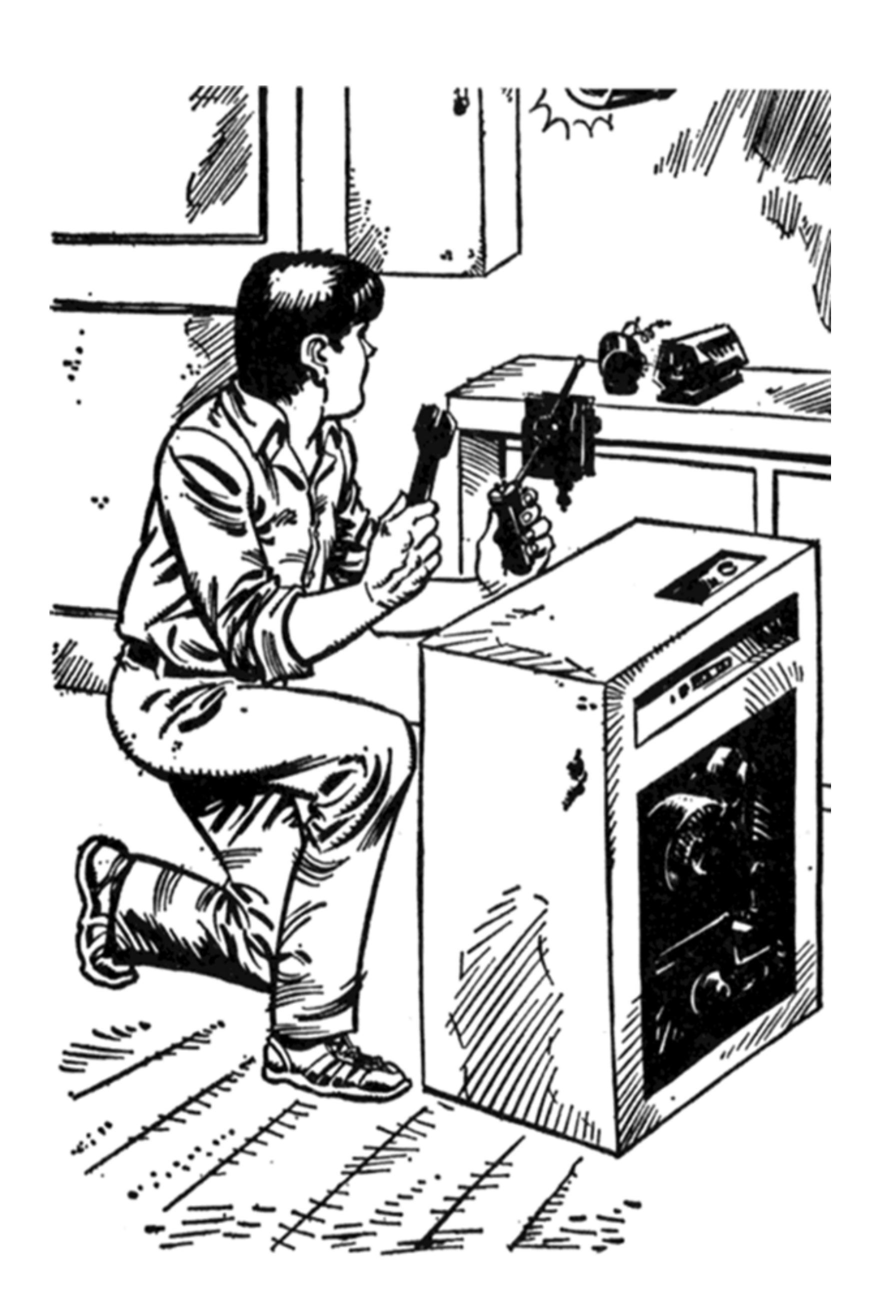
CAPÍTULO 10
EL GIGANTE SIN ROSTRO

—¿Te parece que podrás arreglarla, Jupe? —preguntó tía Matilda.

Jupiter miró la vieja lavadora que estaba en su taller del «Patio Salvaje».

Tío Titus la había traído a casa la noche anterior. Su superficie amarillenta estaba tan rayada y abollada que le recordó un hoja de papel que cuando se arruga ya nunca vuelve a quedar como antes por mucho que se estire. No quería ni pensar como estaría el motor.

—Lo intentaré, tía Matilda —le prometió—. Trabajaré en ella todo el día.



Tía Matilda sonrió. Allí tenía a un muchacho, su sobrino Jupiter Jones, y una máquina de lavar estropeada. Juntos daban la combinación perfecta. Así es como lo veía tía Matilda. Trabajo para un muchacho. Un muchacho con trabajo.

—Hazlo, Jupe —le dijo contenta—, y te prepararé una buena comida.

En realidad a Jupiter no le importaba pasar todo el día en el «Patio Salvaje». Ganaría algún dinero y lo más importante, tiempo libre. Bob estaba en la biblioteca y Pete en casa cortando el césped. Mañana todos podrían disfrutar de un día entero de libertad.

Por la mañana temprano irían a reunirse con Constancia a la cueva por ella elegida. Sus amigos mexicanos iban a llevar allí a Fluke en su camión-grúa, y entonces ella y los muchachos empezarían a buscar el barco hundido.

Al cabo de una hora Jupiter había sacado los tornillos oxidados y el motor de la lavadora. Lo puso encima de su banco de trabajo. No estaba tan mal como había temido. Debía ser uno de los primeros modelos de la posguerra y por lo menos tendría treinta años. En aquellos tiempos construían las cosas para que duraran.

Lo primero que necesitaba era una correa nueva. Tendría que hacerla. Empezó a revolver entre la chatarra del taller en busca de una tira de cuero lo bastante larga.

Jupe se detuvo de pronto como paralizado. Su mente estaba tan absorta en solucionar el problema de cómo arreglar la lavadora, que no se daba cuenta de qué le había detenido. Una luz roja centelleaba encima de su banco de trabajo. Eso significaba que el teléfono estaba sonando en el puesto de mando.

Jupiter no era un hombre rápido al caminar, pero en menos de medio minuto había apartado la reja, deslizado su cuerpo rechoncho por el Túnel Dos y empujado la trampilla por la que asomó como el corcho de una botella de champaña para coger el aparato:

—Diga —exclamó sin aliente—. Jupiter Jones al aparato.

—Hola, señor Jones —le replicó una voz conocida—. Le llamo para saber qué progresos ha estado haciendo para recuperar esa ballena.

Sólo que no dijo «ballena», sino
«ball-ena».

—Me alegro de que haya llamado, señor —le dijo Jupiter—. Hemos hecho grandes progresos. Celebro poder decirle que mañana por la mañana, a eso de las siete, Fluke, quiero decir la ball-ena volverá al océano y cumpliremos nuestro trato.

Hubo un largo silencio.

—Oiga —dijo Jupe—. ¿Oiga?

—Bien, es una buena noticia, señor Jones —le dijo la voz—. Ciertamente merece que le feliciten. —Gracias.

—Y merece también ser recompensado. Creo haber mencionado la cantidad de cien dólares.

—Sí, señor. La mencionó. Si me da su nombre y dirección tendré mucho gusto en enviarle mi factura y una fotografía de la ballena en el mar para demostrarle que hemos realizado nuestro cometido.

—Eso no será necesario. Creo en su palabra. En realidad, voy a ausentarme de la ciudad varias semanas, de modo que si no le importara encontrarse conmigo esta noche, señor Jones, le pagaría los cien dólares en seguida.

—Es usted muy amable —repuso Jupe aunque en su mente galopaban las sospechas y preguntas.

¿Por qué aquel hombre no le decía su nombre? ¿Por qué estaba tan dispuesto a confiar en la palabra de Jupe y creer que Los Tres Investigadores habían ganado su recompensa de cien dólares?

—¿Dónde debo encontrarle y a qué hora, señor? —preguntó.

—¿Conoce el Parque Burbank?

Jupiter lo conocía. Años atrás había sido un área de recreo muy popular. En el centro había un antiguo templete para las bandas de música, donde la gente se reunía antiguamente los domingos por la tarde para escuchar las marchas de Sousa y los popurris de Gilbert y Sullivan.

Pero la ciudad de Rocky Beach había crecido y evolucionado apartada del parque. El barrio de Burbank había quedado atrás. El parque seguía allí, muy abandonado, convertido en un lugar lleno de maleza y matorrales que ahogaban los senderos. Hacía años que no tocaba allí ninguna banda.

Y hacía años que nadie, que supiera Jupe, se aventuraba a entrar en el Parque Burbank después de anochecer.

—Esta noche a las ocho —le instruyó la voz—. No se moleste en

llevar a sus amigos. Venga usted solo, señor Jones. Le estaré esperando junto al tem-ple-te.

—Señor… —Jupiter iba a preguntar a su cliente si no podía buscar un lugar mejor para su cita, pero llegó tarde. Había colgado.

Jupe permaneció un buen rato contemplando su mesa y pensando. El desconocido le había dicho que fuera solo. Esa era otra cosa extraña que despertaba sus sospechas.

Volvió a coger el teléfono para llamar a Bob y Pete. Les contó lo de la misteriosa llamada y el extraño lugar escogido por su cliente. Luego volvió a enfrascarse en la reparación de la lavadora.

A las cinco había arreglado el motor y vuelto a colocarlo en su lugar con tornillos nuevos. Llamó a tía Matilda para que fuera al «Patio» y conectase la máquina al enchufe que había encima del banco de trabajo.

Se oyó un ronroneo que fue transformándose en rugido a medida que el tambor comenzaba a girar, despacio al principio, y luego más de prisa, más de prisa. Toda la máquina traqueteaba y temblaba como una choza de hojalata durante un terremoto. Pero funcionaba. Y eso tía Matilda tuvo que admitirlo.

—Eres un buen chico, Jupe —le dijo—. Un buen chico trabajador cuando quieres y dejas de pensar en esos rompecabezas tuyos. Esta noche te prepararé helado de vainilla para postre.

Después de cenar, en cuanto hubo terminado su helado favorito, Jupiter sacó su bicicleta del «Patio» y pedaleó hasta el otro extremo de la ciudad.

El Parque Burbank parecía una selva prohibida e inexplorada cuando Jupe detuvo su bici ante él. Sacó un pedazo de tiza de su bolsillo y rápidamente escribió un ? en la acera.

Era un truco que utilizaban a menudo Los Tres Investigadores. Cada uno de ellos llevaba un trozo de tiza de distinto color. El de Jupe era blanco. El de Bob verde, y el de Pete azul. Había elegido el signo ? para señalar su rastro, no sólo porque era el símbolo de sus tarjetas, sino porque su aspecto era muy inocente. Cualquiera que viese un ? dibujado en una pared, apenas repararía en ello, o pensaría que lo habría garabateado algún chiquillo.

Jupe encontró un camino que llevaba al interior del parque. Adivinó que se trataba de un camino porque habían farolas y arbustos a ambos lados, pero en el centro sólo había hierbajos.

Guiando su bicicleta, avanzó por él, deteniéndose de vez en cuando para dibujar un ? en un árbol o en alguna de las ramas rotas que encontraba a su paso.

Jupiter Jones no era un muchacho imaginativo. Su cerebro era lógico y deductor por naturaleza. Para él un arbusto era un arbusto. Podía ser también algo así como un escondite, naturalmente, pero seguía siendo un arbusto.

Pero mientras se adentraba en el parque desierto, comenzó a parecerle que todo lo que le rodeaba estaba vivo y se movía amenazándole. Las ramas de los árboles eran como miembros retorcidos y las ramitas de su extremo, dedos extendidos que se alargaban para agarrarle y hundirle en la noche.

Ahora podía ver ya el templete. Su tejado se había hundido y por el suelo crecía la hierba. Apoyó su bicicleta contra él y dibujó ? en las tablas carcomidas.

—Señor Jones.

Jupe se sobresaltó tanto que casi tiró su bicicleta. Atisbo entre las sombras que le rodeaban. Allí no había nadie. Al menos nadie que él pudiera ver.

—¿Sí? —consiguió decir al fin.

Se oyó un crujido, y pasos que se aproximaban por la hierba. Los crujidos se acercaban más y más. Parecían sonar a un metro de distancia cuando Jupe pudo distinguir la figura del hombre que apareció ante él.

Era un hombre altísimo y llevaba un sombrero oscuro de fieltro con el ala inclinada sobre las orejas. Si tenía ojos, Jupe no pudo verlos. Ni ningún otro detalle del rostro de aquel hombre. Sus facciones aparecían borrosas, desenfocadas, como las fotografías que se hacen moviendo la cámara mientras se toma la foto.

Lo único que Jupe podía ver de aquel hombre era su tamaño. Era enorme. Llevaba un anorak y sus hombros eran tan anchos y sus brazos tan gruesos, que a Jupe le recordó un gorila.

—Si da un paso al frente, señor Jones —le dijo el hombre—, le daré lo que ha venido a buscar.

Jupe dio un paso hacia delante. Al instante las manos de aquel hombre le sujetaron por los hombros y le obligaron a dar la vuelta. Un brazo rodeaba su cuello obligándole a echar la cabeza hacia atrás. Jupe trató de agarrarse a él. Sus dedos rodearon por un

instante el antebrazo del hombre, que sorprendentemente era fofo. Le dio la sensación de apretar una hamburguesa entre sus dedos.

Luego la otra mano de Jupe se vio obligada a doblarse en su espalda entre sus dos omoplatos. La huesuda muñeca de aquel hombre continuaba apretando la garganta de Jupe.

El Primer Investigdor estaba impotente. No podía moverse. El hombre le tenía bien sujeto con su llave.

—Ahora haga usted exactamente lo que le diga, señor Jones.

Jupe pudo sentir su aliento en su oído mientras hablaba.

—¿Comprendido, señor Jones?

Jupe trató de asentir con la cabeza. No pudo moverla.

—Porque si no lo hace, señor Jones —le advirtió la voz junto a su oreja—, si no hace lo que le digo, voy a romperle el cuello.

CAPÍTULO 11
¡HUIDA Y DISPERSIÓN!

Jupe hizo lo que le decía.

Avanzó por el sendero que partía del templete. No era el mismo por el que había llegado hasta allí y hubiera deseado poder dibujar otro ? en algún árbol. Pero ni siquiera le era posible sacar la tiza de su bolsillo. El hombre seguía sujetándole el brazo derecho contra sus omoplatos mientras le obligaba a caminar ante él.

Llegaron a la calle, fuera ya del parque. Todavía sujetando a Jupe por la muñeca, el hombre abrió el maletero de un automóvil desvencijado allí aparcado y le dijo:

—Métase ahí.

Jupe dirigió una rápida mirada a uno y otro lado de la calle. No había nadie a quien llamar en demanda de auxilio.

De una sacudida logró libertar su brazo. Pero la huida seguía siendo imposible. El pecho enorme y blando de aquel hombre empujaba su espalda adelante. Un segundo más y Jupe perdería el equilibrio y se vería obligado a entrar de cabeza en el maletero.

—Ahhh —gimió Jupe suavemente dejando que sus piernas se doblasen hasta llegar al suelo como si de repente se hubiera desmayado. Permaneció inmóvil con la cara pegada al asfalto. Mientras se dejaba caer de rodillas había conseguido sacar la tiza de su bolsillo, y ahora la tenía en su mano derecha.

Mientras Jupe dibujaba un ? debajo del coche, el gigantón parecía estar pensando qué hacer a continuación. Evidentemente no había esperado que el Primer Investigador se desmayara.

Luego Jupe sintió una mano que le agarraba por los cabellos obligándole a ponerse en pie, y de nuevo le empujaba hacia el

maletero abierto. Esta vez sí perdió el equilibrio y cayó en su interior.

El maletero se cerró tras él.

Oyó como el automóvil se ponía en marcha y comenzaba a moverse despacio.

Aquel reducido espacio estaba en la más completa oscuridad y olía de un modo atroz a gasolina y aceite. Jupe tanteó a su alrededor. Por el olor dedujo que aquel viejo automóvil era de los que tragan mucho aceite. Probablemente debía gastar un cuarto de litro de aceite cada cien kilómetros. La gente que utiliza esa clase de coches acostumbra a llevar siempre una lata de repuesto.

Sus dedos no tardaron en encontrar lo que andaba buscando. Tanteando, sacó el cuchillo que le dieran como premio el Ejército Suizo y con él hizo un agujero en la lata.

El suelo metálico del maletero era tan viejo que estaba casi roto por varios sitios. Trabajando con la hoja de su cuchillo Jupe pronto consiguió abrir una brecha en el metal.

Gota a gota fue dejando caer el aceite de la lata a través de la rendija que acababa de abrir. No era lo mismo que poder seguir escribiendo interrogantes, pero por lo menos dejaba un rastro tras él.

El automóvil avanzaba despacio afortunadamente para Jupe. Había vaciado sólo la mitad de la lata cuando sintió que se detenía.

El maletero fue abierto y el gigante volvió a agarrarle de los cabellos.

—Salga —le ordenó.

Jupe tuvo que obedecerle y lo hizo lo más aprisa que le fue posible. No le gustaba que le tiraran del pelo.

Al ponerse en pie, vio que el automóvil había aparcado delante de la entrada de una casa de madera desmantelada. El hombre seguía agarrado a sus cabellos y le arrastraba empujándole hacia la casa. El porche crujió mientras lo cruzaban. El hombre sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta principal.

—Entre —con un tirón de pelos final, Jupe se encontró dando tumbos por una habitación a oscuras. La puerta se cerró tras él y se encendieron las luces.

Jupe pudo ver al instante por qué el gigante que tenía ante él le dio la impresión de no tener rostro cuando le viera junto al

templete. Llevaba puesta una media de nylón que desdibujaba los contornos de sus ojos, su nariz y su boca.

Si Jupe le hubiera visto antes no le habría reconocido. Ni le reconocería si volviese a verle otra vez.

El hombre parecía incluso más alto y más corpulento a plena luz. Puede que debajo de la gabardina que llevaba no hubiesen músculos, sino gordura, pero tenía el pecho y los brazos de un gigante.

Jupe dirigió una rápida mirada a la habitación. Unas pocas sillas de madera, una mesa destartalada con un teléfono encima y unas cortinas andrajosas en las ventanas. Ni periódicos, ni revistas. Ni cuadros en las paredes. Jupe imaginó que hacía mucho tiempo que el hombre no vivía allí.

—Entre ahí —le dijo el gigante pronunciando «a-hí».

Empujó a Jupe hacia una puerta abierta que estaba al otro extremo de la habitación. Le hizo entrar y luego cerró la puerta tras él.

Jupe volvió a encontrarse a oscuras. Tanteando no tardó en descubrir que se hallaba en un lugar muy reducido, sin duda un armario.

—Oiga. —Podía oír la voz de aquel hombre en la habitación hablando por teléfono. Jupe se acercó a la puerta para escuchar—. Oiga —le oyó decir otra vez—. Quisiera hablar con la señorita Constancia Carmel.

Hubo un breve silencio, y luego la voz del hombre continuó:

—Señorita Carmel, pensé que le gustaría saber que su joven amigo, Jupiter Jones, es mi prisionero.

Hubo otra pausa.

—Sí, hablando sin ambages, señorita Carmel, le he secuestrado.

Otra pausa.

—No pido dinero por su rescate. Sólo quiero que sepa usted que si no devuelve ese pequeño ballenato al océano inmediatamente y abandona sus planes de continuar la búsqueda del barco de su padre…

Esta vez la pausa fue muy breve.

—Entonces no volverá a ver a su joven amigo el señor Jones, por lo menos, vivo.

Jupe le oyó dejar el teléfono.

Los Tres Investigadores se habían encontrado en multitud de situaciones difíciles… incluso peligrosas… durante el curso de muchos de sus casos. Habían sido amenazados por tiburones. Fueron maniatados y amordazados en el sótano de una casa encantada. Pero a Jupe le pareció que éste era el peor lance en que se viera jamás. Porque sabía que el hombre de la habitación contigua estaba decidido a hacer realidad sus palabras.

Jupe había comunicado a Bob y Pete que habían tres posibles sospechosos que pudieran haber desconectado los frenos de la camioneta de Constancia. Oscar Slater y Paul Donner eran dos de ellos. El tercer sospechoso que Jupiter tenía en mente era el misterioso desconocido que le llamó para ofrecerle cien dólares por libertar a Fluke. Por encontrar a ese ballenato perdido y devolverlo al océano.

En realidad les contrató para asegurarse de que Oscar Slater no podía utilizar a Fluke para encontrar el barco del capitán Carmel. No quería que apareciese el barco hundido. Ni que se recobrase su cargamento, fuera lo que fuese.

Y si había estado dispuesto a matar a Constancia y a los investigadores en un ocasión… ¿qué iba a impedirle que llevara a cabo su amenaza contra Jupiter ahora?

Jupe se arrodilló junto a la puerta y sacó su cuchillo suizo. Si pudiera forzar la cerradura…

Desde luego, aquel hombre era muy corpulento, enorme. Pero también era gordo. No musculoso como Jupe. Estaba recubierto de adiposidad. Jupe pudo comprobar la blandura de su pecho y sus brazos.

Si Jupe pudiera cogerle por sorpresa…

Deslizó la hoja del cuchillo en la cerradura.

Trabajó todo lo silenciosamente que pudo. Podía oír al hombre paseando de un lado a otro sobre el suelo de madera de la habitación contigua. Jupe trató de acoplar cada movimiento de la hoja a los crujidos de las tablas.

Y luego, de repente, no hubo ya necesidad de guardar silencio. Jupe oyó un estrepitoso crujido. Sonó como el chasquido de la madera al romperse. ¿Se habría caído aquel hombre hundiendo el suelo?

Hizo saltar el pestillo de la cerradura y abrió la puerta.

En el mismo preciso instante en que se abalanzaba en la habitación, la puerta de la calle cedió hecha pedazos, y se abrió.

Al hallarse repentinamente a plena luz le pareció a Jupe que la habitación estaba llena de cuerpos que chocaban. Pete se lanzaba al aire para atacar, en plancha. El hombre gordo caía de espaldas. Bob avanzaba desde la entrada.

Un momento después Los Tres Investigadores habían coordinado sus movimientos y actuaban como un equipo bien entrenado. Antes de que el hombre del anorak pudiera ponerse en pie, Jupe y Pete estaban ya en la puerta, atravesaban el porche y salían a la calle. Bob iba tras ellos pegado a sus talones.

—¡Huida y dispersión! —gritó Jupe.

Era una señal preestablecida que habían utilizado muchas veces. Significaba que los investigadores debían dispersarse en distintas direcciones.

—Tu bicicleta está ahí —le gritó Bob a Jupe mientras montaba en su propia bici y Pete la suya.

Cuando el secuestrador de Jupe llegó al porche, los tres muchachos estaban ya casi lejos del alcance de su vista, pedaleando con todas sus fuerzas, huyendo y dispersándose en la oscuridad.

CAPÍTULO 12
LOS DOS GIGANTES

—Al principio estábamos algo confusos —admitió Bob—. Cuando encontramos tu bicicleta junto al templete comprendimos que algo iba mal. Y no había ninguna señal de tiza en el camino de salida del parque.

Jupe asintió.

—Me alegro de haberos llamado para deciros a dónde iba —dijo.

A la mañana siguiente, temprano, Los Tres Investigadores se habían reunido en una pequeña cueva rocosa. Llevaban puestos sus trajes de goma.

Jupe había telefoneado a Constancia la noche anterior en cuanto llegó a su casa para decirle que estaba a salvo. Que ya no era un prisionero, y por lo tanto que podían seguir adelante con su plan de buscar el barco hundido. Ahora la estaban esperando.

—Fue Bob quien lo descubrió —explicó Pete—. Cuando encontramos una mancha de aceite en la calle con una de tus señales de tiza cerca, Bob adivinó que algún cacharro viejo había estado allí aparcado y que te habrían llevado en él.

—Sí, pero fue Pete quien descubrió otra mancha de aceite cien metros más allá —intervino Bob—. Y a partir de ahí la cosa fue sencilla. Todo lo que tuvimos que hacer fue seguir el rastro hasta que vimos ese viejo automóvil parado delante de la casa.

Alzó la vista. Un camión grúa bajaba lentamente el polvoriento camino que llevaba a la cueva, haciendo marcha atrás. En la parte de atrás del camión, cuidadosamente envuelto en espuma de goma mojada, iba Fluke. Tenía los ojos cerrados y parecía cómodo y satisfecho.

El camión fue bajando despacio y marcha atrás por la estrecha playa hasta que el mástil de la grúa estuvo encima del mar. Constancia había elegido aquella cueva resguardada porque allí el agua era muy profunda. Sólo a unos pocos metros de distancia de la playa tenía la suficiente profundidad para que Fluke pudiera nadar.

Constancia y sus amigos mexicanos saltaron de la cabina. Ella llevaba el traje de goma y de su cuello colgaba la máscara de bucear. Se dirigió a la parte posterior del camión y desde el agua acarició a Fluke.

Pete pudo ver ahora que debajo del cuerpo de Fluke, encima de la espuma de goma, había una gran tira de lona en forma de honda. Pete por un lado y el joven mexicano por el otro abrocharon las correas de los extremos de la lona y la engancharon a la grúa.

Mientras, Constancia iba acariciando la cabeza de Fluke diciéndole que no se preocupara. El ballenato abrió los ojos y meneó la cola mientras la grúa lo izaba sacándolo del interior del camión. Luego, empujando todos a una, los tres muchachos consiguieron colocarlo encima del agua.

El joven mexicano, manejando la palanca, hizo descender al ballenato con cuidado hasta que estuvo en el agua. Fluke seguía prisionero en la honda de lona, pero no se debatió. Permaneció inmóvil hasta que Pete soltó el gancho y desató la lona. Fluke al verse libre nadó unos pocos metros mar adentro.

Estaba libre de nuevo. Libre en su propio mundo.

—Aquí, Fluke. Aquí, pequeño —le llamó Constancia.

Fluke obedeció en seguida. Giró rápidamente y regresó nadando hasta donde ella estaba metida en el agua hasta la cintura. Se restregó contra ella, y la joven le acarició la cabeza.

—Está bien —le dijo a su amigo mexicano—. Muchas gracias[2].

El mexicano sonriendo subió a su camión.

—Buena suerte[3] —gritó al alejarse.

—¿Preparados? —preguntó Constancia a Los Tres Investigadores mirando al mar. A cien metros de la playa les estaba esperando la lancha fuera borda de Oscar Slater.

—Tráete la grabadora, Jupe —le dijo Constancia—. No creo que la necesitemos. Fluke no se apartará de mí, ¿verdad Fluke? Pero creo que será mejor que la lleves por si acaso.

—Constancia.

Jupe avanzó por el agua hasta llegar junto a ella. Los otros dos investigadores le imitaron.

—¿Qué quieres, Jupe?

—He estado pensando —le dijo Jupe—, y creo que será mejor que Bob se quede aquí con la grabadora.

—¿Por qué?

Jupe le explicó el porqué. Consideraba posible que Oscar Slater hubiera conseguido pasar de contrabando a México el cargamento de calculadoras de bolsillo.

—Y si lo hizo —concluyó—, tal vez quiera privarte de lo que te corresponde, sea lo que sea lo que haya a bordo de ese barco hundido. Tal vez trate de secuestrar a Fluke. Bob puede ser nuestro seguro.

Constancia le escuchaba con suma atención.

—¿Estás bien seguro de las fechas? —le preguntó.

—Segurísimo —respondió Jupe—. Un amigo nuestro las comprobó en el Departamento Mexicano de Inmigración. El barco llegó a La Paz sin duda alguna.

Constancia reflexionó unos instantes.

—De acuerdo —se ajustó las gafas de bucear—. Supongo que Fluke, Pete y yo podremos arreglárnoslas sin Bob. Vamos, Fluke.

Y dando media vuelta se puso a nadar mar adentro. Fluke se mantenía a su lado. Jupe les seguía despacio. Pete regresó a la playa y recogió una pequeña bolsa de plástico sellada que Jupe había llevado consigo a la cueva aquella mañana. Pete se dio la vuelta mientras Bob se la ataba con un cordel a la parte posterior de la pretina de su bañador. En el interior de la bolsa iba un transceptor portátil.

—¿Crees que podrás nadar bien con esto? —le preguntó.

—Seguro. Ahora parece que pesa mucho, pero no me pesará en cuanto me meta en el agua.

Bob observó como sus amigos se alejaban mar adentro. Pete estaba en lo cierto. Una vez que el agua le llegó a la cintura, la bolsa de plástico con el transceptor portátil en su interior flotaba junto a él. Pete se estiró sobre el agua comenzando a nadar a braza y pronto alcanzó a Jupe.

Bob regresó a la playa. Recogiendo la caja metálica y hermética que contenía la grabadora, desató el jersey que había sujetado a su

bicicleta y sacó otro transceptor.

Estiró la antena y pulsó el botón receptor.

Buscó una roca seca, se puso el jersey, y se sentó sosteniendo el transceptor portátil sobre sus rodillas. La grabadora estaba encima de la roca a su lado, en su estuche de metal. Al mirar al frente vio que Constancia y Fluke habían llegado ya a la lancha de Slater.

—Bienvenida a bordo —le dijo Slater extendiendo la mano para ayudarla a subir.

Ella no le prestó atención.

—Quieto, Fluke —dijo—. Buen chico, quédate ahí —agarró con ambas manos la madera de la borda y con suma facilidad, se izó a bordo.

Con mayor esfuerzo, Jupe subió tras ella. Pete flotaba de espaldas a pocos metros de distancia.

—¿Podemos revisar el equipo, señor Slater? —preguntó Jupe.

—Claro —Slater le condujo a la cabina y le mostró la pequeña cámara de televisión de circuito cerrado. Jupe, tras examinarla, miró la pantalla del monitor colocado en el escotillón encima del timón.

—¿Está seguro de que la cámara funcionará debajo del agua? —le preguntó.

—Pues claro que sí. Constancia la trajo de Mundo Oceánico. Allí la utilizan constantemente —pronunció
«a-llí»
—. ¿Tienes alguna otra pregunta estúpida que hacer, muchacho?

Jupe estaba dispuesto a hacer todas las preguntas estúpidas que fuesen necesarias para dar tiempo a que Pete subiera a bordo, desatara la bolsa de plástico de su cintura, y escondiera el transceptor portátil en el armario de popa sin que Slater le viera. Jupe era un actor consumado cuando le convenía y uno de sus mejores papeles era el de tonto.

—Me estaba preguntando cuál es su alcance bajo el agua —dijo —. ¿A qué distancia del barco tiene que estar Fluke?

—Se verá perfectamente a unos cincuenta metros —la monda cabeza de Slater pareció centellear de coraje—. ¿No te ha explicado Constancia todo eso?

—Sí, creo que sí. Pero con la linterna que va a colocar en la cabeza de Fluke…



No era preciso continuar. Pete estaba ya en la cubierta de popa. Se pasó los dedos por sus cabellos mojados. Era la señal convenida. La bolsa de plástico estaba ya en su lugar.

—Oh, sí, ya comprendo, es una luz potente —concluyó Jupe.

—Entonces, adelante —Slater regresó a cubierta. Constancia estaba inclinada sobre el costado hablando a Fluke con voz amistosa y tranquilizadora.

—¿Dónde está el otro chico? —le preguntó Slater—. Creí que erais tres.

—Bob está muy constipado —explicó Pete—. Le dejamos en la cueva. Pensamos…

—Está bien —Slater soltó la cuerda que sujetaba el timón en el centro y puso su mano en la válvula reguladora del motor fuera borda—. ¿A qué velocidad puede nadar ese pez? —preguntó a Constancia.

—No es un pez —replicó Constancia en tono frío—. Fluke es un mamífero muy inteligente y civilizado. Y puede nadar por lo menos a veinticinco kilómetros por hora cuando quiere. Pero prefiero que mantenga la velocidad de ocho nudos[4]. No quiero cansarlo.

—Lo que tú digas. —Slater puso el motor en marcha y se hicieron a la mar. Constancia permaneció donde estaba, inclinada sobre la borda y hablando con Fluke que jugueteaba junto a la lancha saltando y sumergiéndose de vez en cuando trazando graciosos arcos.

—Los marinos del guardacostas que nos recogió nos dijeron que estábamos a unos nueve kilómetros de la playa cuando nos encontraron —dijo Slater.

Jupe miró a Pete. Había algunas preguntas sensatas que le hubiera gustado hacer, pero como estaba representando el papel de idiota prefería que las hiciera Pete.

—¿Cuánto tiempo? —susurró Jupe.

Pete le entendió en seguida.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en el agua? —preguntó a Slater.

—Por lo menos dos horas.

—¿Marea? —musitó Jupe.

—¿La marea estaba subiendo o bajando? —preguntó Pete.

—Estaba oscureciendo —recordó Slater— y las olas eran tan

altas que era difícil ver nada. Pero yo eché una ojeada a la playa y cada vez parecía estar más lejos por mucho que intentásemos nadar hacia ella. De manera que imagino que la marea estaba bajando.

Dos horas. Jupiter hizo sus cálculos en silencio. Recordó la noche de la tormenta. La galerna soplaba del noroeste. El viento debió arrastrarles paralelamente a la playa, de modo que podía olvidar este factor en sus cálculos. Con el estorbo de los chalecos salvavidas, el capitán Carmel y Oscar Slater debieron ofrecer poca resistencia contra la marea. Jupe consideró que debió arrastrarles unos tres kilómetros mar adentro en esas dos horas.

Se inclinó hacia Pete y le susurró algo al Oído.

—Yo calculo que el barco debió hundirse a unos seis kilómetros de la playa —dijo Pete a Slater.

—¿De dónde sacas eso?

—Por el viento y todo lo demás —replicó Pete con ambigüedad.

—Tal vez. Tus cálculos coinciden con los míos. —Slater miró su reloj e hizo algunas cabalas por su cuenta. Aminoró la marcha.

—Ahora debemos estar a unos seis kilómetros —dijo al cabo de un minuto. Se volvió a Constancia—. ¿Qué te parece si le pones el arnés a ese mamífero y registramos esta línea de arriba a abajo?

Hizo girar la lancha de manera que quedara paralela a la playa.

—Fluke —llamó Constancia—. Acércate, Fluke. —Cogió el arnés de lona que estaba en la cubierta junto a ella. Ya tenía acoplada la cámara de televisión y encima la linterna. La deslizó hasta el agua y ajustó las tiras sobre la cabeza de Fluke.

Jupe se pellizcaba el labio inferior. Seis kilómetros mar adentro. ¿Pero a qué altura? Según la vaga información de Slater el barco pudo haberse hundido en cualquier punto a lo largo de diez kilómetros. Iba a ser como buscar una aguja en un pajar, a menos que pudieran localizar el lugar del hundimiento con mayor exactitud.

Constancia había sujetado la linterna y la cámara de televisión a la cabeza de Fluke. Volvió a subir a bordo. Jupe se aproximó a ella.

—¿Te dijo tu padre alguna cosa más? —le preguntó—. ¿Algo referente a la noche de la tormenta?

Constancia negó con la cabeza.

—Nada que tenga sentido para mí —repuso—. Ya te dije lo que repetía.

Jupe hizo memoria. Aquello de que había que poner a los dos gigantes en línea. Pudo referirse a cualquier cosa. Puede que estuviera hablando de algo que ocurrió años atrás.

Jupe miró hacia la playa. Seis kilómetros les separaban de ella.

Había poco que ver. Los altos acantilados lo ocultaban todo excepto la silueta lejana de las montañas. De vez en cuando se veía una casa en lo alto de una colina. Un edificio de oficinas se destacaba en el paisaje. Había una torre muy alta de televisión en la cima de otra colina y lo que parecía la chimenea de una fábrica que asomaba un poco más hacia la derecha.

—Será mejor que te pongas el traje de goma, Pete —dijo Constancia—; yo revisaré las bombonas de aire y así ya podremos sumergirnos con Fluke.

Pete asintió con la cabeza y se dirigió hacia la cabina donde tenían dispuesto el equipo de inmersión.

Jupe seguía contemplando la línea de la costa. Pellizcaba su labio inferior con tal fuerza que le tocaba la barbilla.

Diego Carmel era un capitán experimentado. Al ver que su barco se hundía debió fijar su situación de algún modo. Si por lo menos pudiera hablar…

Los ojos de Jupe iban rápidamente de la torre de televisión a la elevada chimenea. De pronto los vio con el aspecto que debieron tener al oscurecer y en plena tormenta. Dos gigantes.

Agarró el brazo de Slater. No había tiempo para hacerse el tonto.

—¡Ponga los dos gigantes en línea! —gritó excitado.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, muchacho?

—Del capitán Carmel —replicó Jupe—. Cuando el barco comenzó a hundirse, trató de fijar su situación con respecto a la playa. Vio esa torre de televisión y la chimenea de la fábrica detrás.

—¿Qué?

—¿No lo comprende? —A Jupe le pareció que ahora el estúpido era Slater—. Todo lo que tenemos que hacer para encontrar el área del naufragio es recorrer la costa hasta que esas dos torres, esos dos gigantes, estén en línea recta.

CAPÍTULO 13
PELIGRO EN LAS PROFUNDIDADES

Jupe permanecía en la cubierta de proa con los prismáticos pegados a sus ojos.

Los tenía enfocados hacia la línea de la costa, a tres millas de distancia. Mientras la lancha avanzaba paralela a la playa, la torre de televisión y la chimenea de la fábrica se iban acercando. Otros cien metros, calculó.

Slater estaba al timón.

—Marcha lenta —le gritó Jupe—. Manténgala así.

Más cerca, más cerca. Y al fin se encontraron. La torre estaba exactamente delante de la alta chimenea.

Los dos gigantes estaban en línea.

—Aquí —gritó Jupe—. Deténgase aquí —bajó los prismáticos.

El agua era demasiado profunda para echar el ancla, Slater tendría que mantener la lancha inmóvil dejándola en punto muerto contra la corriente.

Jupe le observó mientras ponía proa a la playa. Pocos minutos antes había pensado que Slater era bastante tonto, pero ahora veía que su calva cabeza contenía gran sabiduría. El hombre manejaba la lancha como un profesional.

—¿Listo, Pete? —Constancia terminó de sujetar la bombona de aire a la espalda del muchacho que se ajustó la máscara sobre los ojos mientras Constancia inspeccionaba el tubo para respirar y la válvula reguladora del aire.

La aguja del manómetro indicaba que la bombona estaba llena.

Caminando torpemente con sus pies de pato siguió a Constancia hasta la borda. Ella se sentó encima, se deslizó hasta el agua y flotó

de espaldas. Pete saltó tras ella.

Se enderezó a poca distancia de la superficie y flotó con la cara bajo el agua. Estaba tratando de recordar todo lo que le enseñaron acerca de la inmersión.

Respirar por la boca para que la máscara no se empañe. Comprobar el tubo del aire para asegurarse de que no se ha doblado. No sumergirse hasta que la humedad interior de su traje de goma haya tenido tiempo de adquirir la temperatura del cuerpo. Cuanto más te sumerjas, más fría está el agua y la presión es mayor. A la menor señal de vértigo emerger inmediatamente a la superficie, pero no demasiado aprisa.

Por espacio de varios minutos, Pete nadó a un metro bajo el agua, moviendo perezosamente sus aletas dándose tiempo para relajarse y acostumbrarse a aquel mundo submarino.

Siempre le había gustado bucear. Con el cinturón de plomo alrededor de su cintura para contrarrestar su flotabilidad, sentía como si estuviera volando. Lo mismo que pudiera hacerlo un pájaro. Tenía la misma sensación maravillosa de libertad.

Constancia y Fluke nadaban a pocos metros de distancia. Pete alzó la mano formando un círculo con su índice y el pulgar. Estaba listo para la inmersión.

Constancia dio unas palmaditas en la cabeza de Fluke. Con la potente luz iluminando su camino, el ballenato descendió. Más y más. Mucho más que Pete o incluso que Constancia. No pudieron seguirlo.

Jupe mantenía sus ojos fijos en la pantalla de televisión en la cabina de la lancha. Slater, al volante, también la miraba fijamente.

Era fascinante, pensó Jupe. Como observar una prueba especial. El círculo de luz en la pequeña pantalla parecía estar explorando el cielo. Un cielo neblinoso, algunas veces nublado, que cruzaban bandadas de peces como flechas y que parecían insectos.

Siempre que Fluke se alejaba demasiado de la lancha, el círculo de luz disminuía su intensidad. Inmediatamente Slater viraba hacia la playa, manteniendo la torre y la chimenea en línea, siguiendo la dirección tomada por Fluke.

Cuando la luz volvía a brillar, dejaba que la lancha quedara parada de nuevo.

Una zona de arena y grava, matas de algas, iba apareciendo en

la pantalla. Fluke había llegado al fondo del océano. La cámara de televisión colocada sobre su cabeza lo registraba palmo a palmo.

Pete había detenido su descenso mucho antes. No se atrevía a bajar más. Sabía por sus lecciones de inmersión que, cuando la presión del agua sobre el cuerpo humano es demasiado grande, el buceador siente una curiosa sensación de euforia, como si estuviera borracho. Entonces se vuelve demasiado confiado y es capaz de hacer estupideces que pueden poner en peligro su propia vida.

Muy por debajo de él podía ver el reflejo de la linterna de Fluke. Afortunado él, pensó. Su cuerpo estaba mejor adaptado a las profundidades. Constancia le había dicho que algunas ballenas pueden sumergirse hasta dos kilómetros y permanecer bajo el agua una hora entera.

Pete alzó su mano para enderezar el tubo que le permitía respirar. Fue pasando sus dedos por toda la curva que formaba hasta llegar a la bombona que llevaba a la espalda.

Qué extraño, pensó. No pudo encontrar ningún doblez, y sin embargo…

Palpó desesperadamente el tubo de nuevo. Tenía que estar doblado por algún sitio, porque el aire no llegaba a sus pulmones.

No podía respirar.

Tanteó la hebilla de su cinturón de plomo. Contén la respiración, se dijo. Quítate el cinturón. No respires y emerge. No te dejes dominar por el pánico, estúpido. Desabrocha esa hebilla.

Pero ya no tenía tacto en sus dedos. Y algo le ocurría a sus ojos. El agua que le rodeaba parecía ir cambiando lentamente de color. Iba tomando un matiz rosa pálido y luego fue aumentando la tonalidad hasta el rojo intenso. Tan intenso que parecía negro.

Ahora le faltaba el aire, trataba de mover sus aletas, de elevarse a través de aquella oscuridad, intentando…

De pronto una luz brillante le dio en los ojos, y sintió un fuerte impacto contra su pecho. Algo tan poderoso como una apisonadora que le empujaba, obligándole a subir,

No trató de resistirse. Con sus últimas y desfallecidas fuerzas se asió a aquella poderosa masa, fuera lo que fuese, que le hacía subir.

Su cabeza salió a la superficie. Una mano a su lado le arrebató la máscara. Abrió la boca y aspiró una bocanada de aire fresco.

Aquella roja oscuridad iba desapareciendo poco a poco de sus

ojos. Miró hacia abajo y vio un rostro borroso. Al fin lo enfocó.

Distinguió primero un arnés de lona. Una linterna. Una cámara.

Estaba tendido encima del lomo de Fluke.

Constancia flotaba a su lado. Era ella quien le había quitado la máscara.

—No intentes hablar —le dijo ella—. Respira hondo y pausadamente. Estarás bien dentro de un minuto.

Pete hizo lo que Constancia le decía. Permaneció tumbado y tranquilo con la mejilla apoyada contra el cuerpo de Fluke. Poco a poco su respiración se fue normalizando. Ya no jadeaba. Aquella terrible oscuridad rojiza había desaparecido de sus ojos. Se sentía con fuerzas suficientes para hablar al fin.

Pero antes de hacer ninguna pregunta, antes de tratar de averiguar lo que había ocurrido, había una cosa que quería decir primero.

—Me has salvado la vida, Fluke.

—Bueno, tú se la salvaste a él también, ¿no? —Constancia puso su mano sobre la cabeza de Fluke—. Él no olvidaría…

Se interrumpió. Mientras la lancha se acercaba a su lado, Jupe, que la gobernaba, la detuvo. Oscar estaba inclinado sobre la borda.

—Lo he visto —gritó. Y ahora su monda cabeza parecía brillar de excitación—. Ha aparecido sólo un instante en el monitor. Pero sé que lo he visto. El barco de tu padre, Constancia.

Se volvió a Jupe.

—Mantenía en este punto. El barco hundido debe estar precisamente debajo de nosotros. Apareció como un relámpago en la pantalla, mientras Fluke se volvió para subir a la superficie, y luego vi a Pete. De modo que tiene que…

—Eso no importa ahora —le interrumpió Constancia tajante—. Lo primero es subir a bordo a Pete y averiguar qué ha ocurrido, qué es lo que fue mal.

—Pero yo te digo… —Slater golpeaba la borda con impaciencia.

—Más tarde —respondió Constancia—. Vuelva al timón, señor Slater. Jupe, ven a echarnos una mano.

Slater vacilaba. Pero sabía que Constancia tenía la sartén por el mango. Por lo menos en el presente. Sin su ayuda no podría recuperar el cargamento del barco hundido. Asintió ceñudo y relevó a Jupe al timón.

Jupe y Constancia ayudaron a Pete a subir a bordo. Todavía se sentía algo débil. Pete se sentó en la cubierta mientras Constancia iba en busca de café caliente y Jupe desataba las correas y le quitaba la bombona de la espalda.

—Está bien. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Constancia—. Pude ver que estabas en apuros, pero no sabría decir por qué. ¿Qué sentiste? No pudo ser la presión. No te habías sumergido demasiado. ¿Qué fue?

—No podía respirar —Pete sorbió el café que le supo a gloria—. No pasaba aire por el tubo. Pensé que estaría doblado, pero no era así.

Les describió como todo pareció volverse rojo, luego rojo oscuro y al fin negro.

—Dióxido de carbono —le dijo Constancia—. Estabas respirando dióxido de carbono en vez de aire.

Cogió la bombona y abrió la válvula. No se oyó el menor silbido.

—No me extraña que no pudieses respirar —dijo la joven—. La bombona está vacía. —Pero la revisamos.

Jupe examinó el manómetro. La aguja indicadora seguía marcando LLENA. Se lo hizo ver a Constancia.

—Parece que alguien trabó la aguja y luego vació todo el aire de la bombona —dijo Pete.

Constancia estuvo de acuerdo. Era la única explicación.

—¿De dónde vino este equipo de buceo? —le preguntó Jupe.

—De Mundo Oceánico. Yo misma lo traje a bordo anoche. Y entonces estaba en perfectas condiciones. Se dirigió a Slater.

—La bombona de aire de Pete ha sido vaciada deliberadamente —le dijo en tono acusador—. Quiero saber…

—Tú crees que he sido yo, ¿verdad? —Slater se volvió furioso desde el timón—. Todo lo que quiero es recuperar el cargamento de ese barco hundido. Yo no toqué vuestro equipo después de que tú lo trajeras a bordo. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Tú crees que me gustan estos retrasos estúpidos? Todo lo que quiero…

Continuó repitiendo excitado lo que quería. Ahora estaban precisamente encima del barco de alquiler hundido. Las calculadoras de bolsillo estaban en una caja de metal hermética en el interior de la cabina. Tenía todo su dinero invertido en ellas. ¿Por qué no podían bajar, recoger el cargamento y subirlo a bordo?

Jupe comprendió que Slater decía la verdad. Él no tenía ningún motivo razonable para trabar el manómetro. Pero alguien sí lo tuvo.

—¿Es posible que alguien subiera a la lancha anoche o esta mañana temprano, señor Slater? —le preguntó.

—No —Slater meneó la cabeza—. El barco estaba atracado en el muelle y yo dormí a bordo. No volví a bajar a tierra después de que Constancia se marchase.

—¿Recibió usted alguna visita?

—No. Sólo la de mi viejo amigo Paul Donner. Vino a tomar una copa conmigo. Pero no puedo creer que Paul…

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Paul Donner? —le interrumpió Jupe—. ¿Quién es? ¿Qué sabe usted de él?

—Preguntas. Todas esas preguntas estúpidas —Slater se llevó la mano a su reluciente calva—. Nada de eso importa ahora. Sigamos con esto, subid la caja…

—Respóndale —Constance estaba frente a Slater con las manos en sus caderas—. Contestará a todo lo que le pregunte Jupe. Responda ahora mismo, señor Slater. Porque no voy a acercarme a ese barco hasta que lo haya hecho.

—Está bien —Slater accedió de mala gana. No tenía otro remedio—. ¿Cuánto tiempo hace que conozco a Paul Donner? ¿Era eso lo que me preguntabas?

Jupe asintió con la cabeza.

—Le conocí en Europa hace algunos años. Tuvimos, bueno, hicimos algunos negocios allí. Y después le vi otra vez en México.

—¿Cuándo?

—Varias veces.

—¿La última vez que estuvo usted allí, señor Slater? —Insistió Jupe.

—Seguro. Me figuro que sí. Dirigía una pequeña imprenta en La Paz. Y, bueno, éramos viejos amigos. Siempre le veía cuando iba allí. ¿Qué hay de malo?

Jupe guardó silencio unos instantes mientras pensaba.

—¿Algo más, Jupe? —le preguntó Constancia.

—No, no. Es todo lo que deseaba saber —replicó Jupe.

—Bien —Slater se volvió hacia Constancia—. ¿Entonces podemos continuar ya? —preguntó.

—En cuanto haya revisado mi bombona de aire.

Constancia regresó a la cubierta. Jupe la estuvo observando mientras abría la válvula. Oyó el silbido del aire al escapar antes de que volviera a cerrarla.

Quienquiera que hubiese estado manipulando el equipo de inmersión no tuvo tiempo de descomponer los manómetros de todas las bombonas. O tal vez pensó que un solo accidente serio sería suficiente para poner fin a la operación de salvamento.

Jupe se acercó a Constancia.

—Será mejor que averigües lo que hay dentro de esa caja de metal antes de entregársela a Slater —le susurró.

—De acuerdo —dijo pensativa—. Lo haremos a tu manera, Jupe.

—Gracias.

Jupe le agradecía la confianza que depositaba en él. Porque ahora estaba ya muy cerca de conocer la mayor parte de las respuestas.

La aguja del manómetro trabada. El viejo amigo europeo de Slater, Paul Donner. El viaje a La Paz. Aquella marca como una cicatriz debajo del ojo derecho de Donner.

Todo comenzaba a encajar en la mente del Primer Investigador.

CAPÍTULO 14
LA CANCIÓN DE FLUKE

—Yo no puedo bajar hasta el barco. —Constancia estaba de pie en la cabina frente a Slater.

—¿Entonces cómo…?

—Por favor, no me interrumpa, señor Slater. Sólo responda a mis preguntas. Necesito toda la información que pueda darme. ¿De acuerdo?

Slater la miró unos instantes. Jupe pudo ver el furor en sus ojos.

—Más preguntas —dijo—. Está bien. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Dónde está exactamente? La caja metálica con esas… calculadoras de bolsillo.

—Bien, lo único que tiene valor… —Slater procuraba sostener su mirada—. Lo único que merece la pena está debajo de la litera, en la cabina.

—¿Está atada al suelo?

—No —Slater apartó su mirada—. Tu padre estaba tratando de botar la balsa salvavidas. Íbamos a llevarnos la caja. Y entonces… no hubo tiempo. El barco se hundió… —se encogió de hombros con amargura—. Tuvimos que dejarla allí.

—¿La puerta de la cabina está cerrada?

—No. Estaba sujeta para que se mantuviera abierta. Ya sabes…

Constancia asintió. Había salido a pescar con su padre desde que tenía diez años. Conocía cada detalle del barco de alquiler.

—Lo sé —dijo—. Con esos pesados ganchos de latón de la cubierta. Papá solía utilizarlos para evitar que la puerta se cerrara y poder bajar a la cabina desde el timón para tomar una cerveza.

—Sí —Slater volvió a mirarla a los ojos.

—¿Qué aspecto tiene esa caja?

—Es de color verde oscuro. Está hecha de acero. Tendrá unos cincuenta centímetros de largo y treinta de ancho. Y tal vez veinte de alto.

—¿Tiene asa?

—Sí. Como… bueno, como una caja fuerte. Tienen un asa de metal en la tapa.

—Necesitaré una cuerda. —Constancia hizo una pausa. Jupe adivinó que estaba buscando la mejor manera de sacar aquella caja del barco—. Una buena cuerda larga y resistente y una percha de alambre, parecida a las de colgar los trajes.

—Muy bien.

Jupe se hizo cargo del timón en tanto que Slater traía lo que Constancia necesitaba. La joven empujó hacia adentro los extremos del colgador para darle forma de rombo. Luego retorció el gancho hasta que formó un ángulo recto con el armazón.

Hizo un nudo corredizo en la cuerda de nylon y anudó el extremo al colgador de alambre.

—Bien —dijo—. Ahora ya estoy lista para bajar.

Pete dio un paso al frente.

—Si quieres… —comenzó a decir.

Él no quería ir con Constancia. Después de lo que había ocurrido no se sentía con ánimos para bucear. Pero tenía que ofrecerse. No se hubiera sentido bien de no haberlo hecho.

—Iré contigo si quieres —dijo. La joven le sonrió.

—No, tú quédate aquí, Pete. Prefiero tenerte a bordo por si acaso algo sale mal.

Pete le sonrió a su vez, agradecido. Probablemente ella se libraba de él, pero su modo de hacerlo le hizo sentirse mucho mejor.

La observó mientras se colgaba del hombro el rollo de cuerda de nylon, se ajustaba la máscara y se dejaba caer suavemente de espaldas al mar.

Fluke había permanecido dormitando a pocos metros de la lancha. Abrió los ojos al instante en que Constancia nadó hacia él, saliendo a su encuentro con su acostumbrada afectividad. Por unos instantes la joven acarició su lomo apoyando su rostro contra él.

Pete pudo ver que estaba hablando al pequeño ballenato. Pero estaban demasiado lejos para oír lo que decía.

Al pensarlo más tarde, no pudo imaginar cómo Constancia se las arregló para explicar a Fluke lo que deseaba que hiciera. Sin palabras. Pero tal vez ellos no necesitasen palabras para entenderse.

Recordó lo que había sentido al verles en la piscina de Slater. La amistad y confianza entre ellos eran tan profundas que parecían compartir una voluntad común. Lo que quisiera Constancia lo quería Fluke también.

Les vio sumergirse. Constancia rodeaba a Fluke con su brazo. Eran como las dos valvas de una concha.

Jupe mantenía los ojos fijos en el monitor de la cabina.

Vio aparecer el círculo de luz en la pantalla cuando en las profundidades del océano Constancia encendió la linterna sujeta a la cabeza de Fluke. Vio como la luz subía y bajaba a través de las turbias aguas. Una multitud de pececillos pasaron ante la cámara.

Y entonces volvió a aparecer el fondo del océano. Una zona circular de arena y grava, y una roca cubierta de percebes.

Slater estaba al timón detrás de él, y Jupe le sintió crisparse de repentina excitación.

La cámara de Fluke había enfocado la popa de un barco.

—Ahí está —Pete se situó al lado de Jupe.

La popa del barco iba ampliándose, llenando el círculo de luz. Pasó rápidamente, como una señal en la autopista. La luz se movía sobre una cubierta. Jupe distinguió parte de un timón. El círculo se apagó por un momento, para reaparecer más brillante que antes. Jupe vio la silueta de una silla, un ojo de buey.

Fluke había entrado en la cabina.

Durante varios segundos las imágenes en la pantalla iban de un lado a otro con tal rapidez que era imposible distinguir lo que eran. Jupe sentía que Slater se estaba poniendo rígido de impaciencia.

Las imágenes danzantes se fueron centrando poco a poco. La cámara enfocó un único objeto. Iba apareciendo lentamente hasta quedar enfocado.

Era una caja metálica.

—Esa es —Slater se inclinaba hacia adelante por encima del timón como si quisiera agarrar la caja de la pantalla.

La caja fue creciendo, creciendo, hasta llenar todo el círculo de

luz mientras la cámara colocada encima de la cabeza de Fluke se iba acercando más y más a ella.

De repente se movió hacia un lado desapareciendo del todo. En la pantalla no había ya nada que ver. Sólo un círculo blanco.

Jupe de momento se extrañó. ¿Le habría ocurrido algo a la cámara? Luego comprendió que Fluke había metido la cabeza debajo de la litera y el lente de la cámara enfocaba la parte pintada de blanco situada debajo de ella.

Por espacio de un minuto la cámara sostuvo el enfoque, casi sin moverse. Luego todo volvió a cobrar movimiento. Las imágenes se sucedían con tal rapidez en la pantalla que era imposible distinguirlas. A Jupe le pareció ver por una fracción de segundo una parte de la borda.

Desapareció y fue sustituido por el ya familiar círculo de agua lechosa. Fluke estaba emergiendo.

—Estúpido animal —Slater juraba entre dientes con las manos agarrotadas sobre el timón—. Ni siquiera ha intentado sacar la caja —se volvió enejado mirando hacia la playa.

Jupe no le prestó atención. Había visto algo en la pantalla que Slater se había perdido… una instantánea de Constancia nadando hacia adelante. Ahora extendía la mano hacia la cámara. La luz del monitor se apagó y la pantalla quedó a oscuras. Constancia la había desconectado.

—Toma. Maneja el timón —Slater agarró a Pete de un brazo—. Y trata de mantenerlo en el mismo sitio.

Jupe vio que Slater corría hacia la borda de la lancha. Le siguió despacio mientras Pete cogía el timón. Pero Jupe no fue a reunirse con Slater junto a la borda. Pasó de largo hasta llegar a la cubierta de popa y allí se detuvo junto al armario. Tenía los ojos fijos en el mar, esperando.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. A unos veinte metros de distancia emergió la cabeza de Constancia. Jupe pudo ver que ya no llevaba el rollo de cuerda colgando del hombro.

Fluke nadaba a su lado, y cuando el pequeño ballenato alzó la cabeza, Jupe vio algo más. La cámara y la linterna habían desaparecido y en su lugar sujeta a la cabeza de Fluke por medio del arnés de lona estaba la caja verde de metal.

Jupe abrió el armario para sacar la bolsa sellada de plástico que

Pete escondiera allí. Después de abrirla, sacó el transceptor portátil. Tiró de la antena hasta que alcanzó toda su extensión y pulsó el interruptor de emisión.

—Bob —dijo con premura por el micrófono del transceptor portátil—. Bob, pon la canción.

Miró hacia Slater. El calvo estaba inclinado sobre la borda y le gritaba a Constancia.

—¡Tráela! Trae aquí esa caja, ¿no me oyes?

—¡Empieza a tocar la canción, Bob! —repetía Jupe con Insistencia—. Que suene ya la canción de Fluke.



CAPÍTULO 15
LA CAJA PERDIDA

—A la orden, Jupe. *Cambio y corto*.

Bob pulsó el interruptor del transceptor portátil y lo dejó encima de la roca.

Desde la cueva no se divisaba la lancha de Slater. No tenía idea de a qué distancia podía estar. Lo que sí sabía, gracias a sus investigaciones en la biblioteca, que las ballenas poseen una increíble agudeza de oído. Carecen de oídos externos, como los de las personas. Tienen únicamente unos diminutos orificios en la piel justo detrás de los ojos. Pero su oído interno es muchísimo más eficaz que el de los humanos. Son capaces de detectar sus propios sonidos y el eco de sus voces con tal exactitud, que podrían determinar el tamaño y la forma exacta de cualquier objeto sumergido a cientos de metros de distancia.

Pueden oír sus mutuos saludos o llamadas de auxilio a varios kilómetros bajo el agua.

Bob se despojó de su jersey y de las zapatillas. Luego, cogiendo la grabadora con su estuche hermético de metal, se metió en el mar. Sumergió la caja en el agua y la mantuvo allí mientras la cinta iba girando lentamente. La canción de Fluke, su voz grabada, estaba siendo difundida con toda potencia por el océano.

Ningún oído humano sería capaz de captarla. Pero tal vez Fluke sí.

A bordo de la lancha de Slater, Jupe seguía de pie en la popa. Rápidamente escondió de nuevo el transceptor portátil en el

armario.

Veinte metros más allá, Fluke y Constancia flotaban uno al lado del otro. Slater continuaba gritándole que trajera la caja a bordo.

Jupe alzó su mano para hacer la señal convenida con Constancia. Significaba que ya había establecido contacto con Bob en la cueva.

Constancia le saludó a su vez. Había comprendido. Acarició la cabeza de Fluke antes de que ambos se sumergieran.

Slater se enderezó junto a la borda:

—¿Qué es lo que ocurre? —gritó. Corrió hasta la cabina apartando a Pete del timón de un empujón. Agarrándose a él, hizo virar el barco hasta ponerlo proa al lugar donde Constancia y Fluke habían desaparecido.

Había llegado casi allí cuando Constancia emergió, Slater detuvo la lancha junto a ella y devolvió el timón a Pete.

—Mantenla quieta —le ordenó corriendo hacia la borda.

—¿Dónde está la caja? —le gritó a Constancia.

Ella no respondió. Llevaba la linterna y la cámara en una mano. Con la otra se agarró a la borda y subió a la lancha.

—¿Dónde está esa ballena?

Constancia siguió callada. Se quitó la máscara y la bombona de aire de su espalda.

—¿Dónde está? —Slater escudriñaba el mar—. ¿Dónde está? ¿A dónde ha ido?

Constancia se encogió de hombros.

—Sé tanto como usted, señor Slater.

—¿Qué quieres decir? —Slater se volvió a Jupe—. Dame esos prismáticos —Jupe obedeció. Slater se los llevó a los ojos examinando la superficie del agua que les rodeaba.

No había rastro de Fluke. Estuviera donde estuviese, fuera a donde fuese, nadaba bajo el agua.

—Las ballenas suelen hacer estas cosas —explicó la joven. Slater le daba la espalda. Constancia miró a Jupe y le guiñó un ojo—. Son tan cariñosas y, de repente, no sé, sienten la necesidad de verse libres y se marchan sin decir ni siquiera adiós.

Slater bajó los prismáticos.

—¡Se lleva mi caja! —gritó—. Tú se la ataste a la cabeza —la miró con recelo—. ¿Por qué lo hiciste?

Constancia volvió a encogerse de hombros.

—Tuve que hacerlo —dijo—. Era el único medio de poder subir a la superficie. Debe usted admitir que Fluke hizo un trabajo extraordinario. Entró en la cabina y se metió debajo de la litera. Llevaba el colgador en la boca y consiguió enganchar el asa de la caja con el gancho. La sacó de la cabina. Luego yo tiré de la cuerda y la izé…

—¿Por qué no la trajiste a la lancha?

—Por favor, no me interrumpa, señor Slater. Estaba muy abajo. No podía subir hasta la superficie con esa caja tan pesada conteniendo todas esas…

—No es tan pesada. Está…

—Le he pedido que no me interrumpa, señor Slater —Constancia le miraba con las manos apoyadas en las caderas—. El único medio de sacar la caja con todas esas calculadoras y llevarla a la lancha era quitar la cámara de la cabeza de Fluke y colocarla en su lugar.

Y cogiendo la toalla que estaba sobre la borda comenzó a secar sus negros cabellos.

—Lo siento, señor Slater —continuó—, pero yo también salgo perjudicada. La mitad de esas calculadoras pertenecen a mi padre. He perdido tanto como usted con la huida de Fluke.

—La huida de Fluke —repitió Slater con amargura antes de llevarse de nuevo los prismáticos a los ojos.

—¿Hacia dónde se habrá dirigido ese estúpido e ingrato animal? —preguntó—. ¿A dónde habrá ido?

Constancia miró al Primer Investigador.

—¿Qué crees tú, Jupe? —le preguntó.

—Es sólo una corazonada —la mente de Jupe trabajaba a toda marcha. Ahora Fluke les llevaba quince minutos de ventaja. Slater ni a toda máquina podría alcanzarle. Y Bob estaba solo en la cueva. Tal vez necesitase ayuda.

—No es más que una corazonada —repitió Jupe—, pero creo que es posible que Fluke regrese a la cueva. Al lugar donde esta mañana lo dejamos en el mar.

—¿Por qué iba a hacer eso? —ahora Slater miraba a Jupe con desconfianza.

—Porque tal vez su instinto le haga regresar al hogar —sugirió Jupe con aire inocente—. Ya le dije que sólo es una corazonada,

señor Slater.

—Ummmm —Slater miraba hacia la playa—. De acuerdo —decidió—. Toma el timón, muchacho, y volvamos a la cueva.

Se dirigió rápidamente a la cubierta de proa. Jupe tomó el timón de manos de Pete.

—¡Avante a toda! —le gritó Slater alzando los prismáticos.

—Vamos a toda marcha, señor —repuso el Primer Investigador.

A toda marcha era lo que quería Jupe. Estaba tan ansioso como Slater por regresar a la cueva, para ver si su plan había resultado, si Fluke había respondido a su propia canción y regresado a la cueva con la caja de metal.

¡Ya que de ser así, Jupe estaba rabiando por abrirla y ver lo que había dentro!

CAPÍTULO 16
LA CARA DEL GIGANTE SIN ROSTRO

Bob vio que habían transcurrido veinticinco minutos al consultar su reloj sumergible.

Llevaba ya veinticinco minutos haciendo sonar la canción de Fluke. Otros cinco y la cinta se acabaría. Tendría que rebobinarla y comenzar otra vez.

Mientras permanecía allí agachado manteniendo la grabadora bajo el agua, no cesaba de dar patadas y menear los dedos de sus pies. El agua estaba tan fría que tenía miedo que se le congelaran las piernas si cesaba de moverlas.

Se enderezó ligeramente. Tal vez no fuesen más que imaginaciones suyas, pero le había parecido ver un pequeño remolino, un movimiento rápido en la quieta superficie, a unos cien metros de la playa.

Allí estaba otra vez. Esta vez no lo había imaginado. Se emocionó tanto que incluso dejó de dar patadas mientras aguardaba mirando al mar.

Lo primero que vio fue la caja de metal. Emergió del agua a unos pocos metros de donde estaba. Un momento después la cabeza de Fluke salía a la superficie. Se le acercó rozando sus rodillas con su morro.

—Fluke. Fluke.

A Bob ya no le importaba la frialdad del mar. Se abalanzó en el agua agarrándose a Fluke, acariciándole, abrazándole.

—Fluke. Lo has hecho.

Fluke también parecía alegrarse de verle. Se elevó, como si se sostuviera con la cola mirando a Bob expectante.

—Lo siento, Fluke —Bob paró la grabadora—. Me parece que te hemos gastado una especie de broma.

Se preguntaba qué era lo que el ballenato habría esperado encontrar al final de su largo viaje. ¿Otra ballena? ¿O acaso había reconocido su propia voz? ¿Habría sentido únicamente la misma curiosidad que Bob hubiera sentido de oír sonar su propia voz?

—No importa, Fluke —le dijo Bob—. Te quitaré el arnés y esa caja de la cabeza y luego te daré algo que tengo para ti.

Constancia había llevado a la cueva aquella mañana un cubo lleno de pescado. Bob le libró del arnés en pocos segundos. Salió de su cabeza con suma facilidad.

Qué poco pesaba aquella caja.

—Quédate aquí, Fluke —le dijo Bob—. Espérame aquí, no te vayas. Volveré en seguida con tu cena.

Y dando media vuelta se dirigió a la playa sujetando la caja verde contra su pecho.

Había llegado casi a la arena seca cuando vio al hombre allí de pie, en mitad deja playa, observándole, esperándole.

Era un hombre alto, con anorak y el ala del sombrero echada sobre los ojos. Pero lo primero que Bob observó en él fue la extraordinaria anchura de su espalda y el grosor de sus brazos.

Lo segundo que pudo observar mientras el hombre avanzaba por la playa, fue que no tenía rostro. Por lo menos Bob no se lo vio. Lo llevaba oculto por una media de nylon.

—Bien —dijo el hombre—. Dame esa caja.

Aunque había oído aquella voz una sola vez y por el teléfono del puesto de mando, Bob la reconoció en el acto. El hombre no dijo caja, sino
«caj-a».

La última vez que Bob le había visto fue tirado en el suelo mientras Pete le sujetaba por las rodillas antes de que Los Tres Investigadores huyeran y se dispersaran en la noche.

—Dámela.

El hombre avanzaba más de prisa. Ahora estaba ya sólo a un par de metros.

Bob no dijo nada. No había nada que decir. Abrazando la caja de metal contra su pecho, iba retrocediendo de espaldas al mar.

—Dame esa caja.

El hombre continuaba avanzando hacia él. Bob siguió caminando de espaldas hasta que el agua le llegó a las rodillas. Se echó hacia atrás al ver que el hombre alargaba un brazo para agarrarle.

Desgraciadamente Bob no fue lo bastante rápido. Los dedos del hombre se aferraron a la caja tratando de arrancársela de las manos.

Sin soltar la caja metálica Bob no podía luchar. No es que eso hubiera servido de mucho, porque Bob no había visto jamás a nadie con el pecho y la espalda de aquel gigante.

Todo lo que Bob pudo hacer fue seguir manteniendo la caja abrazada e ir adentrándose en el mar. El agua le llegaba ya a la cintura. El hombre forcejeaba con él. De un momento a otro Bob sabía que el gigante le haría caer de espaldas al agua obligándole a permanecer sumergido y entonces no tendría más remedio que soltar la caja.

Cuando Bob estaba a punto de perder el equilibrio, vio que el hombre se enderezaba repentinamente y seguía subiendo como si fuese alzado por una grúa.

El hombre iba hacia arriba, hacia arriba. Luego cayó de espaldas desde el aire cuan largo era haciendo saltar el agua. Permaneció unos segundos debatiéndose y chapoteando.

Entonces la cabeza de Fluke volvió a la carga otra vez y, con el impulso de su cuerpo poderoso, la pequeña ballena le lanzó al aire una vez más. Fluke jugaba con él con la misma facilidad que jugaría con una pelota de goma. Iba empujándole hacia mar adentro.

Ahora el hombre gritaba, pidiendo socorro. Luchaba de espaldas hundiéndose en el agua.

Fluke nadaba debajo de él dispuesto a darle un nuevo empujón. Al oír al hombre se detuvo y asomó la cabeza para mirar al gigante caído, luego comenzó a empujarle suavemente hacia la playa.

Mas el hombre seguía hundiéndose. Tendido de espaldas y agitando sus brazos y sus piernas, se iba hundiendo como si le obligara a sumergirse un gran peso colocado encima de su pecho.

Un minuto antes Bob hubiera considerado a aquel hombre como su peor enemigo, pero ahora no podía remediarlo. Le daba lástima. No podía quedarse allí quieto contemplando cómo se ahogaba.

Corrió hasta la playa y escondió la caja metálica detrás de una

roca, luego se dispuso a ayudar al gigante.

Cuando Bob llegó junto a él, estaba ya casi sumergido. Sólo su rostro enmascarado asomaba a la superficie. Fluke estaba a su lado mirándole extrañado.

—Ponte debajo de él, Fluke —le dijo Bob—. No le empujes más. Procura mantenerlo a flote y evita que se ahogue.

Hubiera entendido o no, Fluke supo lo que tenía que hacer. Se sumergió debajo del hombre y comenzó a levantarle suavemente con su lomo. Al momento la cabeza y el corpulento tórax del hombre asomaban fuera del agua.

Seguía debatiéndose, y sus manos tiraban de su anorak. Estaba tratando de desabrocharlo para quitárselo.

Bob buscó el extremo de la cremallera y tiró de ella hacia abajo. El anorak se abrió. Bob lo echó hacia atrás y consiguió sacarle los brazos.

Bob contempló el pecho de aquel hombre y luego al anorak que tenía en la mano.

Ahora comprendía por qué tuvo la impresión de que el hombre se hundía por tener un gran peso sobre su cuerpo. El interior del anorak estaba relleno de espuma de goma. Había absorbido el agua como una esponja aumentando su peso hasta que el pobre se hundió.

Sin el anorak relleno ya no parecía un gigante, sino más bien delgado, débil y un tanto patético. Entre Bob y Fluke le llevaron a la playa. Cuando llegaron a donde el agua era poco profunda y Fluke ya no podía nadar, Bob tuvo que hacerlo solo. Agarrando al hombre por los tobillos lo arrastró hasta la arena seca.

El hombre quedó allí tendido de espaldas, jadeante, exhausto, semiinconsciente. Había perdido el sombrero en el mar, pero seguía llevando la media de nylon encima de su rostro.

Bob se la quitó.

Vio una nariz larga y delgada. Unas mejillas ligeramente hundidas. Y aquel pliegue, semejante a una cicatriz, debajo del ojo derecho.

Estaba contemplando a Paul Donner.

CAPÍTULO 17
EL CONTENIDO DE LA CAJA

—Ahí está —gritó Slater excitado—. Ahí está esa ballena.

Bajó los prismáticos.

—Tenías razón, muchacho. Está en esa cueva —corrió hasta la cabina para hacerse cargo del timón.

Constancia también había visto a Fluke. Mientras Slater maniobraba la lancha hacia la cueva, ella se inclinó sobre la borda,

—Fluke —llamó—. Fluke.

El ballenato la oyó en seguida. Alzó la cabeza y nadó hacia ella para saludarla.

—La caja —Slater se volvió a medias desde el timón mirando la cabeza de Fluke—. Ha perdido la caja —gritó.

Jupe tenía los ojos fijos en la playa. Vio al hombre tendido en la arena y a Bob junto a él. Su compañero le saludó con la mano y luego puso el índice y el pulgar en forma de círculo que era la señal para indicar que todo iba bien.

—Creo que cuanto antes lleguemos a la playa tanto mejor, Pete —dijo Jupe—. Antes de que Slater comprenda lo que ha ocurrido.

—Me parece una buena idea —Pete llevaba puesto todavía su traje de goma. Se lanzó al agua y nadó hasta la playa. Jupe se quitó la camisa que había cogido de un armario del barco y le siguió lo más aprisa que pudo.

—Paul Donner —Jupe y Pete contemplaban a aquel hombre empapado y jadeante tendido en la playa—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué ha ocurrido, Bob? —le preguntó Jupe.

Bob apresuróse a contarles todo lo ocurrido en la cueva desde que vio llegar a Fluke. Que le había quitado la caja de metal de la

cabeza, que el gigante le había atacado, y que el ballenato acudió en su ayuda y luego su descubrimiento de que el gigante no era tal gigante, sino sólo un hombre alto, delgado que llevaba un anorak relleno. Paul Donner.

—Casi se ahoga —concluyó Bob—, pero le hice la respiración artificial y creo que ahora está fuera de peligro. No es muy fuerte y sólo está agotado.

Jupe echó una rápida mirada por encima de su hombro. Slater había anclado la lancha lo más cerca posible de la playa, y se aproximaba vadeando por el agua. Su calva cabeza brillaba, y su aspecto era terrible y amenazador.

—¿Y la caja de metal? —le susurró Jupe a Bob—. ¿Qué has hecho con ella?

—La escondí…

Bob se interrumpió. Slater había llegado a la arena seca y se le enfrentó.

—Está bien, muchacho —Slater apenas había dirigido una mirada a Paul Donner. No parecía sorprenderle lo más mínimo verle allí. Ni le interesaba. Toda su atención se centraba en Bob—. Está bien, muchacho —repitió Slater—. Dame esa caja.

—¿Qué caja? —Bob le dio un codazo a Pete. Lo que necesitaban ahora, pensó, era uno de los ataques aéreos del Segundo Investigador. Un ataque en plancha y después «huida y dispersión» para agarrar la caja metálica y salir corriendo en sus bicicletas.

—Nada de eso.

Era como si Slater hubiese leído sus pensamientos.

—Ahora basta de trucos, muchacho.

Slater estaba mojado hasta la cintura, pero la cazadora corta que llevaba estaba completamente seca. Introdujo su mano derecha en su interior. Cuando volvió a sacarla sostenía entre sus dedos una pistola pequeña de cañón corto.

Apuntó a Bob.

—La caja de metal —dijo—. Esa que trajo la ballena. Quiero esa caja.

Bob miró a Jupe sin saber qué hacer. Jupe miraba la pistola de Slater. Aunque nunca había disparado, el Primer Investigador sabía mucho sobre armas. En teoría. La que Slater tenía en la mano era de cañón muy corto. Su alcance no sería más de diez metros, pero

Slater la tenía a menos de un palmo de distancia del pecho de Bob.

—Está bien, Bob —dijo Jupe—. Será mejor que le des la caja.

Bob asintió. No podía por menos que estar de acuerdo con él de todo corazón.

Fue caminando por la playa hasta la roca donde había escondido la caja. Slater le seguía de cerca. Bob sacó la caja y Slater hizo ademán de cogerla.

—¡N-o-o-o!



Por un instante, Bob no supo de dónde venía aquel grito angustiado. Luego vio que Paul Donner había conseguido ponerse en pie y avanzaba por la playa hacia ellos.

Slater se volvió a medias. El grito le había sobresaltado también a él. Al girarse para mirar a Donner tuvo que dar la espalda a Bob. Jupe estaba sólo a unos metros. El Primer Investigador hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al tiempo que alargaba los brazos. Bob le lanzó la caja y Jupe la cogió al vuelo.

—Tú, tramposo —Paul Donner había llegado ante Slater—. ¡Traidor! —gritó—. Mentiroso. Chantajista.

Se abalanzó sobre el pecho del calvo tratando de rodear su garganta con sus manos. Slater bajó la pistola e intentó huir.

Paul Donner cayó de espaldas con Slater encima.

Jupe seguía sosteniendo la caja. Pete estaba a unos diez metros de distancia. Y en el mar, Constancia, que también había oído el grito, nadaba rápidamente hacia la playa, al lado de Fluke.

Jupe lanzó la caja a Pete.

Slater se levantó despacio dejando a Donner tendido en la arena. Toda la agresividad había abandonado a aquel hombre alto y delgado, que se puso de rodillas sólo con gran esfuerzo.

Pete había cogido la caja.

Vio que Constancia nadaba hacia la playa, y que Slater miraba a Bob y luego a Jupe buscando la preciosa caja. Pete no aguardó a que Slater mirase en su dirección. Abrazando la caja contra su pecho, corrió hacia el mar. Slater corrió tras él.

Pete llegó a la orilla y continuó avanzando hasta que el agua le llegó a la cintura. Ahora Slater estaba muy cerca.

—¡Detente! —le gritó Slater.

Pete no podía verle, pero sí sentir que la pistola apuntaba a su espalda. Fue una de las sensaciones más desagradables de toda su vida.

Se detuvo.

—Aquí —Constancia alzó los brazos fuera del agua—. Aquí, Pete.

Pete vacilaba. Sentía la presencia de aquella pistola como si la tuviera apoyada contra su piel. Era consciente de lo ligera que era la caja que tenía en sus manos. Vio los brazos en alto de Constancia.

Pete había jugado mucho a baloncesto. Y era bastante bueno.

Por un instante reaccionó como lo hubiera hecho de estar jugando. Se olvidó de Slater y casi de su revólver. Lo que tenía en las manos era una pelota y Constancia le estaba gritando que se la pasara.

Dobló las rodillas, bajó los codos y luego, enderezando rápidamente todo su cuerpo lanzó los brazos hacia arriba, arrojando la caja hacia lo alto y hacia el mar.

Constancia lo recogió.

Pete se sumergió.

Permaneció bajo el agua todo el tiempo que le fue posible conteniendo la respiración. Cuando ya no pudo más, fue sacando la cabeza despacio. Constancia estaba a unos veinte metros de distancia. Iba mar adentro, observando la playa.

Fluke nadaba a su lado sosteniendo la caja plana de metal entre sus fauces.

Con la cabeza baja, Pete se volvió hacia la playa. Slater había guardado su pistola y estaba en la orilla con su monda cabeza agachada de un modo que a Pete le recordó un toro dispuesto a embestir. Un toro que momentáneamente había perdido su ímpetu y estaba recuperando fuerzas en espera de acontecimientos.

Jupe y Bob se hallaban ante él. Al parecer Jupe era quien llevaba la voz cantante.

—Nosotros no vamos a robarle, señor Slater —estaba diciendo Jupe—. Estamos de acuerdo en que la mitad del contenido de la caja le pertenece. Todo lo que queremos hacer es proteger a Constancia y a su padre. Y ver que recibe la parte que en justicia le pertenece.

Slater permaneció callado un buen rato. Respiraba con fuerza por la nariz.

—¿Qué sugieres, muchacho? —preguntó.

—Pues sugiero que llevemos esa caja a la ciudad. Creo que debemos llevársela al comisario Reynolds. Es el jefe de policía de Rocky Beach. Es un hombre justo. Y no se trata de que nadie haya quebrantado ninguna ley. Usted le cuenta su historia, y Constancia puede explicar la de su padre. Entonces el comisario Reynolds decidirá qué parte del contenido le corresponde a usted y qué cantidad pertenece a Constancia.

Hubo otro largo silencio. Slater miró hacia el mar donde la joven y Fluke flotaban uno al lado de otro. No había manera de quitarle la

caja a Fluke. No, sin el permiso de Constancia.

—De acuerdo —dijo Slater ceñudo—. Regresaremos todos a la lancha e iremos a la marina de Rocky Beach. Allí podremos ir a ver a ese comisario Reynolds de que hablas. ¿Te parece bien, muchacho?

Jupe asintió con la cabeza. Slater había guardado su revólver, pero no le costaría mucho volver a sacarlo de su bolsillo. Una vez en su barco no tendría más que aguardar el momento propicio para apoderarse de la caja y huir con ella.

—No es necesario dar tanto rodeo yendo por la costa —sugirió Jupe cortésmente—. Podemos telefonear al comisario Reynolds desde aquí y él enviará un coche patrulla a recogernos.

—¿Telefonearle? ¿Cómo? —Slater volvía a rugir otra vez—. ¿Te crees que en esta cueva hay teléfono? Muchacho, la cabina más próxima…

—La cabina más próxima está a menos de medio kilómetro en la carretera de la costa —dijo Jupe—. En el Café Clifftop. Bob puede llegar allí en un par de minutos con su bicicleta y llamar al comisario Reynolds.

—Es cierto —convino Bob.

—Ahora, si no le importa dejar su revólver en la lancha, señor Slater —continuó Jupe satisfecho—, Constancia le dirá a Fluke que traiga la caja y subiremos todos a la carretera para esperar el coche de la policía. ¿No le parece una buena idea, señor Slater?

Evidentemente que a Slater no se lo parecía en absoluto. Más bien daba la impresión de considerarla una idea espantosa. Pero no tenía otra alternativa.

Bob se adelantó para telefonear al comisario Reynolds.

Constancia dio de comer a Fluke mientras Jupe y Pete se aseguraban de que Slater guardaba su pistola en el armario de la lancha. Luego Constancia se despidió de Fluke, diciéndole que regresaría pronto para ver si estaba bien. Parecía como si Fluke no quisiera dejarla marchar. Se acercó todo lo que pudo a la playa para despedirla.

No fue hasta que los cuatro subían hacia la carretera acompañados de Constancia que llevaba la caja, cuando Jupe se acordó de pronto de Paul Donner.

Había desaparecido.

No tuvieron que esperar mucho a que Bob regresara y el coche de la policía fuese a recogerles. Quince minutos más tarde entraban todos en el despacho del comisario Reynolds.

Jupe no pudo reprochar al comisario que se sorprendiese al verles entrar. Los investigadores habían recogido sus jerseys y sus zapatillas que dejaran con sus bicicletas, y Pete había traído un albornoz de la lancha para Constancia, pero formaban un grupo extraño y desaliñado. Debían dar la impresión de que acababan de salir del mar.

—¿Y bien, Jupe, qué ocurre? —le preguntó el comisario Reynolds en cuanto hubo encontrado asiento para todos.

El comisario conocía a Jupe desde hacía años. Algunas veces consideraba que Los Tres Investigadores iban demasiado lejos para resolver sus casos. Eran sólo unos niños y el jefe de policía no aprobaba que algunas veces expusieran sus pescuezos. Pero sentía un gran respeto por el cerebro de Jupe. Y hubo otras ocasiones en que las ideas del Primer Investigador habían ayudado al comisario a resolver algún caso de la policía.

Jupe miró a Slater.

—Le presento al señor Oscar Slater —dijo—. Creo que lo mejor será que él mismo cuente toda la historia.

—Adelante, señor Slater.

Slater se puso en pie y, sacando su húmedo billetero, le mostró al comisario Reynolds su documentación. Luego, mientras el policía se la entregaba a uno de sus hombres para que la comprobase, Slater comenzó su historia.

Habló al comisario con toda franqueza de su viaje a México con Diego Carmel para pasar contrabando. De la tormenta, el hundimiento del barco, y del modo que habían conseguido sacar la caja de metal de la cabina.

—Aquí mi joven amigo, Jupiter Jones —continuó Slater—, considera que sería una buena idea abrirla aquí en su despacho. De este modo no habrá discusiones acerca de cuánto de su contenido me pertenece a mí, y cuánto al padre de la señorita Carmel. Y, debo confesar, que a mí también me parece una buena idea, comisario.

Y sacando una llave de su bolsillo se la entregó al comisario Reynolds.

—¿Quieres traer aquí la caja, Constancia? —agregó.

Jupe no pudo por menos de admirar la habilidad con que Slater estaba manejando el asunto. Se comportaba como un honrado ciudadano deseoso únicamente de que se hiciera justicia.

Observó cómo la joven depositaba la caja encima de la mesa del comisario.

Y observó también cómo el jefe de policía introducía la llave en la cerradura y abría la caja de metal.

Vio la sorpresa en el rostro de Constancia. Incluso el comisario Reynolds pareció un tanto sorprendido de momento. Jupe se puso en pie, y seguido de Bob y Pete se acercaron a la mesa.

Pareció como si a Bob y a Pete les diera de pronto un fuerte destello de luz en los ojos.

El Primer Investigador no se extrañó lo más mínimo.

En el interior de la caja había miles de billetes nuevos de diez dólares.

Estaban ordenados pulcramente en fajos sujetos por una banda de goma. Considerando que quinientos billetes alcanzarían un grosor de tres centímetros, Jupe calculó que allí debía haber cerca de un millón de dólares.

—De manera que aquí lo tiene, comisario —explicó Slater con toda tranquilidad—. Los beneficios de mi viaje a La Paz. Parte de este dinero…

Se interrumpió al oír sonar el teléfono que estaba encima de la mesa del comisario. El jefe de Policía escuchó unos instantes en silencio.

—Continúe, señor Slater —le dijo el comisario Reynolds dejando el teléfono—. Sus documentos están en regla. No tiene antecedentes penales. No hay ningún cargo contra usted. Estaba usted diciendo que parte de este dinero…

—Sí, comisario. Parte de él es lo que el capitán Carmel y yo recaudamos con esas calculadoras de bolsillo que vendimos en La Paz. El resto es mío. El producto de la venta de algunas propiedades privadas… varios acres de terreno y un pequeño hotel que tenía allí. Ahora si la señorita Carmel quiere decirme la cantidad que desea reclamar como la parte correspondiente a su padre por la venta de esas calculadoras, creo que podremos dar por terminado este asunto.

El comisario Reynolds asintió con aire pensativo, mientras

contemplaba al hombre.

—Mientras tenga usted las cosas en orden para la cuestión de los impuestos, señor Slater —le dijo— no veo que haya ningún inconveniente en seguir adelante con su sugerencia —miró a Constancia—. ¿Cuánto reclama usted como parte correspondiente a su padre, señorita Carmel?

Constancia sonrió.

—No lo sé. Yo sólo quiero pagar las facturas del hospital —dijo. Se volvió a Slater—. Creo que diez mil dólares serán suficientes.

—Entonces sean diez mil dólares —Slater se inclinó hacia adelante para recoger la caja—. Si vienes conmigo al banco mañana por la mañana, Constancia, te daré un cheque por esa cantidad.

Ahora tenía ya la mano encima de la caja. Comenzó a bajar la tapa. Un minuto más y habría salido del despacho con el dinero.

Jupe se adelantó.

—Comisario Reynolds —el Primer Investigador se pellizcaba el labio inferior—. No quisiera entrometerme, ¿pero le importa que haga una pequeña sugerencia?

—¿De qué se trata, Jupe? —el comisario Reynolds le estaba entregando la llave a Slater para que pudiera cerrar la caja antes de llevársela.

—Sólo quería sugerirle que mirara usted los números de serie de esos billetes.

—¿Los números de serie, Jupe?

—Creo que descubrirá que la mayoría de ellos llevan el mismo número.

Jupe soltó su labio y, abriendo la caja, sacó un par da fajos de crujientes billetes nuevecitos.

—Y si llama usted a un experto de la Tesorería Federal[5], comisario —continuó—, ¡creo que descubrirá que todo este dinero es falso!

CAPÍTULO 18
OTRA VISITA A HÉCTOR SEBASTIÁN

—La policía no tardó en detener a Paul Donner —dijo Jupe—. Intentaba huir a México en su destartalado y viejo automóvil, y se le averió cerca de San Diego. Cuando la policía le detuvo confesó de plano.

Los Tres Investigadores se hallaban sentados en la mesa de la terraza de la enorme sala de estar de Héctor Sebastián. Habían ido a informarle con detalle del caso de la ballena secuestrada, como lo llamaba Bob en sus notas.

El señor Sebastián reclinado en su mecedora escuchaba atentamente su relato haciendo alguna pregunta de vez en cuando.

—¿Paul Donner confesó haber impreso los billetes falsos? —preguntó.

Bob asintió tristemente. Aunque fue Paul Donner quien desconectó los frenos de la camioneta de Constancia e intentó por todos los medios a su alcance impedir que rescataran la caja de metal del barco hundido, sentía cierta compasión por aquel hombre alto y enjuto.

—Oscar Slater le obligó a hacerlo —explicó—. Le hacía chantaje.

—¿Chantaje? ¿Cómo?

Héctor Sebastián miró hacia la cocina donde Hoang Van Don estaba preparando la comida. Disimuladamente extrajo una bolsa de caramelos de su bolsillo y se la ofreció a Los Tres Investigadores.

—Sé que es una debilidad mía —admitió introduciendo un caramelo en su boca—, pero no puedo remediarlo. Tengo tanta hambre.

—¿Don sigue dándole arroz natural, señor Sebastián? —preguntó Pete con simpatía.

—Me temo que ahora es algo peor que eso —le dijo el escritor de novelas de misterio—. Es… bueno, ya lo veréis vosotros mismos. Lo siento, Bob. Continúa. ¿Oscar Slater chantajeó a Paul Donner para obligarle a falsificar esos billetes de diez dólares? ¿Cómo?

—Habían trabajado juntos en Europa —prosiguió Bob—. Paul Donner era grabador con una gran experiencia y habilidad, y él hizo las placas y la impresión. Slater se encargaba de la distribución. Había organizado una red para distribuir los billetes por todo el continente.

—¿Hasta que la policía le descubrió? —preguntó Héctor Sebastián.

—La policía no descubrió jamás a Oscar Slater —replicó Jupe—. Huyó sin dejar rastro y con la mayor parte de los beneficios. Pero la policía francesa iba detrás de Paul Donner. Tenían una orden de arresto. Le hubieran enviado a la cárcel con una condena de muchos años, pero consiguió despistarlos y huir a México.

—Se había propuesto comenzar una nueva vida —añadió Bob—. Nada de falsificaciones. Y lo estaba consiguiendo. Montó una pequeña imprenta en La Paz, hasta que… —Bob se encogió de hombros—, bueno, hasta que Oscar Slater se tropezó allí con él por casualidad.

—Y naturalmente Slater sabía que Donner estaba reclamado por la policía francesa —Héctor Sebastián asintió pues iba comprendiendo—. Y sabía que Francia pediría la extradición de Donner si lograban encontrarle.

Deslizó otro caramelo en su boca.

—Eso dio a Slater gran poder. Podría obligar a Donner a ingresar de nuevo en su antigua banda de falsificadores.

Masticó en silencio unos instantes.

—¿Pero cómo sospechaste tú que esos billetes eran falsos, Jupe? —le preguntó.

—Fue principalmente por ese pliegue que Paul Donner tiene debajo del ojo —repuso Jupe—. Traté de imaginarme a todas las personas que utilizan una lente de joyero. Luego de repente se me ocurrió que Donner podía ser grabador.

—Muy inteligente, Jupe —Sebastián sonrió—. Donner debió

considerar que lo mejor que le había sucedido jamás en su vida, y su mayor fortuna era el naufragio de ese barco de alquiler con todos esos billetes falsos a bordo —dijo—. ¿Es así como lo descubriste, Jupe?

—Más o menos —admitió el Primer Investigador tratando de parecer modesto—. No cesaba de preguntarme por qué Slater estaba tan ansioso por recuperar la caja, y por qué alguien trataba de impedírselo desesperadamente.

Se pellizcó el labio.

—Y entonces comprendí que el falsificador es el que corre todos los riesgos. Porque falsificar, es, en cierto modo, como pintar. Un grabador de primera clase no puede evitar el tener su propio estilo. Es casi como poner la firma en su obra.

Aceptó otro caramelo de Héctor Sebastián.

—Tan pronto esos billetes de diez dólares falsos comenzasen a aparecer en los bancos —continuó—, los agentes de la Tesorería Federal los reconocerían como obra de Paul Donner. Entonces irían tras él también, lo mismo que la policía francesa. Y no tardarían en localizarle en La Paz.

Se oyó un ruido en la cocina y Héctor Sebastián se apresuró a guardar la bolsa de caramelos en su bolsillo.

—Y a partir de aquí fuiste atando cabos, Jupe —sugirió—. Y comprendiste que Donner era el que quería evitar a toda costa que se encontrase la caja.

—Durante mucho tiempo… —ahora sí que Jupe parecía modesto de verdad—, durante mucho tiempo estuve atando cabos sin llegar a ninguna conclusión. Tres sospechosos. Oscar Slater, Paul Donner y un hombre que nos telefoneó para ofrecernos cien dólares por hacer que Fluke volviera al océano.

Miró a Bob.

—No fue hasta que Bob le quitó la máscara a Donner en la playa cuando comprendí que el sospechoso número dos y el sospechoso número tres eran la misma persona.

—Cuando Paul Donner llamó para ofrecerte esa recompensa —dijo Héctor Sebastián—, cuando te habló con ese acento peculiar diciendo
ball-ena
y

caj-a…
¿pensaste que trataba deliberadamente de imitar la voz de Slater para hacerte creer que era Slater quien te hablaba?

Jupe meneó la cabeza.

—No creí que fuese eso, señor Sebastián. Él trataba de disfrazar su propia voz. Es como cuando un actor…

Jupe sabía mucho de teatro. De niño había sido actor, aunque era un período de su vida que prefería no recordar. Su nombre profesional había sido Bebé Fatty.

—Si pides a un actor que cambie su voz —continuó—, lo más fácil para él es imitar a otra persona. Utilizar el acento de otro. Paul Donner, con su educación europea, tenía un modo de hablar muy peculiar. La mejor manera de disimularlo era empleando otro acento bien distinto. Hablar igual que Slater.

Sebastián metió la mano para sacar otro caramelo, pero cambió de opinión.

—¿Cómo llegó Donner a saber de vosotros tres por primera vez? —preguntó—. Cuando le encontrasteis en San Pedro y os dijo que era el capitán Carmel, él sabía que erais Los Tres Investigadores, ¿no?

—Paul Donner era uno de los dos hombres que estaban a bordo de la lancha de Slater la primera mañana —explicó Jupe—. Nos vio rescatar a la ballena encallada. Entonces todavía fingía trabajar para Slater. Cuando éste le explicó sus planes para hacer que Constancia adiestrara a Fluke para buscar el barco hundido, Donner decidió ir en persona a Mundo Oceánico al día siguiente. Me figuro que para buscar algún medio de detener a Slater. Entonces nos vio allí y nos reconoció como los tres muchachos que viera en la playa. Nos vio entrar en la oficina de Constancia y, más tarde, encontró nuestra tarjeta encima de la mesa, después de que Constancia se fuera. Por eso nos llamó y nos ofreció cien dólares de recompensa por devolver a Fluke al océano y de este modo asegurarse de que Slater no podía utilizarlo para encontrar el barco hundido.

Sebastián reflexionó unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—¿Pero, por qué fue Donner a la oficina de Diego Carmel en San Pedro? —preguntó—. Comprendo que con su habilidad no le sería difícil hacerse con una llave de la puerta. Dijisteis que andaba por allí husmeando. ¿Qué esperaba encontrar?

—Yo creo que fue allí para inspeccionar el equipo de buceo de Constancia —prosiguió Jupe—. Me parece que ya se le había ocurrido que ese podría ser el único medio de impedir la expedición submarina. Vaciando el aire de las bombonas. Más tarde, cuando Constancia decidió utilizar el equipo de Mundo Oceánico, Donner tuvo que ir a bordo de la lancha de Slater para vaciar una de las bombonas y trabar la aguja del manómetro.

—Entonces, una vez comprendiste que el… —Sebastián miró a Bob—. ¿Cómo le llamas en tus notas, Bob?

—El gigante enmascarado —le dijo Bob—. Excepto que no era un gigante, naturalmente. Sólo se había rellenado el anorak para parecerlo.

—Una vez comprendiste que el gigante enmascarado y Paul Donner eran el mismo hombre, todo lo demás comenzó a encajar en su lugar…

Se interrumpió al entrar Don. El criado vietnamita llevaba un gran cuenco de madera que depositó con orgullo encima de la mesa ante Sebastián y Los Tres Investigadores.

—La comida —anunció—. Alimentos muy saludables. Todo natural. Nada de conservas.

Pete miró el contenido del cuenco. Era una especie de ensalada. Por lo menos había lechuga y rodajas de pepino, pero en su mayor parte consistía en unas finas tiras rosadas de una substancia no identificable.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué es eso de color rosa?

—Pescado —le dijo Don—. Pescado crudo.

—¿Crudo? —Pete trató de disimular su náusea—. ¿Quieres decir que… no está cocido?

—Cocido ser muy malo —explicó el vietnamita—. No saludable. Quedar sin vitaminas naturales.

—Pero solías cocer el arroz natural —intervino Pete—. Dijiste que el experto de la televisión…

—Ese experto no saber. —Don meneó la cabeza con pesar—. Retiraron programa. Ahora habla nuevo experto por la tarde. Ser mucho mejor. Sobre todo para los cocineros. Decir no hay que guisar. Comer vuestra comida, por favor.

—Pero no tenemos platos —objetó Bob—. Ni platos, ni cubiertos, ni nada.

—Comer con los dedos, del cuenco. El nuevo experto decir ser mejor meter vuestra mano en la boca que un instrumento de metal. Lo mismo que los platos. La porcelana tampoco natural. Comer de cuenco de madera natural. Mucho mejor.

—Mucho mejor para el lavaplatos, por lo menos —opinó Sebastián—. El nuevo experto dice que los lavaplatos no deben lavar platos —suspiró mientras el vietnamita regresaba a la cocina.

—Oh, bueno, a picar —dijo—. Ese pepino tiene buena cara. Por lo menos podemos tomar caramelos de postre.

Mientras Los Tres Investigadores metían los dedos en el cuenco para ir picando la lechuga y el pepino, Héctor Sebastián les preguntó cómo seguía el padre de Constancia y cómo se las había arreglado ella para pagar las facturas del hospital.

—El capitán Carmel está muy bien —le dijo Bob—. Ya ha salido de cuidados intensivos y van a darle de alta la semana que viene.

—Y en cuanto a lo de las facturas del hospital —añadió Jupe—, también ha podido solucionarse. La Tesorería Federal ha pagado a Constancia una recompensa por recuperar esos billetes falsos y detener a Slater y a Donner. No serán más que diez mil dólares, pero por lo menos de curso legal.

—Y cabe la posibilidad de que Constancia pueda recuperar algún dinero de Slater —dijo Bob—. Al fin y al cabo, él vendió todas esas calculadoras de bolsillo en México y recibió dinero a cambio…

Se interrumpió mirando a Pete.

—¡Te lo comes! —exclamó—. ¡Estás comiendo pescado crudo!

—Bueno, tengo apetito —se defendió Pete—. Y no está mal del todo. Es bastante apetitoso una vez te acostumbras.

Introdujo otro trozo de pescado en su boca.

—Y además —continuó—, es bueno para la salud. Bueno para el cerebro. Mira a Fluke. No come más que pescado crudo y mira lo listo que es.

Héctor Sebastián tuvo que admitir que había algo de verdad en eso, pero siguió eligiendo el pepino y la lechuga.

—¿Cómo está Fluke? —quiso saber.

—Estupendamente —replicó Jupe—. Al principio quedó un poco triste. No se apartaba de la cueva. Constancia tenía miedo de que no quisiera volver al mar.

—¿Y ahora —preguntó Héctor Sebastián—, ya se ha acostumbrado?

—No —contestó Bob—. Constancia comprendió que no era ese el problema. A lo que Fluke no podía acostumbrarse era a estar sin ella. Le ha tomado tanto cariño. La echaba mucho de menos.

—De modo que se lo llevó a Mundo Oceánico —le explicó Jupe —. Y ahora parece muy contento. Constancia nos ha dado a todos un pase para poder visitarlo siempre que queramos.

El Primer Investigador alzó la cabeza al ver regresar al criado vietnamita.

—Ahora que lo pienso —dijo Jupe—. ¡Si Don nos dejara una bolsa de plástico, podríamos ir a ver a Fluke esta tarde y llevarle un poco de este apetitoso pescado crudo!

FIN

Notas

[1] N. del T. La ballena piloto pertenece al género Globicephalus por su cabeza redonda en forma de globo y sin pico; pero, como pertenece a la familia de los delfines, en Europa se le llama también delfín piloto. < <

[2] En español en el original. < <

[3] En español en el original. < <

[4] Unos quince kilómetros por hora. < <

[5] En Estados Unidos se llama Tesorería a la Casa de la Moneda, fabricante de los billetes de banco. < <